

UNAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEBLANC

LA SEÑORITA
DE LOS
OJOS VERDES

PQ2623
.E24
S248



1020027006



LA SEÑORITA
DE LOS OJOS VERDES

N
Núm. Clas L 4452
Núm. Autor 30410
Núm. Adg. 8-
Procedencia -8- ®
Precio _____
Fecha 6/29
Clasificó _____
Catalogó _____

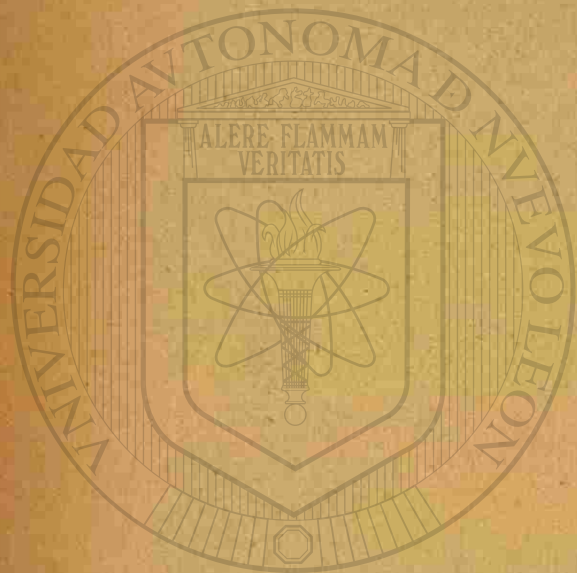
MAURICE LEBLANC

LA SEÑORITA DE LOS OJOS VERDES

NOVELA

TRADUCIDA POR

FRANCISCO ALMELA Y VIVES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

85683

30410

843

PQ2623

Lr

E24

S248



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALDUS Artes Gráficas.—Santander.

I

... Y LA INGLESA DE LOS OJOS AZULES

RAÚL de Limézy deambulaba alegremente por los bulevares como un hombre feliz que, con sólo mirar, goza de la vida, de sus deliciosos espectáculos y de la frívola jocundidad que ofrece París en ciertos luminosos días de abril. Era de mediana estatura. Tenía una silueta a la vez fina y poderosa. Sobre los bíceps se le abombaban las mangas; sobre una cintura ligera se hinchaba el torso. Y tanto el corte como el estilo de su indumento delataban al hombre que concede importancia a la cuestión de la ropa.

Al pasar frente al teatro Gymnase recibió la impresión de que un caballero que caminaba a su lado seguía a una señora, y no tardó en comprobar la exactitud de su impresión.

Raúl no encontraba nada más cómico y divertido que un caballero siguiendo a una señora. Así es que, a su vez, siguió al caballero que a la señora seguía. Y los tres, uno detrás de otro, a distancia pro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1025 MONTERREY, MEXICO

dencial, anduvieron a lo largo de los bulevares tumultuosos.

Realmente se necesitaba toda la experiencia del barón de Limézy para adivinar que aquel caballero seguía a dicha señora, porque el caballero en cuestión usaba una discreción de *gentleman*, con objeto de que la dama no recelase que era seguida. Raúl de Limézy también fué discreto. Y mezclándose a los transeúntes, apretó el paso para ver perfectamente a ambos personajes.

El caballero se distinguía por detrás a causa de una raya impecable que dividía sus cabellos negros y engomados, y por el ajuste del traje, igualmente impecable, que realzaba sus anchas espaldas y su estatura prócer. Visto por delante, mostraba un rostro correcto, de tez fresca y sonrosada y con bien cuidada barba. ¿Años? Unos treinta. Pisaba con firmeza. Sus gestos eran amplios. ¿Aspecto general? Vulgar. Sortijas en los dedos; boquilla de oro en el cigarrillo que fumaba.

Raúl se adelantó. La señora, alta, resuelta, de noble apostura, recorría la acera con pies de inglesa, sobre los cuales había delicados tobillos y graciosas piernas. La cara, muy bella, iluminada por admirables ojos azules y por una gran mata de cabellos rubios. Los viandantes se quedaban mirándola. Pero ella parecía indiferente al espontáneo homenaje de la muchedumbre.

— ¡Caramba, qué aristócrata! — pensó Raúl—. ¿Para qué la seguirá ese indigno mentecato? ¿Qué será? ¿Un marido celoso? ¿Un pretendiente desdenado? ¿Un tenorio en busca de aventuras? Eso debe ser, eso. La

cara del buen señor es como la de quienes se creen irresistibles.

La mujer atravesó la plaza de la Ópera sin preocuparse de los numerosos vehículos. Un carro iba a impedirle el paso; pero ella agarró con tranquilidad las riendas del caballo, al que inmovilizó. El carretero, furioso, abandonó su puesto y se le acercó para increparla. La señora le asestó un puñetazo en la nariz que hizo brotar sangre. Un agente de policía pidió explicaciones. Pero ella, dando media vuelta, se alejó serenamente.

En la calle Auber se pegaban dos muchachos. La señora los agarró del cuello y los mandó a diez pasos. Luego les echó sendas monedas de oro.

En el bulevar Haussmann entró en una pastelería. Raúl, desde lejos, vió que tomaba asiento junto a una mesa. Y como quiera que no entrase el caballero, penetró él, colocándose de manera que ella no pudiera notarle.

La señora pidió te y cuatro *toasts*, que devoró con sus magníficos dientes.

También llamaba la curiosidad otra mujer joven, sentada más lejos. Su cabellera, rubia, como la de la inglesa, estaba peinada con ondulación. Y si su vestido era menos rico, denotaba un gusto parisiense más acusado. La rodeaban tres chiquillos pobremente vestidos, a los que repartía pasteles y vasos de granadina. Los había encontrado en la puerta. Y les agasajaba por el contento de ver cómo se inflamaban de placer sus ojuelos y cómo se embadurnaban de crema sus mejillas. No se atrevían a decir pío, pero se atiborraban a más no poder. La mujer, más chiquilla que

todos juntos y extraordinariamente regocijada, charlaba por ellos:

—¿Qué decís a la señorita?... ¡Más alto!... No lo he oído... No, no soy una señora... Hay que decirme: «Gracias, señorita»...

Pronto fué Raúl conquistado por dos cosas: por el júbilo dichoso y natural de su rostro y por la profunda seducción de los dos ojos verdes, color de jade, estriados de oro, de los cuales no se podía apartar la vista una vez puesta en ellos.

Tales ojos suelen ser extraños, melancólicos o pensativos. Quizá fuera dicha expresión la habitual de ellos. Pero en aquel instante ofrecían el mismo resplandor de vida intensa que el resto de la cara, que la boca maliciosa, que la naricilla palpitante, que las mejillas de sonrientes hoyuelos.

—En esta clase de seres no hay términos medios: o alegrías extremadas o dolores excesivos—se dijo Raúl, que ya sentía en él un súbito deseo de influir sobre aquellas alegrías o de combatir aquellos dolores.

Se volvió hacia la inglesa. Era verdaderamente bella, con una belleza poderosa, hecha de equilibrio, proporción y serenidad. Pero le fascinaba más la señorita de los ojos verdes, como la llamó. A la una se la admiraría; a la otra se desearía conocerla para penetrar en el secreto de su existencia.

Sin embargo, cuando ella, luego de pagar la cuenta, se marchó con los tres niños, vaciló. ¿La seguiría? ¿Se quedaría? ¿Por qué ojos se decidiría? ¿Por los ojos verdes? ¿Por los azules?

Se levantó precipitadamente, dejó el dinero en la caja y salió. Habían vencido los ojos verdes.

Una imprevista escena le sorprendió: la señorita vencedora hablaba en la acera con el hombre finchado que media hora antes seguía a la inglesa como un enamorado tímido o celoso. La conversación, animada y febril por ambas partes, más bien parecía una discusión. A las claras veíase que la joven quería pasar y que el presumido caballero se lo impedía. La cosa era tan evidente que Raúl, saltando sobre toda etiqueta, iba a intervenir.

No tuvo tiempo. Ante la pastelería se detuvo un taxímetro, del cual descendió un caballero que, al ver la escenita de la acera, levantó el bastón y con certero golpe echó a volar el sombrero del petulante.

Este, pasmado, retrocedió; pero después, sin preocuparse de la gente que acudía, profirió:

—¿Está usted loco? ¿Está usted loco?

El recién llegado, que era más pequeño y de más edad, se puso a la defensiva, y con el bastón en alto gritó:

—Le he prohibido que hable con esta joven. Soy su padre. Y le digo que usted no es más que un miserable, ¡sí, un miserable!

Tanto uno como otro temblaban de rencor. El presumido, al oír la injusticia, se recogió, dispuesto a saltar sobre el recién llegado, al que la joven tenía cogido del brazo y procuraba llevar hacia el taxi. Y el presumido consiguió separarlos y agarrar el bastón del caballero, cuando, de pronto, se vio frente a una cabeza que surgía entre su adversario y

él. Era una cabeza desconocida, rara, cuyo ojo derecho parpadeaba nerviosamente y en cuya boca, deformada por una mueca de ironía, había un cigarrillo.

Se trataba de Raúl, que dijo con voz ronca:

—¿Quiere hacer el favor de darme fuego?

La pregunta no podía ser más importuna. ¿Qué pretendía aquel intruso? El tenorio se indignó.

—¡Déjeme en paz! No tengo fuego.

—Pues ahora mismo fumaba usted—afirmó el entremetido.

El otro, fuera de sí, intentó apartarle. Al no conseguirlo, al no poder conseguir tan siquiera mover los brazos, inclinó la cabeza para ver qué obstáculo se lo impedía. Pareció turbarse. Las manos del intruso le sujetaban las muñecas de manera que era imposible todo movimiento. Un tornillo de hierro no le hubiera paralizado más. Y Raúl no dejaba de repetir de una manera tenaz y obsesionante:

—Haga el favor de darme fuego. Sería una verdadera desgracia que me lo negara.

Alrededor reía la gente. El gomoso, exasperado, vociferó:

—Pero, ¿quiere dejarme en paz? Ya le he dicho que no tengo.

Raúl movió la cabeza con aire melancólico.

—¡Qué descortés! Nunca se niega fuego a quien lo pide con educación. Pero ya que se empeña en no hacerme el favor...

Le soltó las muñecas. El conquistador, al verse libre, hizo un gesto rápido. Pero ya se marchaba el automóvil, llevándose a su agresor y a la señorita de los ojos verdes. Era

fácil suponer que el esfuerzo del gomoso sería inútil.

—¡Sí que la he hecho buena! —se dijo Raúl—. Luego de imitar a Don Quijote en favor de una bella desconocida, la bella desconocida desaparece sin darme su nombre ni su dirección. ¡Es imposible encontrarla! ¿Cómo?

En vista de ello se decidió a volver hacia la inglesa. Precisamente se alejaba a la sazón, luego de haber asistido, sin duda, al incidente. La siguió.

Raúl se encontraba en una de esas horas en que la vida se halla en cierta manera suspendida entre el pasado y el porvenir, un porvenir que prometía semejar al pasado. En medio, nada. Y en tal caso, cuando se tienen treinta y cuatro años, la clave de nuestro destino es la mujer que parece tener a uno en sus manos. Ya que los ojos verdes se habían desvanecido, sujetaría su marcha incierta a la claridad de los ojos azules.

Casi en seguida, pero luego de haber vuelto sobre sus pasos, afectando cambiar de camino, notó que el presumido de los cabellos engomados se había puesto nuevamente a la caza. Rechazado por una, se dedicaba, como él, a la otra. Y los tres volvieron de nuevo a caminar, sin que la inglesa pudiera discernir el tejemaneje de sus pretendientes.

Caminaba ella por las aceras animadísimas, muy atenta a los escaparates, pero indiferente a los rendidos homenajes. Así llegó a la plaza de la Madeleine. Y por la calle Royal se metió en el arrabal Saint-Honoré, hasta llegar al gran hotel Concordia.

El gomoso se detuvo, dió luego unos pasos, compró un paquete de cigarrillos y, finalmente, entró en el hotel, donde Raúl vio que hablaba con el portero. Pero tres minutos después salía. Y ya se disponía Raúl a interrogar al portero acerca de la joven inglesa de los ojos azules, cuando ésta atravesó nuevamente el vestíbulo para subir a un auto, en el que habían depositado un maletín. ¿Saldría de viaje?

—Siga a ese auto—dijo Raúl al *chauffeur* de un taxi que tomó apresuradamente.

La inglesa, luego de hacer varias compras, bajó ante la estación de París-Lyón y se instaló en la fonda, donde encargó un cubierto.

Raúl se sentó aparte.

Ella, una vez terminada la comida, se fumó dos cigarrillos. Allá a las nueve y media, un empleado de la Compañía Cook le entregó su billete y el talón del equipaje. Y luego subió al rápido de las 9 y 46.

—Cincuenta francos—ofreció Raúl al empleado—si me dice el nombre de esa señora.

—Lady Bakefield.

—¿Adónde va?

—A Montecarlo, señor. Ocupa el vagón número cinco.

Raúl se decidió, no sin reflexionar. Los ojos azules bien valían el viaje. Además, así como siguiendo a los ojos azules había encontrado los ojos verdes, quizá mediante la inglesa podría encontrar al gomoso y, en consecuencia, los verdes ojos.

Sacó, pues, un billete para Montecarlo y se precipitó al andén.

Primero vio a la inglesa subiendo los es-

tribos de un vagón. Y luego de escabullirse por los grupos, volvió a verla a través de los cristales, aún en pie, pues se estaba quitando el abrigo.

Pocos viajeros había. Era pocos años antes de la guerra, a fines de abril. Y aquel rápido, sin vagones-cama ni restaurante, llevaba hacia el sur escasos viajeros de primera clase. Raúl sólo distinguió dos hombres que ocupaban el departamento anterior del mismo vagón número 5.

Paseó por el andén, alejándose bastante del vagón; alquiló dos almohadas, se proveyó de periódicos y folletos en la librería ambulante, y, al sonar la señal de partida, subió los peldaños de un salto y entró en el tercer departamento, como quien llega a última hora.

La inglesa estaba sola, junto a la ventanilla. Él se acomodó en el banco de enfrente, pero cerca del pasillo. Cuando la mujer levantó los ojos, observó al intruso, que ni tan siquiera llevaba la garantía de una maleta o de un paquete, y, sin que pareciera emocionarse, se puso a comer grandes bombones, tomándolos de una holgada caja que tenía abierta sobre sus rodillas.

Pasó un revisor que taladró los billetes. El tren iba velozmente. Los resplandores de París desaparecían. Raúl, luego de repasar distraídamente los periódicos, los arrojó porque no le sugerían interés.

—¡Ningún acontecimiento! ¡Ningún crimen sensacional!—pensó—. ¡Es mucho más interesante esta joven!

El hecho de encontrarse solo, en un pequeño departamento cerrado, con una desco-

nocida que, por cierto, era bella, de pasar la noche juntos y de dormir casi a la vera de ella, le parecía una anomalía mundana muy regocijante. Así es que estaba dispuesto a no perder el tiempo en lecturas, meditaciones o miradas a hurtadillas.

Adelantó un asiento. La inglesa, seguramente, adivinaría que su compañero de viaje iba a dirigirle la palabra. Y no se inmutó. Pero tampoco dió facilidades. Por lo tanto, a Raúl tocaba todo el esfuerzo para entrar en relaciones. No le parecía arduo. Así es que con un tono infinitamente respetuoso, dijo:

—Aunque mi actitud pueda parecer incorrecta, me atrevo a pedirle permiso para advertirle algo que para usted puede tener importancia. ¿Puedo decirle dos palabras?

La inglesa escogió un bombón y, sin volver la cabeza, respondió brevemente:

—Tratándose de dos palabras, sí.

—Señora...

Ella rectificó:

—Señorita...

—¡Ah! Señorita... Sé por casualidad que a usted la ha seguido, durante todo el día y de una manera equívoca, un caballero que se ocupa de usted y...

La inglesa interrumpió a Raúl:

—La actitud de usted es, en efecto, de una incorrección que me asombra en un francés. La misión de usted no es vigilar a las personas que me sigan.

—Es que ésa me ha parecido sospechosa...

—Pues ésa, a la que conozco, que se hizo presentar a mí el año pasado y que se llama el señor Marescal, tiene, al menos, la delicadeza de seguirme de lejos y de no invadir mi departamento.

deza de seguirme de lejos y de no invadir mi departamento.

Raúl, herido en lo vivo, se inclinó, diciendo:

—El golpe, señorita, ha sido directo. No me queda otro remedio que callar.

—No le queda, en efecto, otro remedio que callar, hasta la próxima estación, en la cual le aconsejo que se apee.

—Lo siento mucho, pero mis asuntos me llevan a Montecarlo.

—Le llevan desde que sabe que yo voy.

—¡No! —repuso Raúl con firmeza—. Me llevan desde que la vi en una pastelería del boulevard Haussmann.

La réplica fué inmediata.

—Inexacto, caballero—dijo la inglesa—. Su admiración por una joven de magníficos ojos verdes le hubiera llevado en pos de ella de haberla podido alcanzar luego del escándalo que se produjo. Al no poderlo, ha seguido mis huellas, primero hasta el hotel Concordia, como la persona cuyas evoluciones me ha delatado usted, y luego hasta la fonda de la estación.

A Raúl todo aquello le divertía la mar.

—Me envanece, señorita, que no haya pasado desapercibido para usted ningún hecho, ningún gesto mío.

—Nada se me escapa, caballero.

—Ya lo veo; ya. Sólo le falta saber cómo me llamo.

—Raúl de Limézy, explorador, recientemente llegado del Tibet y del Asia Central.

Raúl no disimuló su asombro.

— ¡Tanto honor!... No sé si atreverme a preguntarle de qué medios se ha valido...

— ¡Oh!... Cuando una dama ve que un caballero se precipita en su departamento a última hora y sin equipaje, tiene el deber de observar. Y usted ha cortado varias páginas de un folleto con una tarjeta suya. Yo he leído esa tarjeta. Además, he recordado una entrevista reciente en que Raúl de Limézy contaba su última expedición. Es muy sencillo.

— Muy sencillo. Pero hay que tener buena vista.

— La mía es excelente.

— Sin embargo, usted no la ha separado de la caja de bombones. Ya lleva dieciocho...

— Es que no necesito mirar para ver, ni reflexionar para adivinar.

— ¿Para adivinar qué?

— Para adivinar que su nombre verdadero no es Raúl de Limézy.

— ¡No faltaba más!...

— Pues no falta. Las iniciales que usted lleva dentro del sombrero son una H y una V... ¡Y no creo que usted lleve el sombrero de un amigo!...

Raúl empezaba a impacientarse. No le gustaba que, en un duelo sostenido por él, fuera constantemente la ventaja del adversario.

— Y, según usted, ¿qué significan esa H y esa V?

La inglesa, aplastando el décimonono bombón y en el mismo tono negligente, contestó:

— Esas iniciales, caballero, es muy raro verlas juntas. Cuando por casualidad las veo así, mi espíritu siempre las relaciona con las

iniciales de un nombre en que me fijé cierta vez.

— ¿Puedo preguntarle cuál es?

— No le serviría para nada. Es un nombre desconocido para usted.

— De todos modos...

— Horacio Velmont.

— ¿Y quién es Horacio Velmont?

— Horacio Velmont es uno de los numerosos seudónimos con que se oculta...

— ¿Quién?...

— Arsenio Lupin.

Raúl se echó a reír.

— Entonces, ¿seré yo Arsenio Lupin?

Ella protestó:

— ¿Quién ha dicho eso? Yo me he limitado a comunicarle el recuerdo que, tontamente, pero en seguida, evocan en mí las iniciales de su sombrero. Y añadido para mí, también tontamente, que su bello nombre de Raúl de Limézy se parece mucho al de Raúl d'Oudrésy que asimismo lleva Arsenio Lupin.

— ¡Buenas son las contestaciones, señorita! Pero, créame: si yo fuera Arsenio Lupin, no haría el papelito, bastante ridículo, que estoy haciendo ante usted. ¡Con qué facilidad le toma usted el pelo al inocente Limézy!

La inglesa le alargó la caja.

— Coja un bombón, caballero, para consolarse de su derrota, y déjeme dormir.

— Pero nuestra conversación—imploró él—no quedará ahí, ¿eh?

— No—dijo ella—. Si el inocente Limézy no me interesa, me intrigan, en cambio, las personas que llevan un nombre que no es el propio. ¿Qué razones tienen para ello? ¿Por

qué se disfrazan? Curiosidad un poco perversa...

—Pero que puede permitirse una Bakefield —repuso Raúl bruscamente.

Y añadió:

—Como usted ve, señorita, yo también conozco su nombre.

—Y el empleado de Cook —insinuó ella, sonriendo.

—¡Nada, nada! ¡Estoy vencido! —dijo Raúl—. Pero me desquitaré en la primera ocasión que se presente.

—La ocasión —concluyó la inglesa —no es para el que la busca.

Por primera vez le dirigió francamente y de lleno la hermosa mirada de sus ojos azules. Raúl, estremecido, murmuró:

—Tan guapa como misteriosa...

—Nada de misteriosa —dijo ella—. Me llamo Constanza Bakefield. Voy a reunirme en Montecarlo con mi padre, lord Bakefield, que me espera para que juguemos al golf. Además de jugar al golf, de que soy apasionada, como de todos los ejercicios, escribo en los periódicos para ganarme la vida y conservar mi independencia. Mi profesión de «reportera» me permite asimismo tener informes de primera mano sobre todos los personajes célebres, hombres de Estado, generales, jefes y caballeros de industria, grandes artistas e ilustres estafadores. Buenas noches, señor mío.

Mientras tanto reunía sobre su rostro las puntas del chal, hundía su rubia cabeza en el hueco de una almohada, se echaba un abrigo sobre los hombros y alargaba las piernas sobre el asiento.

Raúl, que se había estremecido al oír la palabra estafador, pronunció aún varias frases que no dieron resultado: machacaba en hierro frío. Lo mejor, pues, era callar y esperar el desquite.

Quedó silencioso en su asiento, desconcertado por la aventura, aunque encantado y lleno de esperanza en el fondo. ¡Qué criatura tan deliciosa, por original y hechicera, por enigmática y franca! ¡Y qué agudeza en la observación! ¡Qué lúcidamente le había sabido ver! ¡Cómo había aprovechado las leves imprudencias que el desprecio del peligro le hacía cometer a veces! ¿Ejemplo? Las iniciales...

Cogiendo el sombrero arrancó el forro de seda, que arrojó por una ventana del pasillo. Luego volvió a su asiento de en medio del departamento, se hundió entre sus dos almohadas y se puso a soñar negligentemente.

La vida la parecía encantadora. La cartera estaba repleta de billetes de banco fácilmente ganados. En su ingenioso cerebro fermentaban veinte proyectos de ejecución segura y de fructuosa ganancia. Y al amanecer tendría frente a sí el espectáculo apasionante y turbador de una mujer bonita que se despierta.

Pensaba en ello con delectación. En su adormecimiento, veía sus bellos ojos azules, color de cielo. Por cierto que —cosa extraña! —se teñían poco a poco de matices imprevisitos hasta ponerse verdes, color de las olas. Ya no sabía si eran los de la inglesa o los de la parisiense los que le miraban en aquella inconcreta semioscuridad. Sí; la joven parisiense le sonreía con gentileza. Finalmente,

era ella la que dormía frente a él. Y él, con la sonrisa en los labios, con la conciencia tranquila, se durmió igualmente.

Los sueños de un hombre cuya conciencia está tranquila y que guarda afectuosas relaciones con su estómago, son siempre de una placidez no alterada ni por el trayecto del ferrocarril. Raúl flotaba dichosamente por vagos paisajes en que brillaban ojos azules y ojos verdes. Y el viaje era tan agradable que Raúl no había tomado la precaución de colocar fuera de él, a manera de vigilante, una parte de su espíritu.

Hizo mal. En el ferrocarril hay que desconfiar siempre, sobre todo si hay poca gente. Así es que ni oyó cómo se abría la puerta de la pasarela de fuelle que comunicaba con el vagón anterior (número 4), ni cómo se acercaban con silenciosos pasos tres individuos enmascarados y vestidos con largas blusas grises, los cuales se detuvieron frente a su departamento.

Otra falta: no había velado la bombilla luminosa. De haberlo hecho, con la cortinilla que para ello había, aquellos sujetos se hubieran visto obligados a encender luz para realizar sus funestos propósitos, con lo cual Raúl se hubiera despertado con sobresalto.

El caso, en fin de cuentas, es que no oyó ni vió nada. Uno de los hombres quedó, como un centinela, empuñando el revólver, en el pasillo. Los otros dos se comunicaron por señas la distribución de la tarea y sacaron de los bolsillos sendas porras quebrantacabezas. Uno de ellos golpearía al primer viajero; el otro, al que dormía cubierto.

La orden de ataque se dió en voz baja. Sin embargo, Raúl notó el murmullo, se despertó e, instantáneamente, alargó las piernas y los brazos. ¡Inútil! La porra, cayendo sobre su frente, le derribó. No pudo más que notar que le agarraban de la garganta y que una sombra, luego de pasar ante él, se abalanzaba sobre miss Bakefield.

¿Después? La noche, las espesas tinieblas; perdía el dominio de sí mismo como un naufrago que se ahoga; no recibió más que esas impresiones incoherentes y penosas que remontan más tarde a la superficie de la conciencia y con las cuales es reconstituído el conjunto de la realidad. Le ataron, le amordazaron enérgicamente y le envolvieron la cabeza con una tela rugosa. Quitáronle sus billetes de banco.

— ¡Buen negocio! — musitó una voz—. Pero esto es para hacer boca. ¿Has atado al otro?

— La porra le habrá aturdido.

Es de suponer que el golpe no había aturdido «al otro» suficientemente, ya que «el otro» no gustaba de ataduras, porque hubo juramentos, ruido de caídas, una batalla enconada que conmovía todo el banco... y, luego, gritos, gritos femeninos...

— ¡Cristo! ¡Una mujer! — repuso sordamente una de las voces—. Araña... Muerde... ¿La conoces?...

— ¿Yo?... Si acaso, tú...

— ¡Bueno! Lo primero es hacer que calle.

Tales medios empleó que la mujer, en efecto, fué callando poco a poco. Los gritos se atenuaron, se convirtieron en sollozos. A pesar de todo, luchaba. Y ello pasaba junto a

Limézy, que notaba, como en una pesadilla, todos los esfuerzos del ataque y de la resistencia.

Pero de pronto acabó todo. Una tercera voz que venía del pasillo y era, seguramente, la del vigilante, ordenó con tono apagado:

—¡Basta!... ¡Dejadla!... No la habréis matado, ¿eh?

—No sé: lo temo... De todas maneras podríamos registrarla...

—¡Basta! ¡Y a callar! Me...

Y lanzó una frase bastante gruesa.

Salieron los dos agresores. Hubo disputas en el pasillo. Y Raúl, que empezaba a reanimarse y a moverse, sorprendió estas palabras: «Sí... Más lejos... El departamento del fin... ¡Aprisa, aprisa!... Puede venir el revisor...»

Uno de los bandidos se inclinó hacia él para decirle:

—Si te mueves eres muerto. Así es que calma, ¿eh?

El trío se alejó hacia el extremo opuesto, donde Raúl había notado la presencia de dos viajeros. Entretanto, Limézy procuraba soltar las ataduras y, mediante movimientos de mandíbula, quitarse la mordaza.

Junto a él gemía la inglesa, cada vez más débilmente, lo cual le desolaba. Procuraba libertarse, pues, con todas sus fuerzas, temeroso de que fuera demasiado tarde para salvar a la desgraciada. Pero las ataduras eran fuertes y estaban duramente anudadas.

En cambio, la tela que le envolvía la cabeza estaba mal sujeta, por lo cual cayó de pronto. Y columbró a la joven arrodillada, con

los codos en el asiento y mirándole con ojos que no veían.

Sonaron detonaciones a lo lejos. Los tres bandidos enmascarados y los dos viajeros del final debían batirse en aquel departamento. Casi en seguida, uno de los bandidos pasó velozmente con gestos descompuestos, llevando en la mano un maletín.

Hacia uno o dos minutos que el tren disminuía la marcha. Probablemente obedecía ello a trabajos de reparación efectuados en la vía. Y de ahí provendría el momento escogido para la agresión.

Raúl estaba desesperado. Retorciéndose entre las cuerdas implacables, consiguió, a pesar de la mordaza, decir a la joven:

—Resista. Se lo ruego... Yo la curaré... Pero, ¿qué sucede, qué le pasa?

Los bandidos habrían apretado bárbaramente el cuello de la joven, porque su rostro, manchado de placas negras y convulso, presentaba todos los síntomas de la asfixia. La primera impresión de Raúl fué que la inglesa estaba a punto de morir. Respiraba con fatiga y temblaba de pies a cabeza.

Su busto se tendió hacia el joven. Éste notó la ronquera de su respiración y, entre los estertores, varias palabras masculladas en inglés.

—Caballero... Caballero... Óigame... Estoy perdida...

—No—repuso él, trastornado—. Procure levantarse y llegar al timbre de alarma...

La faltaban las fuerzas. Y no había ninguna probabilidad de que Raúl consiguiera desembarazarse, a pesar de la energía sobrehumana

de sus esfuerzos. Habitudo, como estaba, a que triunfase su voluntad, sufría horriblemente al verse impotente espectador de una muerte horrible. Los acontecimientos escapaban a su dominio y se arremolinaban a su alrededor en un vértigo de tempestad.

Pasó otro individuo enmascarado que llevaba un saco de viaje y empuñaba un revólver. En pos de él iba otro. Los dos viajeros, sin duda, habrían sucumbido. Y como la marcha del tren era cada vez más lenta, a causa de las reparaciones, los asesinos iban a huir tranquilamente.

Pero, con gran sorpresa de Limézy, pararon en seco, casi enfrente de su departamento, como si un obstáculo terrible se levantara de repente ante ellos. Raúl supuso que alguien habría surgido a la entrada de la pasarela de fuelle: quizá fuera el mismo revisor, que anduviera de inspección.

Súbitamente restallaron palabras y sobrevino una lucha. El primero de los individuos no pudo servirse de su arma, que le escapó de las manos. Un empleado, vestido con el correspondiente uniforme, le había acometido. Y ambos rodaron por la alfombra, mientras el cómplice—un sujeto que parecía insignificante bajo la blusa gris manchada de sangre y cuya cara estaba oculta por anchísima gorra, a la que estaba atado un antifaz de percal negro—intentaba libentar a su compañero.

—¡Ánimo, revisor!—gritó Raúl, exasperado—. ¡Ya hay socorro!

Pero el revisor se debilitaba, a causa de que una de sus manos era oprimida por el menor de los cómplices. El otro, poniéndose

encima, asestó al rostro del empleado una granizada de puñetazos.

Entonces se levantó el más pequeño; pero, al levantarse, se le enganchó el antifaz, que cayó, junto con la anchísima gorra. Vivamente se volvió a poner uno y otra. Pero Raúl había tenido tiempo suficiente para ver la cabellera rubia y el adorable rostro, asustado y lívido, de la desconocida de los ojos verdes encontrada la tarde anterior en la pastelería del bulevar Haussmann.

La tragedia finalizaba. Ambos cómplices se salvaron. Raúl, en el colmo del estupor, presenció sin abrir la boca las largas y dificultosas maquinaciones del revisor, que, por fin, consiguió subir al asiento y tirar del timbre de alarma.

La inglesa agonizaba. Entre los últimos suspiros, balbuceó todavía estas frases incoherentes:

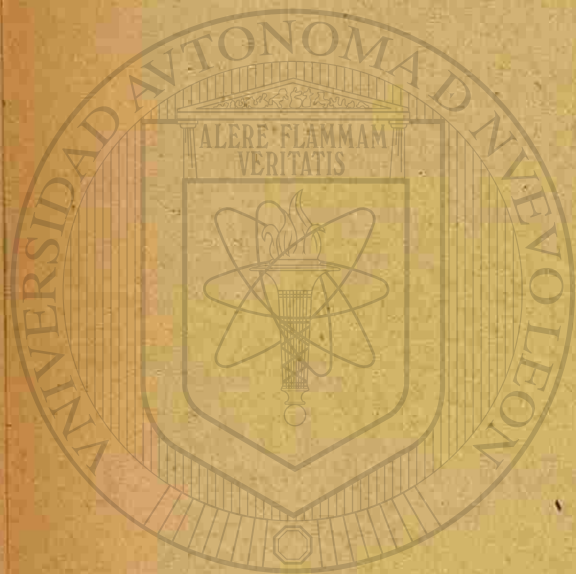
—Por amor de Dios... Óigame... Hay que coger... Hay que coger...

—¿Qué?... Se lo prometo...

—Por amor de Dios hay que coger ese bolso de cuero... Quitar los papeles... Júrelo...

Echó atrás la cabeza y murió.

Se detuvo el tren.



II

INVESTIGACIONES

LA muerte de miss Bakefield, el ataque salvaje de los tres enmascarados personajes, el probable asesinato de los dos viajeros, la pérdida de los billetes de banco propios: nada de eso impresionó tanto el espíritu de Raúl como la visión tenida en último término. ¡La señorita de los ojos verdes, la más graciosa y seductora mujer que nunca encontrara, ¡surgiendo de la sombra criminal! La señorita de los ojos de jade, hacia la cual le había impulsado desde el primer momento su instinto de hombre, ¡aparecía con la blusa manchada de sangre, con una cara desencajada, en compañía de dos espantosos asesinos, y, como ellos, robando, matando, sembrando la muerte y el espanto!

Raúl de Limézy (continuemos llamándole así, ya que Arsenio Lupin desempeñó bajo ese nombre su papel en el drama), aunque su vida de gran aventurero, mezclado a tantos horrores e ignominias, le hubiese endurecido

para los peores espectáculos, permanecía confuso ante una realidad que le era imposible concebir y, en cierto modo, abarcar. Los hechos iban más allá de su imaginación.

Al exterior había cierto estruendo. De una estación cercana, la de Beaucourt, acudían los empleados. También acudía un grupo de obreros ocupados en las reparaciones de la vía. Sonaban llamamientos. Y se buscaba de dónde venía la voz.

El revisor cortó las ataduras de Raúl, mientras escuchaba sus explicaciones. Luego abrió una ventana del pasillo e hizo seña a los empleados.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Volviéndose hacia Raúl, le dijo:

—Esta joven ha muerto, ¿no?

—Sí: estrangulada... No es sólo eso: Allá al final hay dos viajeros también muertos...

Marcharon rápidamente al final del pasillo.

En el último departamento había dos cadáveres. Ninguna señal de tumulto. En las redes, nada: ni maletas ni paquetes.

En aquel momento, los empleados de la estación intentaban abrir la portezuela correspondiente a esta parte del vagón. Estaba clavada, lo cual hizo comprender a Raúl la causa de que los tres bandidos hubieran tenido que volver por el camino del pasillo y huir por la primera puerta.

Ésta, efectivamente, la encontraron abierta. Por allí subieron varias personas. Salían otras por la pasarela de fuelle. Y ya llenaban ambos departamentos cuando una voz fuerte profirió en tono imperioso:

—¡No toquen nada!... ¡Deje ese revólver

donde está, caballero! Es una pieza de convicción de extraordinaria importancia. Además, convendría que todos desalojaran. El coche va a ser desenganchado y el tren partirá en seguida. ¿No es así, señor jefe?

Se dirigía al de la estación.

En los momentos de trastorno, basta que alguien hable claramente y sepa lo que quiere, para que todas las voluntades dispersas se dobleguen ante esa energía que parece la de un superior. Y éste hablaba rotundamente, cual hombre acostumbrado a que le obedezcan. Raúl le miró y quedó maravillado al reconocer al individuo que había seguido a miss Bakefield y abordado a la señorita de los ojos verdes; al individuo a quien él había pedido fuego, al gomoso, en una palabra, a quien la inglesa llamaba señor Marescal. Puesto de pie a la entrada del departamento en que yacía la joven, cerraba el camino a los intrusos y les empujaba hacia las puertas abiertas.

—Usted, señor jefe—añadió—, ha de encargarse de dirigir la maniobra, ¿no? Llévase a todos los empleados. También convendría llamar por teléfono a la gendarmería más cercana, hacer que venga un médico y avisar al juzgado de Romillaud. Nos hallamos ante un crimen.

—Ante tres asesinatos—rectificó el revisor—. Han huído dos hombres enmascarados que me atacaron.

—Lo sé—dijo Marescal—. Los obreros de la vía han visto sombras y les persiguen. En lo alto del talud hay un bosque. Y la batida se organiza a su alrededor y por la carretera. Si hay capturas nos enteraremos aquí.

Pronunciaba las palabras duramente, con gestos secos y continente autoritario.

Raúl se asombraba cada vez más. No obstante, recobró de pronto toda su sangre fría. ¿Qué hacía allí el majadero aquél? ¿Qué le daba tan increíble aplomo? ¿No ocurre, por ventura, que el aplomo de los personajes proviene precisamente de que tienen algo que ocultar tras su fachada aparatosa?

Y ¿cómo olvidar que Marescal había seguido a miss Bakefield durante toda la tarde, que la acechaba antes de la hora de la partida y que, indudablemente, se encontraba en el vagón número 4 a la hora en que se tramaba el crimen?... De un vagón al otro iba la pasarela: la pasarela por donde los tres bandidos enmascarados habían surgido y por donde uno de ellos había podido volver... Este último, ¿no sería el personaje que ahora mandaba temerariamente?

El coche se había desalojado. No quedaba más que el revisor. Raúl intentó acercarse a su asiento. Se lo impidieron.

—¿Cómo, caballero?—exclamó, seguro de que Marescal no le reconocía—. ¿Cómo? Yo estaba ahí. Y quiero volver.

—No, señor—repuso Marescal—. Todo lugar donde se ha cometido un crimen pertenece a la justicia, y nadie puede penetrar en él sin autorización.

El revisor terció.

—Este viajero fué una de las víctimas del ataque. Lo han atado y desvalijado.

—Lo lamento—dijo Marescal—. Pero las órdenes son formales.

—¿Qué órdenes?—replicó Raúl, irritado.

—Las mías.

—Raúl se cruzó de brazos.

—Pero, ¿con qué derecho habla usted, caballero? Será con el que usted se hace con una insolencia que los demás pueden aceptar, pero que yo no estoy en vena de sufrir.

El gomoso alargó su tarjeta de visita, diciendo con voz pomposa:

—Rodolfo Marescal, comisario del servicio de averiguaciones internacionales, agregado al ministerio del Interior.

Y parecía creer que, con semejantes títulos, no había más remedio que inclinarse ante él.

—Si he tomado la dirección de los acontecimientos—agregó—es porque estoy de acuerdo con el jefe de la estación y porque mis especiales atribuciones me autorizaban a ello.

Raúl, algo cohibido, se contuvo. El apellido Marescal, en el cual no se había fijado, despertaba súbitamente en su memoria el confuso recuerdo de ciertos asuntos en que, según le parecía, el comisario había demostrado un mérito y una clarividencia notables. De todos modos era absurdo hacerle frente.

—La culpa la tengo yo—pensó—. En vez de cumplir el último deseo de la inglesa, he perdido el tiempo emocionándome con la muchacha enmascarada. Pero, de todos modos, ya te atraparé, señor gomoso, y sabré qué hacías en el tren, ocupándote de un asunto en que las dos heroínas son precisamente las dos mujeres bonitas de marras. Pero, entretanto, tomemos las de Villadiego.

Y, en un tono deferente, como si hiciera mucho caso al prestigio de las elevadas funciones, dijo:

—Excúseme, caballero. Aunque soy poco parisiense, porque generalmente vivo fuera de Francia, su renombre ha llegado hasta mí. Recuerdo, sin ir más lejos, el asunto de unos pendientes...

Marescal se engalló.

—Sí, los pendientes de la princesa Laurentini— aclaró—. No estuvo mal la cosa. En lo de hoy se procurará quedar mejor. Confieso que antes de que llegue la gendarmería y, sobre todo, el juez de instrucción, quisiera llegar en las investigaciones hasta el punto en que...

—En que—terminó Raúl—no tuvieran esos caballeros más que decir la última palabra. Me parece bien. Y si mi presencia puede serle útil, no continuaré mi viaje hasta mañana.

—¿Útil? Extraordinariamente. Se lo agradezco.

El revisor tuvo que marcharse luego de decir lo que sabía. El vagón ya estaba apartado en una vía de maniobras. Y el tren se alejó.

Marescal comenzó sus investigaciones. Luego, con la evidente intención de alejar a Raúl, le rogó que fuera a la estación para buscar paños con que recubrir los cadáveres.

Raúl bajó muy aprisa, dió la vuelta al coche y se levantó al nivel de la tercera ventana del pasillo.

—Como yo me figuraba—dijo—, este petulante querrá estar solo. Alguna pequeña maniobra preliminar...

Marescal, en efecto, había levantado un poco el cuerpo de la joven inglesa y entreabierto su abrigo de viaje. Colgando del cinturón lle-

vaba un bolsito de cuero rojo. El hombre le desabrochó la correa, cogió el bolso y lo abrió. Contenía papeles, que se puso a leer en seguida.

Raúl, que le veía de espaldas y que, por tanto, no podía deducir de su expresión lo que pensaba de la lectura, se marchó gruñendo:

—Date prisa, compañerito, porque te atraparé antes de llegar al fin. Me han legado esos papeles. Y nadie más que yo tiene derecho a ellos.

Cumplió la misión de que estaba encargado. Y cuando volvió con la mujer y la madre del jefe de estación, que se ofrecían para el fúnebre velatorio, se enteró por Marescal de que en el bosque habían sido vistos dos hombres que se escondían entre la maleza.

—¿No hay ninguna otra indicación?—preguntó Raúl.

—Ninguna—declaró Marescal—. Por cierto que uno de esos hombres, al saltar, ha perdido un tacón enganchado entre dos raíces. Lo han recogido. Pero se trata de un tacón de mujer.

—Entonces, ¿nada?

—Nada.

Tendieron a la inglesa. Raúl miró por última vez a su bella y desventurada compañera de viaje y murmuró para su capote:

—La vengaré, miss Bakefield. Si no he podido guardarla y salvarla, le juro que sus asesinos serán castigados.

Pensaba en la señorita de los ojos verdes. Y repitió, al encontrar a la misteriosa criatura, el mismo juramento de odio y vengan-

za. Luego, bajando los párpados de la joven, le puso un paño sobre el pálido rostro.

—Era realmente guapa—dijo—. ¿No sabe usted su nombre?

—¿A qué santo?—declaró Marescal con disimulo.

—¡Hombre! Aquí hay un bolso...

—No debe abrirse si no es en presencia del juzgado—dijo Marescal, que se lo puso como bandolera en un hombro y que añadió: —Es sorprendente que los bandidos no la hayan robado.

—Seguramente contendrá papeles...

—Esperemos al juzgado—repitió el comisario—. Es raro, es raro que esos bandidos, que han desvalijado a usted, no la hayan robado nada a ella: ni esa pulsera, ni ese broche, ni ese collar...

Raúl contó lo que había ocurrido, haciéndolo, al principio, con precisión, deseando colaborar al descubrimiento de la verdad; pero, poco a poco, y como quiera que oscuras razones le impulsaban a desnaturalizar ciertos hechos, no habló del tercer cómplice y no dió de los de los otros dos más que referencias aproximadas. Lo más importante fué no revelar la presencia de una mujer entre ellos.

Marescal escuchó e hizo algunas preguntas. Luego, dejando a una de las mujeres, se llevó a la otra al departamento en que yacían los dos hombres.

Aunque uno de ellos era más joven, se parecían; ambos ofrecían las mismas facciones vulgares y las mismas cejas espesas; ambos llevaban trajes igualmente grises y mal cor-

tados. El más joven había recibido una bala en plena frente; el otro, en el cuello.

Marescal, que afectaba la mayor reserva, los examinó detenidamente, pero sin cambiarles de posición; registró sus bolsillos y los cubrió con un paño.

—Tengo la impresión, señor comisario—dijo Raúl, a quien la vanidad y las pretensiones de Marescal no habían escapado—, de que ha andado usted mucho por el camino de la verdad. Se adivina que es usted un maestro. ¿No podría comunicarme algo?...

—¿Por qué no?—dijo Marescal, llevándose a Raúl hacia otro departamento—. Los gendarmes no van a tardar; el médico, tampoco. Con el objeto de dejar bien sentada la posición que adopto, y asegurarme el beneficio de ella, no tengo inconveniente en exponer ahora el resultado de mis investigaciones.

—¡Vaya, señor almibarado! — se dijo Raúl—. No puede usted escoger mejor confidente que yo.

Pero simuló quedar confuso por tal honor. ¡Qué alegría!

El comisario le rogó que tomara asiento y empezó diciendo:

—Sin dejarme influir por ciertas contradicciones ni adentrarme en detalles, quiero hacer resaltar dos hechos que, a mi parecer, son primordiales, de una importancia considerable. Primero, éste: la joven inglesa, según usted, ha sido víctima de un error. Sí, señor, sí. No se asombre. Tengo pruebas. A la hora fijada por la prevista disminución de marcha del tren, los bandidos, que se encontraban en el vagón siguiente (recuerdo haberlos visto

de lejos y hasta que eran tres), atacan a usted, le roban, atacan a su vecina, van a atarla... Pero, bruscamente, lo dejan todo y se van más lejos, al departamento final... ¿Por qué ese cambio?... ¿Por qué?... Porque se han equivocado, porque la joven estaba oculta por un abrigo, porque creyendo habérselas con un hombre han visto una mujer. De ahí su pasmo. «¡Cristo! ¡Una mujer!» Por eso se alejan con precipitación. Exploran el pasillo y descubren a los dos hombres buscados, que son los que hay ahí. Como se defienden, los matan a tiros de revólver y les despojan hasta el punto de no dejarles nada. Maletas, paquetes, todo ha desaparecido. ¡Hasta las gorras!... Primer punto netamente establecido, ¿no?

Raúl estaba sorprendido, no de la hipótesis, porque él mismo la había admitido desde un principio, sino de que Marescal la hubiese podido distinguir con tanta agudeza y lógica.

—Vamos al segundo punto—continuó diciéndole el policía, a quien envanecía la admiración de su interlocutor.

Enseñó a Raúl una cajita de plata finamente cincelada.

—Esto lo he cogido detrás del asiento.

—Es una tabaquera, ¿no?

—Antiguamente, así se llamó... Ahora hacía de pitillera... Mire: siete pitillos... Tabaco rubio, de mujer...

—O de hombre—insinuó Raúl, sonriendo—. ¡Si no había más que hombres!...

—Insisto en que es de mujer...

—¡Imposible!

—Olfatee la caja.

La puso, en efecto, bajo las narices de Raúl, que luego de haber aspirado, afirmó:

—Sí, sí... Se nota un perfume de mujer que lleva la pitillera en su bolso con el pañuelo, los polvos y el vaporizador de bolsillo. El olor es característico.

—¿Entonces?

—¿Qué voy a decirle?... Que aquí hemos encontrado dos hombres muertos y que... otros dos hombres han atacado y han huído luego de matar.

—¿Por qué no un hombre y una mujer?

—¿Una mujer?... ¿Iba a ser mujer uno de los bandidos?

—¿Y la pitillera?

—Es una prueba insuficiente.

—Tengo otra.

—¿Cuál?

—El tacón, ese tacón de zapato que han recogido en la maleza, entre raíces. ¿Cree usted que se necesita más para formar una firme convicción respecto al segundo punto? Lo enunciaré, pues, así: de los dos agresores, uno era hombre y otro mujer.

La clarividencia de Marescal escamó a Raúl, que, no obstante, se guardó muy mucho de demostrarlo y, entre dientes, como si la exclamación fuera involuntaria, dijo:

—¡Es usted tremendo!

Y añadió:

—¿No hay nada más? ¿No hay otros descubrimientos?

—¡Oh!—exclamó el otro, riendo—. ¡Déjeme siquiera respirar!

—¿Acaso tiene intención de trabajar toda la noche?

—Al menos hasta que traigan a los dos fugitivos, lo cual no será muy tarde si se atienen a mis instrucciones.

Raúl había seguido la disertación de Marescal con el talante bonachón de un pobre señor que confía a otro la tarea de aclarar y desenredar un asunto del que él no comprende gran cosa. Y ahora movió la cabeza y dijo bostezando:

—Pues que se divierta, señor comisario. En cuanto a mí, le confieso que tantas emociones me han derrengado y que un descanso de una o dos horas...

—Tómelo —aprobó Marescal—. Cualquier departamento le puede servir para ello... Este mismo, ¿no?... Yo procuraré que nadie le estorbe... Y cuando acabe esto, le haré compañía en el descanso...

Raúl se encerró, tiró las cortinillas y veló el globo luminoso. En aquel momento no tenía una idea clara de lo que haría. Los muy complicados acontecimientos no se prestaban todavía a una solución madura. Así es que se contentaba con espiar las intenciones de Marescal y resolver el enigma de su conducta.

—¡Te he cogido, señor gomoso! —pensaba—. Eres como el cuervo de la fábula, que, a fuerza de elogios, abrió el pico. Tienes un admirable golpe de vista, pero eres demasiado parlanchín. En cuanto a que consigas apoderarte de la desconocida y de su cómplice, me extrañaría mucho. Es una tarea que habré de realizar yo en persona.

De pronto, hacia la estación, se levantó un rumor de voces que pronto adquirió proporciones de clamores. Raúl aguzó el oído. Mares-

cal, asomado a una ventanilla del pasillo, gritaba a quien se acercaba:

—¿Qué ocurre?... ¡Ah! Los gendarmes. Perfectamente... No me equivoco, ¿eh?

Alguien le contestó:

—El jefe de la estación me ha enviado aquí, señor comisario.

—Es usted el sargento, ¿verdad? Bien. ¿Ha habido detenciones?

—Una sola, señor comisario. Uno de los perseguidos ha caído de cansancio en la carretera, a un kilómetro de aquí. El otro ha podido escapar.

—¿Y el médico?

—Estaba enganchando cuando hemos pasado. Pero tenía una visita antes de llegar aquí. Vendrá dentro de unos cuarenta minutos.

—¿A cuál han detenido? ¿Al más pequeño?

—Sí; es pequeño, muy pálido... Lleva una gorra muy grande... Y llora... Dice que hablará, pero sólo ante el señor juez, por quien pregunta.

—¿Lo ha dejado en la estación?

—Allí está, bien vigilado.

—Voy, pues.

—Si no le contraría, señor comisario, me gustaría antes ver lo que ha sucedido en el tren.

Subió el sargento con un gendarme. Marescal, que le recibió en lo alto del estribo, le llevó seguidamente ante el cadáver de la inglesa.

—¡Esto marcha! —pensó Raúl, que no había perdido una palabra del diálogo—. Si el gomoso comienza ahora con explicaciones me va a dejar tiempo suficiente.

Ya veía claro en el desorden de su espíritu, ya discernía las intenciones verdaderamente inesperadas que de pronto surgían en él sin permiso de su voluntad y sin que pudiese comprender el secreto motivo de ellas.

Bajó el gran cristal de la ventanilla y se asomó a la doble línea de los rieles. Nadie. Ninguna luz.

Y saltó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.

III

UN BESO EN LA SOMBRA

LA estación de Beaucourt se hallaba en un descampado, lejos de toda población o morada. Una carretera perpendicular al camino de hierro la une con Beaucourt y Romillaud, donde se encuentra el puesto de gendarmes, y con Auxerre, de donde eran esperados los magistrados. Es cortada en línea recta por la carretera nacional, paralela al ferrocarril y distanciada de él medio kilómetro.

Sobre el andén habían reunido toda clase de iluminación disponible—lámparas, bujías, linternas, faroles—, lo cual obligó a Raúl a tomar infinitas precauciones para avanzar. El jefe de estación, un empleado y un obrero conversaban con el gendarme de vigilancia, cuya elevada talla se erguía ante la puerta abierta de par en par de un cuarto lleno de paquetes que estaba destinado al servicio de mercancías.

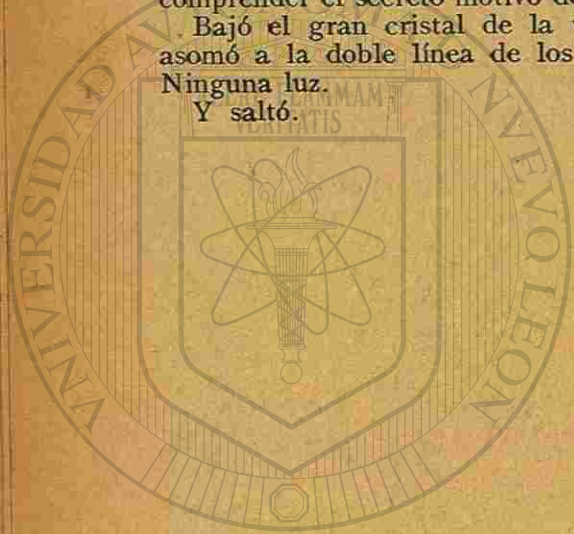
En la semioscuridad de aquel cuarto había montones de cestos y cajas, así como gran va-

30410

Ya veía claro en el desorden de su espíritu, ya discernía las intenciones verdaderamente inesperadas que de pronto surgían en él sin permiso de su voluntad y sin que pudiese comprender el secreto motivo de ellas.

Bajó el gran cristal de la ventanilla y se asomó a la doble línea de los rieles. Nadie. Ninguna luz.

Y saltó.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.

III

UN BESO EN LA SOMBRA

LA estación de Beaucourt se hallaba en un descampado, lejos de toda población o morada. Una carretera perpendicular al camino de hierro la une con Beaucourt y Romillaud, donde se encuentra el puesto de gendarmes, y con Auxerre, de donde eran esperados los magistrados. Es cortada en línea recta por la carretera nacional, paralela al ferrocarril y distanciada de él medio kilómetro.

Sobre el andén habían reunido toda clase de iluminación disponible—lámparas, bujías, linternas, faroles—, lo cual obligó a Raúl a tomar infinitas precauciones para avanzar. El jefe de estación, un empleado y un obrero conversaban con el gendarme de vigilancia, cuya elevada talla se erguía ante la puerta abierta de par en par de un cuarto lleno de paquetes que estaba destinado al servicio de mercancías.

En la semioscuridad de aquel cuarto había montones de cestos y cajas, así como gran va-

30410

riedad de otros bultos. Raúl, acercándose, creyó ver, sentada sobre objetos informes, una curva silueta que no se movía.

—Probablemente será ella, la señorita de los ojos verdes—pensó—. Cerrando con llave por allá, habrán convertido esto en prisión, ya que los carceleros están en la única salida posible.

La situación le pareció favorable, siempre que no diera con obstáculos que pudiesen estorbarle. Marescal y el brigadier, por ejemplo, podían venir antes de lo supuesto. Por tanto, dió, corriendo, una vuelta para llegar a la fachada posterior de la estación. No encontró un alma. Era más de media noche. Como ya no habían de llegar trenes, sólo quedaba el grupito que charlaba en el andén.

Entró en la sala de facturación. Una puerta a la izquierda, un vestíbulo con una escalera y, a la derecha del vestíbulo, otra puerta. Ésta, a juzgar por la disposición del lugar, debía ser la interesante.

Raúl no era hombre para quien una cerradura constituyese obstáculo considerable. Siempre llevaba encima cuatro o cinco clases de instrumentos con los cuales abría las puertas más recalcitrantes. La de ahora cedió al primer intento. Habiéndola entreabierto ligeramente, vió que no la hería ningún rayo de luz. La empujó, pues, y entró, agachándose. La gente de fuera no había podido verle ni oírle y menos la prisionera, cuyos sordos sollozos rimaban con el silencio de la estancia.

El obrero relataba la persecución a través del bosque. Fué él quien en un matorral, a la

luz de un farol, levantó «la pieza». El otro perillán—como él decía—era delgado, alto y corredor como una liebre. Pero tenía que volver atrás para llevarse al pequeño. Además, reinaba tanta oscuridad que la caza no era cómoda.

—El muchacho que está ahí dentro—contó el obrero—se ha puesto a gemir en seguida. Por cierto que ¡tiene voz de mujer!... Y entre lágrimas exclamaba: «¿Dónde está el juez?... Se lo diré todo... ¡Que me lleven al juez!»

El auditorio reía. Raúl se aprovechó de ello para deslizar la cabeza entre las dos columnas de cajas. Así se encontraba tras el montón de paquetes postales en que la cautiva estaba postrada. Por cierto que debió percibir algún rumor, ya que cesaron los sollozos.

Raúl musitó:

—No tenga miedo.

Como ella callara, añadió:

—No tema... Soy un amigo...

—¿Guillermo?—preguntó ella en voz baja.

Raúl, comprendiendo que se trataba del otro fugitivo, respondió:

—No. Soy una persona que la salvará de los gendarmes.

La joven no dijo pío. Temería seguramente alguna añagaza. Pero él insistió:

—Está usted en poder de la justicia. Si no me sigue irá a la cárcel, a los tribunales...

—No—repuso ella—. El señor juez me dejará en libertad.

—¡Ca! Hay dos hombres muertos... La

blusa de usted está manchada de sangre... Venga... Un instante de vacilación puede perderla... Venga...

Tras un silencio, murmuró la joven:

—Tengo las manos atadas.

Raúl, siempre agachado, cortó las ligaduras con su navaja y preguntó:

—¿La pueden ver desde fuera?

—Únicamente el gendarme, cuando se vuelve, pero mal, porque estoy en la sombra... Los demás están muy a la izquierda...

—Perfectamente... ¡Ah!... Oiga...

Se acercaban pasos por el andén. Raúl reconoció la voz de Marescal. Entonces mandó:

—¡No haga ningún gesto!... Han llegado antes de lo que yo creía... ¿Oye?...

—¡Ay, qué miedo tengo!—murmuró la joven—. Me parece que esa voz... ¿Será posible, Dios mío?...

—Sí—aclaró Raúl—. Es la voz de Marescal, su enemigo... Pero no hay que acobardarse... Recuerde que en el bulevar se ha interpuesto alguien entre usted y él. Era yo. Y le suplico que no tema...

—Pero va a entrar...

—No es seguro...

—¿Y si entra?...

—Haga como que duerme o está desvanecida... Oculte la cabeza entre los brazos doblados... Y no se mueva...

—¿Y si intenta verme? ¿Y si me reconoce?

—No le conteste ni una sola palabra, pase lo que pase... Marescal no obrará en seguida... Lo pensará... Y entonces...

Raúl no estaba tranquilo, pues suponía que

Marescal tendría ansia de saber si se equivocaba o si el bandido era realmente una mujer. Procedería, pues, a un interrogatorio inmediato. Además, en todo caso, por si las precauciones eran insuficientes, revisaría él mismo la prisión.

Y de pronto el comisario exclamó alegremente:

—¿Conque hay novedades, señor jefe? ¡Un prisionero en su estación! ¡Y un prisionero importante! La estación de Beaucourt se hará célebre.

Y dirigiéndose al brigadier, añadió:

—El sitio me parece bien escogido, sobre todo teniendo en cuenta que no podría quizá escogerse mejor; pero, como nunca sobra la prudencia, voy a cerciorarme...

Como Raúl había previsto, no se andaba por las ramas. Iba a jugarse la espantosa partida entre aquel hombre y la joven. Bastarían algunos gestos, algunas palabras, para que la señorita de los ojos verdes se perdiera irremisiblemente.

Raúl estuvo a punto de batirse en retirada. Pero ello implicaba a renunciar a toda esperanza y a lanzar en pos de él una horda de adversarios que no le permitirían reanudar la empresa. Así es que se confió al azar.

Marescal penetró en el cuarto sin dejar de hablar con la gente de fuera y de modo que los ocultaba la forma inmóvil que deseaba contemplar a solas. Raúl quedaba aparte y suficientemente protegido por las cajas para que Marescal no le viese aún.

El comisario se detuvo y dijo en voz alta:

—Se duerme, ¿eh?... ¡Compañero! ¿No podríamos charlar un momentín?...

Sacó del bolsillo una lámpara eléctrica, cuyo botón oprimió y cuyo haz luminoso dirigió convenientemente. Al no ver más que una gorra y dos brazos apretados, separó los brazos y levantó la gorra.

—En efecto, en efecto—dijo quedamente—. Una mujer rubia... ¡Vamos, pequeña! Enséñame esa carita de rosa.

Agarróle violentamente la cabeza y le dio media vuelta. Lo que vio era tan extraordinario, que no creía la inverosímil verdad.

—No, no, no puede ser—murmuró.

Miró la puerta de entrada, pues no quería que ninguno de los otros le viese. A continuación arrancó febrilmente la gorra. Y apareció el rostro, iluminado de lleno, sin reservas.

—¡Ella! ¡Ella!—murmuró—. ¿Estoy loco?... ¡No puede ser eso!... ¿Ella aquí? ¿Ella una asesina?... ¿Ella?...

Se inclinó más. La cautiva casi no respiraba. Su pálida cara no tenía un estremecimiento. Y Marescal le espetaba con voz de angustia:

—¿Usted?... Pero, ¿qué desquiciamiento es éste?... Usted ha matado y los gendarmes la han cogido, ¿no?... ¿Por eso está aquí?... ¿Es posible?...

Marescal calló al ver que la joven parecía dormir. ¿Dormirá en realidad? De todos modos, le dijo:

—Bueno. No se mueva... Voy a alejar a esos... Volveré dentro de una hora... Ya hablaremos... Hay que huir, pequeña...

¿Qué pretendía? ¿Querría proponerle al-

gún pacto abominable? Raúl adivinó que en el fondo no tendría una idea decidida. El acontecimiento le cogía desprevenido. Y se preguntaría qué beneficios podía sacarle.

Volvió a colocar la gorra en la rubia cabeza, no sin recoger los rizos. Luego, entreabriendo la blusa, registró los bolsillos del vestido, en los que nada encontró. Se irguió entonces. Y tan emocionado estaba que ni tan sólo pensó en examinar el cuarto y la puerta.

—¡Pobre muchacho!—mascullaba, dirigiéndose hacia el grupo del andén—. Seguramente aun no tiene veinte años... Será un pillete maleado por el cómplice...

Y continuó hablando, pero de una manera distraída, porque necesitaba reflexionar en otra cosa.

—Creo—dijo—que mi investigación preliminar no dejará de interesar, aunque modesta, a los señores del juzgado. Mientras llegan, montaré la guardia con usted—añadió dirigiéndose al sargento—. Con usted o solo... Realmente no necesito compañía, si usted quiere descansar...

Raúl se dio prisa. Cogió de los montones tres sacos atados, cuya tela parecía, poco más o menos, del mismo color que la blusa bajo la cual escondía la prisionera su disfraz de muchacho. Levantó uno de los sacos y murmuró:

—Acerque las piernas hacia mí para que pueda pasar esto por el lugar que ocupan ellas. Pero muévase lo menos posible ¿eh?... Luego eche hacia mí el busto y la cabeza.

Le cogió una mano, que estaba helada, y

repitió las instrucciones, porque la joven continuaba inerte.

— ¡Obedezca, por lo que más quiera! Marescal es capaz de todo... Como usted le ha humillado, se vengará de una manera o de otra, ya que dispone de usted... Acerque las piernas hacia mí...

La joven empleó movimientos leves, inmóviles (si pudiera decirse), que la cambiaban de lugar casi insensiblemente. Así es que necesitó al menos tres o cuatro minutos. Acabada la maniobra, había ante ella y un poco más alto que ella un bulto gris y acurrucado, de parecidos contornos, que daba suficientemente la ilusión de su presencia para que el gendarme y Marescal, al lanzar una mirada, pudiesen creerla todavía allí.

—Vamos—dijo—. Aprovechemos que se han vuelto y que hablan un poco fuerte. Deslícese...

La recibió en sus brazos, la mantuvo curvada y la sacó por la puerta entreabierta. Ya en el vestíbulo, pudo incorporarse. Raúl cerró. Y atravesaron la sala de los equipajes. Pero apenas llegados a la explanada que precedía a la estación, la chica desfalleció y cayó de rodillas.

—No podré—gemía—. No podré...

Sin el menor esfuerzo se la echó al hombro y se puso a correr hacia las masas de árboles que denotaban el camino de Romillaud y de Auxerre. Experimentaba una profunda emoción ante la idea de que tenía cogida la presa, de que la asesina de miss Bakfield no podía escaparle, de que su acción sustituía a la de la sociedad. ¿Qué haría? Poco importaba. En

aquel momento estaba convencido—o al menos se figuraba estar convencido—de que le guiaba una gran sed de justicia y de que el castigo tomaría la forma que le dictasen las circunstancias.

Doscientos pasos más lejos se detuvo, no por cansancio, sino porque prestaba oídos e interrogaba el majestuoso silencio, apenas turbado por rumoreo de hojas y el paso furtivo de los animales nocturnos.

—¿Qué sucede?—preguntó, angustiada, la joven.

—Nada... Nada inquietante... Al contrario... El trote de un caballo, muy lejano... Es lo que yo quería... Y me alegro... Representa la salvación de usted...

Se la quitó del hombro y la tendió sobre sus brazos, como una niña. Así recorrió velozmente tres o cuatrocientos metros, lo que les llevó al cruce con la carretera nacional, cuya blancura aparecía bajo la fronda oscura de los árboles. Como la hierba estaba húmeda, Raúl, sentándose en el talud, dijo a la joven:

—Tiéndase sobre mis rodillas. Y procure comprenderme bien. Ese coche que se oye es el de un médico que han llamado. Yo me desembarazaré de ese buen señor atándole bonitamente a un árbol. Entonces subiremos al coche y viajaremos toda la noche hasta una estación cualquiera de otra línea.

Como la joven no respondía, temió que no le oyese. Su mano ardía. Pero en una especie de delirio, balbuceó:

—No he matado a nadie... No he matado...

—Calle—atajó Raúl bruscamente—. Ya hablaremos más tarde de eso.

Callaron ambos. La inmensa paz del campo dormido brindaba a su alrededor espacios de silencio y seguridad. Únicamente de vez en cuando se destacaba de las tinieblas el trote de los caballos. Dos o tres veces, a una distancia incierta, se vieron los faroles del coche, que relucían como ojos desenchajados. Ningún grito, ninguna amenaza por la parte de la estación.

Raúl pensaba en lo extraño de la situación y, prescindiendo de la enigmática asesina, cuyo corazón latía tan fuertemente que él notaba el ritmo desenfrenado, evocó a la parisiense dichosa y sin aparentes preocupaciones entrevistada ocho o nueve horas antes. Las dos imágenes, a pesar de ser tan diferentes, se confundían en él. El recuerdo de la visión resplandeciente atenuaba su odio contra la que había matado a la inglesa. Pero, ¿le tenía odio? Aferrándose a la palabra, pensaba duramente:

—La odio... Diga lo que quiera, ha matado... La inglesa ha muerto por culpa de ella y de sus cómplices... La odio... ¡Miss Bakefield será vengada!

Sin embargo, no decía nada de todo aquello. Al contrario, se daba cuenta de que su boca pronunciaba palabras amables.

—La desgracia se abate sobre las personas cuando menos lo piensan, ¿verdad?... Se vive felizmente... Y pasa el crimen... Pero todo se arregla... Confíe en mí, que todo se allanará...

Raúl tenía la impresión de que una gran

calma penetraba poco a poco en la joven, que ya no era presa de los febriles movimientos que la sacudían de los pies a la cabeza. Disminuían las pesadillas, las angustias, los espantos, todo el mundo asqueroso de la noche y de la muerte.

Y Raúl gustaba intensamente la manifestación de su influencia y de su poder, en cierto modo magníficos, sobre ciertos seres a los que las circunstancias habían desorbitado y a los cuales devolvía el equilibrio y hacía olvidar un instante la horrenda realidad.

También él, por cierto, se desentendía del drama. La inglesa difunta se desvanecía en su memoria. Y no era la mujer de la blusa manchada de sangre la que tenía contra sí, sino la elegante y radiosa mujer de París. Ciertamente se decía: «La castigaré. Sufrirá.» Pero sentía el fresco aliento que se exhalaba de los próximos labios.

Los ojos de los faroles se agrandaban. El médico llegaría dentro de ocho o diez minutos.

—Entonces—se dijo Raúl—tendré que separarme de ella y obrar... Y esto habrá terminado... No volveré a encontrar entre ella y yo un instante como éste, un instante que tenga tanta intimidad...

Se inclinó más. Entrevió que conservaba los párpados cerrados y que se abandonaba a su protección. Todo marcha bien, pensaría ella. El peligro se alejaba.

De pronto se inclinó y la besó los labios.

La joven intentó levemente resistir; pero suspiró y no dijo nada. Raúl recibió la impresión de que aceptaba la caricia y que, a

pesar de retirar la cabeza, cedía a la dulzura del beso. Duró varios segundos. Pero luego la joven sacudióse rebeldemente, alargó los brazos y se soltó con súbita energía, gimiendo:

— ¡Oh, qué abominación, qué vergüenza!... ¡Déjeme, déjeme!... Lo que usted hace es propio de un miserable.

Raúl intentó bromear y, furioso contra ella, la hubiera injuriado de buena gana. Pero no encontraba palabras. Y mientras ella, luego de rechazarle, huía entre las sombras, repetía él en voz baja:

— ¿Qué significa esto?... ¿Acaso es pudor?... Total, ¿qué?... ¡Ni que hubiera cometido un sacrilegio!...

Se puso en pie, subió por el talud y la buscó. ¿Dónde? La espesa maleza protegía su huida. No había ninguna esperanza de hacerse con ella.

Vomitaba juramentos; no encontraba en él más que el odio y el rencor de un hombre burlado; y ya rumiaba el horrible propósito de volver a la estación para dar la alarma, cuando oyó gritos a cierta distancia. Procedían de la carretera, y concretamente de un lugar disimulado por una loma, donde Raúl suponía que debiera estar el carruaje. Corrió hacia allí. Vió, en efecto, los dos faroles, pero le pareció que giraban y cambiaban de dirección. El carruaje se alejaba, no precisamente al trote apacible de un caballo, sino al galope de un animal sobreexcitado por latigazos. Dos minutos más tarde, Raúl, guiado por los gritos, adivinaba en la oscuridad la silueta de un hombre que gesticulaba entre zarzas y breñas.

— ¿Es usted el médico de Romillaud? — dijo Raúl—. Me mandan desde la estación a su encuentro... ¿Acaso le han atacado?...

— ¡Sí!... Ha sido un caminante que me preguntaba por el camino. Al parar yo, me ha cogido de la garganta, me ha atado y me ha arrojado a la maleza.

— ¿Y ha huído con su carruaje?

— Sí.

— ¿Solo?

— No, con alguien que se le ha unido... Entonces es cuando he gritado.

— ¿Era hombre o mujer?

— No lo he visto. Apenas han hablado, y lo han hecho en voz baja. En cuanto se han ido, he gritado.

Raúl consiguió sacarlo de la maleza y le dijo:

— ¿Qué, no le había amordazado?

— Sí, pero mal.

— ¿Con qué?

— Con mi pañuelo.

— Hay una manera de amordazar que pocos conocen — dijo Raúl, que cogió el pañuelo, derribó al galeno y se puso en disposición de enseñarle cómo se actuaba.

La lección fué seguida de otra operación: la de atarle sabiamente con la manta y el cabestro del caballo que Guillermo había utilizado (porque no podía dudarse de que el agresor fuera Guillermo y de que la joven se le había unido).

— ¿Verdad que no le hago daño, doctor? Me sabría muy mal. Además, ahora ya no tiene que temer espinas y ortigas — añadió Raúl conduciendo a su prisionero—. Aquí tiene un

sitio donde no pasará una noche del todo mala. La hierba habrá recibido mucho sol porque está seca. No me dé las gracias, doctor. Y crea que si hubiera podido evitarlo...

La intención que entonces llevaba Limézy era la de emprender un paso gimnástico para alcanzar a toda costa a los fugitivos. Estaba rabioso por la jugarreta. ¡Qué estúpido era! La tenía en sus garras y, en vez de oprimirle la garganta, se entretuvo en besarla. Pero, ¿acaso en semejantes circunstancias se conserva claridad de ideas?

Sin embargo, aquella noche todas las intenciones de Limézy se resolvían en actos contrarios a ellas. En cuanto dejó al doctor, aunque no había desechado su proyecto, volvióse a la estación con un nuevo plan, que consistía en subirse al caballo de un gendarme para decidir mejor el éxito de la empresa.

Había observado que los tres caballos de la gendarmería se encontraban bajo un techado ante el cual vigilaba uno de los gendarmes. Llegó allí. El vigilante dormía a la luz de un farol. Raúl sacó el cuchillo para cortar una de las cuerdas que ataban a los caballos; pero, en vez de eso, se puso a cortar suavemente, con todas las precauciones imaginables, las cinchas desabrochadas de los tres caballos y las correas de las bridas.

Así sería imposible perseguir a la señorita de los ojos verdes cuando se dieran cuenta de que había desaparecido.

—No sé muy bien lo que hago—se dijo Raúl volviendo a su departamento—. Me está mareando esa imbécil. Nada me sería más agradable que entregarla a la justicia y cum-

plir mi juramento de venganza. Pero todos mis esfuerzos no tienden más que a salvarla. ¿Por qué?

Conocía bien la contestación a semejante pregunta. Si se había interesado por la joven a causa de tener ojos jade, ¿cómo no iba a protegerla, cuando la había sentido desfalleciendo cerca de él y con los labios muy próximos a los suyos? ¿Acaso se puede entregar una mujer cuya boca se ha besado? Cierro que era asesina; pero se había estremecido bajo una caricia suya. Y Raúl se percataba de que nada del mundo podría hacer que no la defendiese contra todo y contra todos. El ardiente beso de aquella noche dominaba todo el drama y todas las resoluciones a que el instinto de Raúl, más bien que su razón, le ordenaba dedicarse.

Por eso había de ponerse en contacto con Marescal para conocer el resultado de sus investigaciones. Además, tenía que volver a verlo por lo tocante a la joven inglesa y al saco de cuero que Constanza Bakefield le había recomendado.

Marescal, rendido por la fatiga, se dejaba caer, dos horas más tarde, frente al banco del vagón apartado en que Raúl esperaba tranquilamente. Despertóse de pronto y dió luz. Al ver descompuesta la cara del comisario, trastornada la raya y lacio el bigote, exclamó:

—¿Qué ocurre, señor comisario? ¡Casi no le había conocido!

Marescal balbuceó:

—¿No lo sabe? ¿No ha oído nada?

—Nada, no he oído nada desde que usted cerró esa puerta.

- ¡Ha escapado!
- ¿Quién?
- ¡El asesino!
- ¿Lo habían cogido?
- Sí.
- ¿A cuál de los dos?
- A la mujer.
- ¿Era, efectivamente, una mujer?
- Sí.
- ¿Y no han podido vigilarle?
- Sí; pero...
- Pero ¿qué?
- Que era un bulto de tela.

Raúl, al renunciar a perseguir a los fugitivos, había indudablemente obedecido, entre otros motivos, a una inmediata necesidad de desquite. Como había sido burlado, quería ser burlador, quería burlarse de otro así como se habían burlado de él. Y la víctima designada era Marescal, al cual esperaba arrancar otras confidencias y cuyo fracaso le proporcionó una deliciosa sensación.

- Es una catástrofe—dijo Raúl.
- Una catástrofe—repitió el comisario.
- Y ¿no tiene usted ningún indicio?
- Ninguno.
- ¿Ni rastro del cómplice?
- ¿Qué cómplice?
- El que ha preparado la evasión.

No, no hay ni rastro. Conocemos las huellas de su calzado, observadas principalmente en el bosque. Pero al salir de la estación, en un charco fangoso, han sido vistas, al lado de la señal del zapato sin tacón, señales completamente distintas de un pie más pequeño, con suela puntiaguda.

Raúl procuró ocultar bajo el banco su fangoso calzado, y preguntó con gran interés:

—Entonces, ¿había otro más?

—Indudablemente. Y me parece que ése habrá huído con la asesina utilizando el carruaje del médico.

— ¿Del médico?

—De no ser así, hubiéramos visto al médico. Y cuando no lo hemos visto es que lo habrán echado abajo del carruaje y lo habrán dejado en cualquier sitio.

— ¡Pero un carruaje puede ser alcanzado!

— ¿Cómo?

—Con los caballos de los gendarmes.

— ¡Sí, sí! Me he dirigido al techado donde los guardaban, pero al montar sobre uno de ellos, la silla ha dado una vuelta y ha rodado por el suelo.

Raúl no pudo contener la risa.

— ¡Caramba! ¡Es un adversario digno de usted!

—Es un maestro, sí. He tenido ocasión de observar al dedillo un asunto en que Arsenio Lupin luchaba contra Ganimard. El golpe de esta noche ha sido dado con la misma maestría.

Raúl se mostró implacable.

—Es una verdadera catástrofe, porque usted concedía mucha importancia a esa detención, ¿verdad?...

—Mucha—dijo Marescal, a quien su derrota inclinaba cada vez más a las confidencias—. Como en el ministerio tengo poderosos enemigos, la captura instantánea, por decirlo así, de esa mujer, me hubiera sido muy útil. El asunto adquirirá muchos vuelos. ¡Qué escán-

dalo el de esa joven y bonita criminal disfrazada!... Yo, de la noche a la mañana, dí con la claridad... Pero después...

—Después, ¿qué?

Marescal vaciló ligeramente. Pero hay horas en que ninguna razón puede impedir que uno hable y que muestre el íntimo fondo de su alma, aunque luego se haya de arrepentir. Se puso, pues, al descubierto, diciendo:

—Además, eso doblaba, triplicaba la importancia de la victoria que conseguía yo en un terreno opuesto...

—¿Una segunda victoria?—preguntó Raúl, admirado.

—Sí. ¡Y definitiva!

—¿Definitiva?

—Claro. Nadie puede arrancármela, porque se trata de una muerta.

—¿Acaso de la joven inglesa?

—De la joven inglesa.

Raúl, sin abandonar su aire algo estulto y como si cediera, sobre todo, al deseo de admirar las proezas de su compañero, preguntó:

—¿Puede explicármelo?...

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, usted no se enterará más que un par de horas antes que los magistrados.

Marescal, desvencijado por la fatiga, con el cerebro hecho una olla de grillos, tuvo la imprudencia, contraria a su costumbre, de charlar por los codos, como un novicio. Inclínandose hacia Raúl, le dijo:

—¿Sabe usted quién era la inglesa?

—No. ¿Acaso usted la conocía, señor comisario?

—¿Si la conocía? Hasta éramos amigos; ¡buenos amigos! Hace seis meses que yo vivía a su sombra, acechándola, buscando contra ella pruebas que no podía reunir...

—¿Contra ella?

—¡Contra ella, sí! Contra miss Bakefield, que sí, ciertamente, era hija de lord Bakefield, par de Inglaterra y multimillonario, por otra parte era ladrona internacional, rata de hotel y jefe de una banda. ¡Y todo ello por gusto, por diletantismo! La buena moza había conocido mis intenciones. Y cuando hablaba conmigo se ponía burlona con gran dominio sobre sí misma. Yo había advertido a mis jefes que se trataba de una ladrona; pero, ¿cómo cogerla? Ayer cayó en mis redes, pues alguien que en su hotelito estaba a mi servicio me avisó que miss Bakefield recibió ayer mismo de Niza el plan para robar una villa: la villa B... como era denominada en una carta adjunta. También me dijo que había metido dichos papeles en un saco de cuero, junto con otros documentos nada limpios, y que se encaminaba hacia el sur. De ahí mi viaje. «Allí, pensaba yo, o la cojo en flagrante delito o me apodero de los papeles.» No necesité esperar tanto tiempo como me había figurado. Los bandidos me la entregaron.

—¿Y el saco de cuero?

—Lo llevaba sujeto a la cintura por una correa de cuero. Y ahora está aquí—dijo Marescal, golpeando la chaqueta a la altura del cinturón—. Apenas he podido darle un vistazo que me ha permitido entrever piezas irrecusables, como el plano de la villa B... al que ella ha añadido de su puño y letra, con

lápiz azul, esta fecha: 28 de abril. Y el 28 de abril es pasado mañana, miércoles.

Raúl no dejó de sufrir cierta decepción. ¿Con que su bella compañera durante parte de la noche era una ladrona? Su decepción era tanto mayor cuanto no podía protestar contra una acusación justificada por tan numerosos detalles y que, a su vez, explicaba, por ejemplo, la clarividencia de la inglesa respecto a él. Asociada a una banda de ladrones internacionales, poseía sobre mucha gente indicaciones que le habían permitido entrever, tras Raúl de Limézy, la silueta de Arsenio Lupin.

Por tanto, quizá hubiera que creer que las palabras que se esforzaba vanamente en pronunciar a la hora de su muerte eran palabras de confesión y súplicas de culpable dirigidas precisamente a Lupin: «¡Defienda mi memoria!... ¡Que mi padre no sepa nada!... ¡Destruya mis papeles!...»

—Entonces, señor comisario, eso es la deshonra para la noble familia de los Bakefield, ¿no?

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo Marescal. Raúl añadió:

—¿No le desagrada eso? Y lo mismo digo de la idea de entregar a la justicia a una joven como la que acaba de escapar. Porque es joven, ¿no?

—Muy joven y muy bonita.

—Y ¿a pesar de eso?...

—A pesar de ello, caballero, y a pesar de todas las consideraciones posibles, nada me impedirá jamás cumplir con mi deber.

Pronunció semejantes palabras como perso-

na que busca evidentemente la recompensa de su mérito, pero cuya conciencia profesional domina todas las ideas.

—Bien dicho, señor comisario —aprobó Raúl, aunque opinaba que Marescal parecía confundir su deber con otras muchas cosas, entre las que, sobre todo, había odio y ambición.

Marescal consultó el reloj. Y viendo que tenía tiempo para descansar antes de que viniese el juzgado se retrepó y garrapateó varias notas en una libreta que, por cierto, no tardó en caer sobre sus rodillas. El señor comisario cedía al sueño.

Raúl, frente a él, le contempló varios minutos. Desde que se encontraron en el tren, su memoria le presentaba poco a poco recuerdos cada vez más precisos sobre Marescal. Evocaba una figura de policía intrigante, o más bien de aficionado rico que hacía de policía por gusto, pero también para servir sus intereses y sus pasiones. Era un hombre afortunado, no siempre escrupuloso, muy afecto a las mujeres, que, por cierto, le ayudaban en su carrera, algo rápida. ¿Acaso no decían que entraba de manera especial en el domicilio del ministro del ramo y que la esposa de éste no era ajena a ciertos favores inmerecidos?...

Raúl cogió la libreta y escribió, sin perder de vista al policía:

«Observaciones acerca de Rodolfo Marescal.

»Notable agente. Iniciativa, lucidez. Pero mucha locuacidad. Se confía al primero que llega, sin preguntarle su nombre ni examinar el estado de sus zapatos ni tan siquiera fijarse en su fisonomía.

»Bastante mal educado. Si al salir de una pastelería del bulevar Haussmann se encuentra con una joven a la que conoce, se le acerca y le habla, a pesar de ella. Si varias horas más tarde la vuelve a encontrar, disfrazada, llena de sangre y vigilada por los gendarmes, no se cerciora de si la cerradura está en buen estado y de si el quídam a quien ha dejado en su departamento no está acurrucado tras los bultos.

»Por tanto, no debe pasmarse si el quídam, aprovechando faltas tan grandes, decide conservar un precioso anonimato, renunciar a su papel de testigo y vil delator, tomar por su cuenta el extraño asunto y defender enérgicamente, con ayuda de los documentos contenidos en el saco de cuero, la memoria de la pobre Constanza y el honor de los Bakefield, así como consagrar toda su energía a castigar a la desconocida de los ojos verdes, sin que permita a nadie tocar uno de sus rubios cabellos o pedirle cuenta de la sangre que mancha sus adorables manos.»

Raúl, evocando su encuentro con Marescal ante la pastelería, dibujó, a manera de firma, una cabeza de hombre con lentes y un cigarrillo en los labios, y escribió: «¿Tienes fuego, Rodolfo?»

El comisario roncaba. Raúl le dejó el libro sobre las rodillas, sacó del bolsillo un frasquito, que destapó y lo hizo respirar a Marescal. Esparcióse un violento olor de cloroformo. La cabeza de Marescal inclinóse más.

Entonces Raúl, con suavidad, le desabrochó el abrigo, soltó las correas del saco de cue-

ro y las colgó de su cinturón, bajo la chaqueta.

Al mismo tiempo pasaba con marcha muy lenta un tren de mercancías. Bajó el cristal, saltó de un estribo al otro y se instaló cómodamente en el toldo de un furgón cargado de manzanas.

—Una ladrona que ha muerto y una asesina que me da horror—pensaba—son las recomendables personas a las que concedo mi protección. ¿Por qué diablos me he metido en esta aventura?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

IV

ES ROBADA LA VILLA B...

Si hay un principio—me dijo Arsenio Lupin muchos años después, cuando me contó la historia de la señorita de los ojos verdes—al que yo haya permanecido fiel, es el de no intentar nunca la solución de un problema antes de que llegue la hora. Para deshacer ciertos enigmas hay que esperar que el azar o la propia habilidad le aporten a uno suficiente número de hechos reales. Por el camino de la verdad hay que avanzar prudentemente, paso a paso, de acuerdo con el progreso de los acontecimientos.

El razonamiento era tanto más oportuno cuanto que el asunto no ofrecía más que contradicciones, absurdos, actos aislados que no parecían estar unidos por ningún lazo. Ninguna unidad, ningún pensamiento director. Cada uno iba por su lado. Nunca había sentido Raúl tan sólidamente la necesidad de recelar de toda la precipitación en aquella clase de aventuras. Las deducciones, las intuiciones, el análisis, el examen, son otras tantas tram-

5 La señorita de los ojos verdes.

pas que requieren tiento para no caer en ellas.

Permaneció, pues, todo el día bajo el toldo del vagón, mientras el tren de mercancías se dirigía hacia el sur, entre campos soleados. Soñaba tranquilamente, comiendo manzanas para engañar al hambre. Y sin perder el tiempo en edificar frágiles hipótesis sobre la bella señorita, sus crímenes y su alma tenebrosa, saboreaba los recuerdos de la boca más tierna y más exquisita que la suya hubiera besado. Ese hecho era el único de que deseaba preocuparse. Vengar a la inglesa, castigar a la culpable, atrapar al tercer cómplice, volver a la posesión de los billetes robados, todo eso, evidentemente, era interesante. Pero encontrar ojos verdes y labios que se abandonan, ¡qué voluptuosidad!...

La exploración del saco de cuero no le enteró de grandes cosas: listas de cómplices, correspondencia con afiliados de todos los países... ¡Oh! Miss Bakefield era realmente una ladrona, como lo demostraban esas pruebas, que el más listo no tiene la prudencia de romper. Junto a eso había cartas de lord Bakefield en que se revelaba toda la ternura y honradez del padre. Pero no se encontraba nada que indicase el papel desempeñado por ella en el asunto ni la relación existente entre la aventura de la joven inglesa y el crimen de los tres bandidos, o sea, en fin de cuentas, entre miss Bakefield y la asesina.

La excepción era el documento a que Marescal había hecho alusión. Tratábase de una carta dirigida a la inglesa, referente al robo de la villa B...

«Encontraré la villa B... a la derecha del camino de Niza a Cimiez, luego de las Arenas romanas. Es un edificio robusto, con un gran jardín rodeado de muros.

»El anciano conde de B... se instala el cuarto miércoles de cada mes en su calesa y baja a Niza con su criado, dos criadas y cestos para provisiones. Así es que la casa queda sola de tres a cinco.

»Dése la vuelta a los muros del jardín hasta la parte recayente al valle del Paillon. Allí hay una puertecita de madera carcomida, cuya llave le mando por este mismo correo.

»Es seguro que el conde de B..., que se llevaba mal con su esposa, no ha encontrado el paquete de títulos que ella ocultó. Pero cierta carta escrita por la difunta a una amiga alude a una caja de violín roto que se encuentra en una especie de torrecilla donde amontonan los trastos viejos. ¿A qué viene esa alusión, no justificada por nada? La amiga murió el mismo día en que recibió la carta, la cual se extravió y cayó en mis manos dos años más tarde.

»Adjunto el plano del jardín y el de la casa. Al final de la escalera se levanta la torrecilla, casi en ruinas. La expedición ha de hacerse con dos personas, una de las cuales quedará en acecho, porque hay que desconfiar de una vecina lavandera y que frecuentemente va allí por una puerta del jardín, cerrada por una verja, cuya llave tiene ella.

»Fije la fecha (una nota de lápiz azul precisaba al margen: 28 de abril) y avísame, para encontrarnos en el mismo hotel.

»G. (Rubricado).

»*Post scriptum*.—Mis informes respecto al gran enigma de que le he hablado continúan siendo vagos. ¿Se trata de un tesoro considerable, de un secreto científico? Todavía no sé nada. El viaje que preparo será decisivo. ¡Qué útil resultará entonces su intervención!»

Raúl, por de pronto, no hizo gran caso del *post scriptum* tan extraño. Era uno de esos embrollos en que no se puede penetrar más que a fuerza de suposiciones e interpretaciones peligrosas. En cambio, ¡el robo de la villa B!

El tal robo iba adquiriendo para él un carácter particular. Pensó mucho en ello. Era, por decirlo así, un entremés; pero hay entremeses que valen por un plato sustancioso. Y ya que marchaba hacia el sur hubiera sido una tontería desperdiciar tan buena ocasión.

A la noche siguiente, ya en la estación de Marsella, se deslizó Raúl de su vagón de mercancías y tomó asiento en un expreso, del cual bajó en Niza la mañana del miércoles 28 de abril, luego de haber aligerado a un buen burgués de varios billetes de banco que le permitieron comprar una maleta con la correspondiente ropa y alojarse en el Majestic Palace de Cimiez.

Mientras almorzaba leyó en los diarios locales relatos más o menos fantásticos acerca de la cuestión del rápido. A las dos de la tarde salió, tan transformado de presencia y de rostro, que a Marescal casi le hubiera resultado imposible reconocerle. Bien es verdad que, ¿cómo iba a sospechar todavía la audacia de sustituir a miss Bakefield en el anunciado robo de una villa?

—Cuando un fruto está maduro, hay que cogerlo—se decía Raúl—. Y como éste me parece completamente en sazón, había de ser yo muy imbécil para dejar que se perdiera. La pobre de miss Bakefield no me lo perdonaría nunca.

La villa de Faradoni está a orillas de la carretera y domina una vasta extensión montuosa plantada de olivos. Unos caminos rocotos y casi siempre solitarios bordean por fuera los otros tres lados del recinto. Raúl examinó aquello, columbró una puertecilla de madera carcomida y una verja de hierro más lejos y distinguió en un campo cercano una casita que debía ser la de la lavandera. Volvió a los alrededores de la carretera a tiempo que una antiquísima calesa se alejaba hacia Niza. El conde de Faradoni y su servidumbre iban a proveerse. Eran las tres.

—He aquí una casa vacía—pensó Raúl—. No es nada probable que el aliado de miss Bakefield, que a estas horas no puede ignorar el asesinato de su cómplice, quiera intentar la aventura. ¡Para mí, pues, el violín roto!

Se dirigió cerca de la puertecita carcomida y, concretamente, a un lugar en que el muro ofrecía asperezas que facilitaban el escape. Luego de franquearlo con holgura, se dirigió hacia la casa por senderos mal cuidados. Todas las puertas y balcones de la planta baja estaban abiertos. La del vestíbulo le llevó a la escalera, a cuyo final estaba la torrecilla. Pero no había puesto el pie en el primer escalón cuando sonó un timbre eléctrico.

—¡Caramba!—exclamó—. ¿Hay resortes en esta casa? ¿Desconfía el conde?

El timbre que resonaba en el vestíbulo de una manera continua y horripilante cesó del todo al moverse Raúl. Con deseo de darse cuenta de lo sucedido examinó la campana del timbre cercana del techo, siguió el hilo que bajaba a lo largo de la moldura y comprobó que venía de fuera. Por lo tanto, el sonido no se había producido por su causa, sino por la de una intervención exterior.

Salió. El hilo corría por el aire, bastante alto, colgado de rama en rama y en la misma dirección seguida por Raúl. Éste formó pronto una convicción.

—El timbre funciona cuando se abre la puertecita carcomida. Por consiguiente, alguien ha querido entrar; pero ha renunciado al oír el lejano ruido del timbre.

Raúl torció un poco hacia la izquierda y ganó un montículo de muy abundante vegetación, desde donde se distinguía la casa, el olivar y ciertas partes de la tapia; entre ellas, las cercanas a la puerta de madera.

Esperó. Y ocurrió una segunda tentativa, pero de modo no previsto por Raúl. Un hombre escaló el muro, lo mismo que él y por el mismo sitio; quedó a horcajadas, desenganchó el extremo del hilo y se dejó caer.

La puerta fué luego empujada desde fuera, sin que sonara el timbre. Y entró otra persona: una mujer.

La casualidad desempeña en la vida de los grandes aventureros, y sobre todo en el comienzo de sus empresas, un papel de verdadero colaborador. Pero, aunque fuese muy extraordinario, ¿era precisamente la casualidad el motivo de que la señorita de los ojos

verdes se encontrase allí, precisamente en compañía de un hombre que no podía ser más que el Guillermo de marras? La rapidez de la huída y del viaje de ambos, su introducción repentina en el jardín el 28 de abril y en tal hora, todo eso, ¿no demostraba que también la pareja estaba al tanto del negocio y se encaminaba directamente al fin con la misma certidumbre que él? Por otra parte, ¿no cabía ver allí lo que Raúl buscaba, o sea una relación cierta entre las empresas de la inglesa víctima y de la francesa matadora? Los cómplices, provistos de sus billetes y con el equipaje facturado en París, habían continuado la expedición con la mayor naturalidad.

Caminaban ambos a lo largo de los olivos.

El hombre, muy flaco, completamente afeitado, con trazas de cómico, poco simpático, manejaba un plano y andaba con prudencia y ojo avizor.

La joven... A Raúl, aunque no dudaba de su identidad, le costó bastante reconocerla. ¡Cuánto había cambiado aquella carita despreocupada y sonriente, a la que tanto había admirado varios días antes en la pastelería del bulevar Haussmann! Tampoco se trataba del trágico rostro columbrado en el pasillo del rápido, sino de una pobre faz contraída, temerosa, apocada, verdaderamente lastimosa. Llevaba un vestido gris muy sencillo, sin adornos, y un sombrerito de paja que ocultaba su cabellera rubia.

Y cuando la pareja pasaba junto al montecillo desde donde les acechaba Raúl, tuvo éste la visión, brusca, instantánea como un relámpago, de una cabeza que surgía sobre

la tapia precisamente por el sitio repetido. Era una cabeza masculina, sin sombrero, de alborotada cabellera, de fisonomía vulgar. Pero la visión no duró ni un segundo.

¿Sería un tercer cómplice apostado fuera?

La pareja se detuvo, pasado el montículo, en el cruce del camino de la verja. Guillermo se alejó corriendo hacia la casa. Y la joven quedó a solas.

Raúl, que se encontraba a cincuenta pasos cuanto más, la miraba con avidez, pensando al mismo tiempo que otros ojos, los del hombre escondido, la contemplarían también por las rendijas de la puerta carcomida. ¿Qué hacer? ¿Avisarla? ¿Llevarla, como en Beaucourt, para sustraerla a peligros que él, al fin y al cabo, desconocía?

La curiosidad pudo más que todo. Quería enterarse. Esperaba que de semejante lío, en que se enmarañaban iniciativas contrarias y se entrecruzaban los ataques, sin que fuera posible ver claro, se destacara un hilo conductor, que le permitiera, en un momento dado, escoger un camino más bien que otro y no obrar a la ventura de un impulso compasivo o de un deseo vengador.

Ahora la muchacha, arrimada a un árbol, jugaba distraídamente con el silbato que había de usar en caso de alarma. La juventud de su rostro, casi de niña, aunque no tendría menos de veinte años, sorprendió a Raúl. Los cabellos, bajo el sombrerito algo levantado, chispeaban como si fueran de metal y le ponían una aureola de luz y de alegría.

Pasó cierto tiempo. Raúl, de pronto, oyó

que chirriaba la verja de hierro y vió, a la otra parte del montículo, una mujer del pueblo que, balanceándose y con un cesto al brazo, se dirigía hacia la casa. La señorita de los ojos verdes también había oído. Se pegó al árbol, se deslizó hasta el suelo y sumióse tras la espesura de arbustos que marcaba el cruce. La lavandera prosiguió su camino sin verla.

Transcurrieron graves instantes. ¿Qué haría Guillermo, sorprendido en pleno robo, frente a la intrusa? Ocurrió, no obstante, lo inesperado. La lavandera penetró en la casa por una puerta de servicio. Y en el preciso instante en que desaparecía, retornó Guillermo de su expedición, cargado de un envoltorio hecho con papel de periódico y que tenía la forma de una caja de violín. El encuentro, pues, no se verificó.

La señorita de los ojos verdes, oculta en un escondrijo, no se dió cuenta de ello en seguida. Y mientras su cómplice se aproximaba pisando la hierba silenciosa y furtivamente, puso la misma cara de espanto que en Beaucourt, tras el asesinato de miss Bakefield y de los dos hombres. Raúl la detestaba.

Hubo una breve explicación, que reveló a Guillermo el peligro corrido. También se inquietó. Y cuando ambos pasaron junto al montículo, iban vacilantes y lívidos de terror.

— ¡Bah! — pensó Raúl, lleno de desprecio. — Si quien está al acecho detrás de la tapia es Marescal y sus acólitos, ¡mejor que mejor! ¡Que los cojan a los dos y que los metan en la cárcel!

Pero estaba escrito que aquel día las circunstancias desconcertarían todas las previsiones de Raúl, obligado a obrar casi a su pesar y, en todo caso, sin haber reflexionado. A veinte pasos de la puerta, o sea a veinte pasos de la supuesta emboscada, el hombre cuya cabeza había visto Raúl asomada sobre el muro surgió de la maleza que orillaba el sendero, puso fuera de combate a Guillermo de un puñetazo en plena mandíbula, se apoderó de la joven como si fuera un paquete, agarró la caja del violín y echó a correr a través del olivar y en sentido opuesto a la casa.

También Raúl echó a correr. El otro, a la vez ligero y robusto, se alejaba velozmente y sin mirar atrás, como quien está seguro de que nadie podrá impedirle que llegue adonde se ha propuesto.

Atravesó un predio de limoneros que se elevaba ligeramente hasta un promontorio en que el muro, un metro de alto cuando más, debía estar terraplenado por la parte exterior.

Se descargó de la joven, a la que hizo pasar afuera sujetándola de las muñecas. Tiró luego el violín. Y finalmente pasó él.

—¡Ajajá!—se dijo Raúl—. En un camino poco frecuentado, pero cercano a esa parte del jardín, habrá preparado un automóvil. Y ese hombre, luego de espiar y de apresar a la muchacha, volverá al punto de partida, y la dejará caer, inerte y sin resistencia, en el asiento del auto.

Raúl, acercándose, pudo comprobar que no

se equivocaba. Un automóvil, grande y descubierto, esperaba.

La partida no se hizo esperar. Dos vueltas a la manivela... Y el hombre, ya al lado de su presa, arrancó con marcha rápida.

Pero el suelo era irregular y abundante en pedruscos. El motor resoplaba de fatiga. Raúl saltó, alcanzó con facilidad al auto, se agarró de la capota y se ocultó al pie de los asientos del fondo y al amparo de una manta que colgaba del mismo asiento. El agresor, que no se había vuelto ni una sola vez por las dificultades de la marcha, no se dio cuenta de nada.

Por fin llegaron a la carretera. Antes de virar, el hombre desconocido, poniendo en el cuello de la joven su mano nudosa y potente, gruñó:

—Si gritas estás perdida. Te apretaré el gaznate como a la otra... ¿Comprendido?...

Y añadió con sorna:

—Pero creo que a ti te conviene menos que a mí eso de llamar la atención... ¿Verdad, pequeña?...

Por la carretera iban campesinos y paseantes. El auto se alejó de Niza para dirigirse hacia las montañas. Y la víctima no llamó la atención.

¿Cómo no iba Raúl a entrever de las palabras pronunciadas la significación lógica que significaban? En medio de aquel lío de peripecias que no guardaban ninguna relación entre sí, aceptó, sin embargo y de pronto, la idea de que aquel hombre era el tercer

bandido del tren, el que había apretado el cuello de «la otra», o sea de miss Bakefield.

—Eso es, eso es—pensó—. No vale la pena de entretenerse en reflexiones y deducciones lógicas. Y he aquí otra prueba de que hay una relación entre la cuestión Bakefield y la cuestión de los tres bandidos. Seguramente, Marescal tiene razón al asegurar que han matado a la inglesa por equivocación; pero también es cierto que toda esa gente se dirigía hacia Niza con el mismo objeto: robar en la villa B. Ese robo ha sido combinado por Guillermo, el autor evidente de la carta firmada con una G. Y el tal Guillermo formaba parte de las dos bandas, proponiéndose, a la vez, el robo con la inglesa y la solución del gran enigma de que habla en su *post-scriptum*. ¿Está claro? Guillermo, una vez muerta la inglesa, continúa en su propósito, para lo cual se auxilia, ya que son necesarios dos, de su amiga la de los ojos verdes. Y el golpe le hubiera salido a la perfección si el tercer bandido, que vigilaba a sus cómplices, no se hubiese apoderado del botín y, al mismo tiempo, de la muchacha. ¿Por qué? ¿Hay rivalidad amorosa entre los dos hombres? Por ahora basta con esto.

El auto, varios kilómetros más lejos, tomó hacia la derecha, bajó por unas curvas atrevidísimas y finalmente se dirigió hacia la carretera de Levens, desde donde podía llegar, ora a las gargantas del Var, bien a la región de las altas montañas. ¿Y entonces?

—¿Y entonces?—se preguntó Raúl—. ¿Qué haré si termina la excursión en alguna guarida de bandidos? ¿Me encontraré solo frente

a media docena de forajidos, a quienes tendré que disputarles la muchacha?

Esta, de pronto, inició una tentativa. En un acceso de desesperación intentó huir a riesgo de matarse. Pero el hombre la sujetó con su mano implacable.

—¡Tonterías, no! Si has de morir, ya te mataré yo cuando convenga. Supongo que no habrás olvidado lo que te dije en el rápido, antes de que Guillermo y tú despacharais a los dos hermanos. Así es que te aconsejo...

No terminó. Volviéndose, entre dos virajes, hacia la joven, vió una cabeza y un busto que le separaban de ella. La terrible cabeza y el poderoso busto le empujaban hacia un lado. Y una voz le dijo sarcásticamente:

—¿Cómo va eso, compañero?

El hombre quedó asombrado. Un bache estuvo a punto de precipitarles en un barranco. Rezongó:

—¡Cristo! ¿Quién es el tipo éste? ¿De dónde sale?

—¿Cómo? ¿No me conoces?—dijo Raúl—. Ya que hablas del rápido debes acordarte del sujeto al que aporreaste al principio, del pobre infeliz a quien birlaste veintitrés billetes. La señorita me reconoce también, ¿verdad? Soy el caballero que se la llevó en sus brazos aquella noche y al que usted abandonó con no sobrada cortesía.

La joven calló, inclinando la cabeza bajo el sombrerito. El hombre continuó mascullando:

—Pero, ¿quién es este pajarraco? ¿De dónde sale?

—De la villa de Faradoni, donde te eché el ojo. Y ahora, ¡a parar! con objeto de que baje la señorita.

El individuo no contestó y forzó la marcha.

—¡No seas así, compañero! Haces mal. Ya has visto por los periódicos que te he ayudado. Además, no he dicho una palabra de ti. En cambio, ¡me acusan de ser el jefe de la banda! ¡A mí, que no pienso más que en salvar a todo el mundo! ¡Anda, compañero! Ve frenando...

La carretera serpenteaba por un desfiladero entre las paredes de la montaña y un parapeto que seguía los repliegues de un torrente. Además de ser muy estrecho tenía el inconveniente de una línea de tranvías. Raúl juzgó favorable la situación. Examinaba, incorporado a medias, los limitados horizontes que se ofrecían a cada vuelta.

De pronto se levantó del todo, sesgó un poco, abrió ambos brazos, los pasó a derecha e izquierda del enemigo, se dejó caer literalmente sobre él y, por encima de sus hombros, agarró el volante.

El hombre, desconcertado, se amilanó algo, tartajeando:

—¡Cristo! ¡Está loco!... ¡Va a tirarnos al barranco!... ¡Déjame, animal!...

Intentaba soltarse; pero los brazos le oprimían como dos tornillos. Y Raúl le dijo, riendo:

—Hay que escoger, querido amigo: o caer al barranco o ser aplastado por el tranvía. ¡Ahí está el tranvía! Hay que frenar, compañero. Si no...

La pesada máquina, efectivamente, surgió a unos cincuenta metros. Dada la marcha que llevaban, tanto el tranvía como el auto, tenían que detenerse inmediatamente. El hombre, comprendiéndolo, frenó, mientras Raúl, aferrado a la dirección, inmovilizaba el auto sobre los mismos rieles. El tranvía y el auto se detuvieron, por decirlo así, a un dedo uno del otro.

El hombre continuaba enfurecido:

—¡Cristo!... Pero, ¿qué se ha propuesto este sujeto?... ¡Ya me las pagarás, ya!...

—Lo que podrías hacer es el testamento. ¿Que no tienes estilográfica? ¡Bah!... Lo que pasa es que no quieres ser aplastado. Entonces, dejemos libre la vía...

Alargó la mano a la joven, que la rechazó, y que bajó por sí sola, esperando en la carretera.

Mientras tanto, los pasajeros se impacientaban. El conductor gritaba. En cuanto quedaron libres los carriles, reanudó su marcha el tranvía.

Raúl, mientras ayudaba al otro a mover el auto, le dijo imperiosamente:

—¿Has visto cómo trabajo?... Te advierto que como te permitas molestar más a la señorita te entregaré a la justicia. Tú eres quien ha combinado el golpe de mano del rápido y quien ha estrangulado a la inglesa.

Aquel sujeto se volvió, lívido. En su cara peluda, ya surcada por arrugas, temblaban los labios.

—¡Mentira!—musitó—. No he hecho nada... Has sido tú... Tengo pruebas... Y si te

cogen subirás al patíbulo... Conque ¡pica soleta!... Y déjame el paquetito. Me lo llevaré a Niza con la muchacha... Anda, ¡lárgate!

Le dió un empujón irresistible, saltó al auto y agarró el violín envuelto. Pero se le escapó una exclamación:

— ¡Se ha marchado!

Efectivamente: la señorita de los ojos verdes ya no estaba en la carretera. A lo lejos se esfumaba el tranvía. En él se había refugiado la joven, aprovechando la disputa de los dos adversarios.

La cólera de Raúl se desahogó en el otro.

— ¿Quién eres?... Conoces a esa mujer, ¿no?... ¿Cómo se llama? ¿Y tú?... ¿Cómo es que?...

El desconocido, igualmente furioso, quiso arrancar el violín a Raúl. Y comenzaba ya la lucha, cuando pasó otro tranvía. Raúl subió en él, mientras el bandido intentaba vanamente alcanzarle.

Volvió hecho una furia al hotel. Afortunadamente — ¡compensación agradable! — tenía los títulos de la condesa de Faradoni.

Deshizo el envoltorio. El violín, aunque privado del mango y de todos los accesorios, pesaba más de lo que era de esperar.

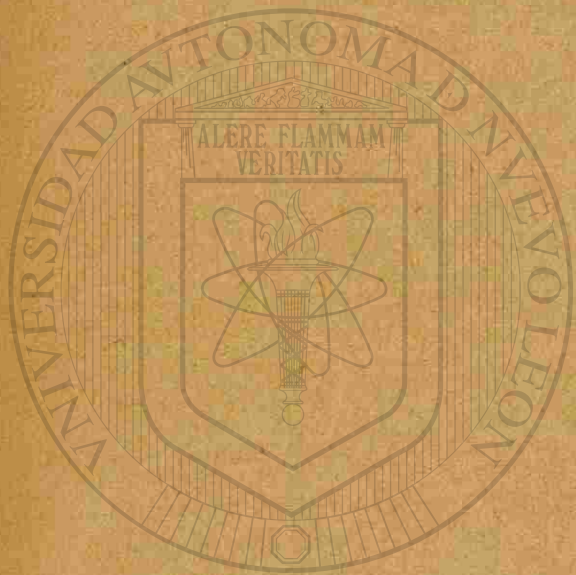
Raúl, al examinarlo, comprobó que una de las tablillas había sido aserrada con habilidad y posteriormente sustituida y pegada.

La despegó.

El violín no contenía más que un paquete de viejos diarios, lo que hacía creer: bien que la condesa había disimulado su fortuna en otra parte, bien que el conde, habiendo des-

cubierto el escondrijo, gozaba tranquilamente de las rentas que la condesa había querido escamotearle.

— ¡Esto sí que es un fracaso en toda la línea! — gruñó Raúl —. ¡Ya comienza a chincharme la niña de los ojos verdes! ¡Y aun me negó la mano para bajar!... ¿Me guardará rencor por haberle robado un beso?... ¡Vaya unos melindres!...



V

EL TERRANOVA*

DURANTE toda una semana, Raúl, no sabiendo por dónde batallar, leyó atentamente las informaciones de los diarios que relataban el triple asesinato del rápido. No es menester hablar a fondo de acontecimientos muy conocidos del público, ni de las suposiciones que se hicieron, ni de los errores cometidos, ni de las pistas seguidas. Ese asunto, que permaneció tan profundamente misterioso y que apasionó al mundo entero, no tendría actualmente interés, a no ser por el papel que Arsenio Lupin desempeñó y por lo que influyó en el descubrimiento de una verdad que, fielmente, podemos establecer de una manera cierta. Por tanto, huelga entretenerse en detalles fastidiosos y en proyectar luz sobre hechos sucedidos en segundo término.

Lupin o, mejor dicho, Raúl de Limézy concretó del siguiente modo el resultado de las informaciones en aquello que le interesaban:

1.º Como quiera que el tercer cómplice, es decir, el bruto a quien he arrancado la

señorita de los ojos verdes, ha permanecido en la sombra y ni tan siquiera es sospechada su existencia, resulta que, a los ojos de la policía, es el viajero desconocido, o sea yo, el inspirador del asunto. Por inspiración evidente de Marescal, a quien mis maniobras con él habrán impresionado fuertemente, soy transformado en un personaje diabólico y omnipotente que organiza el complot y domina todo el drama. Aunque soy una víctima aparente de mis compañeros, que me atan y amordazan, les dirijo, velo por su salvación y desaparezco en la sombra, sin dejar más huellas que las de mi calzado.

2.º En cuanto a los otros cómplices, se cree, a consecuencia de lo contado por el médico, que huyeron en el mismo carruaje del doctor. Pero, ¿hasta dónde? Al amanecer caminaba el caballo tirando del carruaje solitario a través de los campos. Marescal, en fin de cuentas, no vacila en arrancar la careta del bandido más joven, y denuncia sin compasión a una mujer joven y bonita, cuyas señas no da, reservándose así el mérito de una detención sensacional y para breve plazo.

3.º Los dos hombres asesinados son identificados. Eran dos hermanos, Arturo y Gastón Loubeaux, asociados para explotar una marca de champagne y domiciliados en Neuilly, a orillas del Sena.

4.º Un punto importante: el revólver con que fueron muertos ambos hermanos, y que fué encontrado en el pasillo, había sido comprado quince días antes por un joven delgado y alto, al que su acompañante, una joven que llevaba velo, llamaba Guillermo.

5.º No se hace ninguna acusación contra miss Bakefield. Marescal, ayuno de pruebas, no se atreve a aventurarse y guarda un silencio prudente. Es una simple viajera, muy conocida en Londres y en la Riviera, que iba a reunirse con su padre en Montecarlo. Nada más. ¿La asesinan por error? Quizá. Pero, ¿por qué fueron asesinados los dos Loubeaux? En eso, y en todo lo demás, no había más que tinieblas y contradicciones.

—Y como no estoy de humor—concluyó Raúl—para quebraderos de cabeza, no pensemos más en ello; dejemos que la policía actúe a su manera y obremos.

Si Raúl hablaba así era porque al fin sabía en qué sentido actuar. Los periódicos locales publicaban la siguiente gacetilla:

«Nuestro distinguido huésped lord Bakefield, luego de asistir a los funerales de su desventurada hija, ha vuelto aquí para pasar el resto de la temporada, como de costumbre, en el «Bellevue» de Montecarlo.»

Aquella tarde tomó Raúl de Limézy una habitación contigua a las tres ocupadas en el «Bellevue» por el inglés. Estas habitaciones, lo mismo que las otras de la planta baja, dominaban un gran jardín que se extendía ante la fachada opuesta al hotel. Y todas las habitaciones tenían puerta y escalera a dicho jardín.

Al siguiente día vió al inglés cuando éste bajaba de sus habitaciones. Era un hombre todavía joven, de aspecto pesado y cuyos abatimiento y tristeza se denotaban por movimientos nerviosos en que había angustia y desesperación.

Dos días después, Raúl, cuando se disponía a pasarle tarjeta pidiendo una entrevista confidencial, vió en el pasillo a una persona que acababa de llamar a la puerta inmediata: Era Marescal.

El hecho no le asombró gran cosa. Ya que él mismo iba a beber en aquella fuente, era muy natural que Marescal procurase enterarse de todo lo posible mediante el padre de Constanza.

Abrió, pues, uno de los batientes almohadillados de la doble puerta que le separaba de la habitación contigua. Pero no oyó ni jota de la conversación.

Al día siguiente hubo otra. Raúl había podido entrar previamente en la habitación del inglés y correr el cerrojo. Desde su cuarto entreabrió la segunda puerta, disimulada tras una cortina. ¡Nuevo fracaso! Los interlocutores hablaban tan quedo que no oyó ni palabra.

Así perdió tres días, que el inglés y el policía emplearon en conciliábulos, que le intrigaban vivamente. ¿Qué finalidad perseguía Marescal? Seguramente que ni tan sólo pensaría en revelar a lord Bakefield que su hija era una ladrona. Entonces, ¿cabía suponer que de tales coloquios esperase algo más que indicaciones?

Pero, por fin, una mañana, Raúl, que hasta entonces no había podido oír varias llamadas de teléfono recibidas por lord Bakefield en una habitación más alejada de la suya, consiguió sorprender el final de una comunicación: «Acuda hoy a las tres al jardín del

hotel. Mi secretario le entregará el dinero a cambio de las cuatro cartas...»

—¿Cuatro cartas?... ¿Dinero?... —pensó Raúl—. Eso me huele a *chantage*... Y en tal caso, el estafador, ¿no será el tal Guillermo, que debe rondar por ahí y que, habiendo sido cómplice de miss Bakefield, intenta sacar dinero de su correspondencia con ella?

Posteriores reflexiones le afirmaron en esa explicación, que arrojaba viva luz sobre los actos de Marescal. El comisario, llamado, sin duda, por lord Bakefield, al que Guillermo había intimado, tendía una emboscada para que el joven malhechor cayese fatalmente. Bien. Raúl podía felicitarse por ello. Pero la señorita de los ojos verdes, ¿estaría en la combinación?

Aquel día almorzó el comisario con lord Bakefield. Cuando acabaron de comer fueron al jardín, al que dieron varias vueltas sin dejar de hablar animadamente. A las dos cuarenta y cinco, el policía volvió a la habitación. Lord Bakefield sentóse en un banco muy a la vista y no lejos de una verja abierta por donde el jardín comunicaba con el exterior.

Raúl observaba desde su balcón.

—Si viene, peor para ella —se decía—. ¡No haré lo más insignificante por auxiliarla!

Se le quitó un peso de encima cuando vió aparecer a Guillermo, que avanzaba, solo y con precaución, hacia la verja.

Verificóse la entrevista de los dos hombres. Fue breve, porque las condiciones del trato ya habían sido fijadas de antemano. Y a continuación se dirigieron hacia las habitaciones. Guillermo estaba inseguro e inquieto; lord

Bakefield era sacudido por movimientos nerviosos.

Ya en lo alto de la escalera, dijo el inglés:

—Entre usted. No quiero intervenir en estas porquerías. Mi secretario está al corriente de todo y le pagará las cartas si su contenido es el que usted afirma.

Y se fué.

Raúl se había puesto al acecho tras el batiante almohadillado. Esperaba algo sorprendente. Pero pronto comprendió que Guillermo no conocía a Marescal y que éste pasaría a sus ojos por el secretario de lord Bakefield. Efectivamente: el policía, al que Raúl entreveía en un espejo, dijo claramente:

—Aquí tiene los cincuenta billetes de mil francos y un cheque de igual cuantía sobre Londres. ¿Lleva las cartas?

—No—contestó Guillermo.

—¿No? Entonces no hay nada de lo dicho. Las instrucciones que he recibido son terminantes.

—Las mandaré por correo.

—Pero, ¿qué está usted diciendo? Parece que quiere tomarnos el pelo.

Guillermo se decidió a decir:

—Tengo las cartas. Lo que pasa es que no las llevo encima.

—¿Dónde están?

—Las lleva uno de mis amigos.

—Y, ¿dónde está ese amigo?

—En el hotel. Voy a buscarle.

—No es menester—atajó Marescal, que, adviniendo la situación, precipitó los acontecimientos.

Llamó. A la camarera que acudió, le dijo:

—Haga pasar a una joven que debe estar esperando en el corredor. Dígale que venga de parte de Guillermo.

Éste se estremeció. ¿Sabían su nombre?

—¿Qué significa esto?—exclamó—. Está usted faltando a lo convenido con lord Bakefield. Esa persona que espera no tiene nada que hacer aquí...

Quiso salir; pero Marescal se interpuso fuertemente y, abriendo la puerta, dejó paso a la muchacha de los ojos verdes, que entró con paso vacilante y que lanzó un grito de espanto cuando la puerta se cerró violentamente tras ella y la llave funcionó movida con brutalidad.

Al mismo tiempo, una mano le agarraba de un hombro.

—¡Marescal!—gimió ella.

Y antes de que pronunciara este nombre temido, Guillermo, aprovechando la confusión, huyó por el jardín, sin que Marescal se ocupase de él. El comisario solamente pensaba en la joven, que, vacilante, trastornada, avanzó tropezando hasta el centro de la estancia, mientras Marescal le cogía el bolso, diciendo:

—¡Ah, miserable! ¡Ahora sí que no podrá salvarse! Ha caído en plena ratonera. Y registrando el bolso, gruñía:

—¿Dónde están las cartas?... Conque *chantage* tenemos, ¿eh?... ¡Hay que ver adónde ha descendido! ¡Qué vergüenza!

La joven se derrumbó sobre una silla. Él, al no encontrar nada, la sacudió bárbaramente.

—¡Las cartas! ¡En seguida! ¿Dónde están? ¿En el pecho?

Desgarró la tela en un arrebató de furia mezclado con insultos. E introducía ya la mano para buscar, cuando se detuvo estupefacto, con los ojos desorbitados, al ver cerca una cabeza de hombre que guiñaba un ojo y llevaba un cigarrillo en la comisura de la boca sarcástica.

—¿Tienes fuego, Rodolfo?

¡Era la frase desconcertante, ya oída en París, ya leída en su libreta de notas!... ¿Qué significaba? ¿Y el tuteo, que no venía a cuento? ¿Y los guiños?...

—¿Quién es usted?... ¿Quién?... ¿El del rápido? ¿El tercer cómplice?... ¿Será posible?...

Marescal no era propiamente un chisgarabís. En más de una ocasión había demostrado audacia nada común para entenderse sin miedo con dos o tres adversarios.

Pero entre éstos nunca había encontrado ninguno como el que tenía enfrente: quizá por los especiales procedimientos que empleaba, sentíase respecto a él en un estado permanente de inferioridad. Quedó, pues, a la defensiva, mientras Raúl, con mucha calma, decía secamente a la joven:

—Deje las cuatro cartas en ese extremo de la chimenea... ¿Hay cuatro cartas en este sobre?... Una... dos... tres... cuatro... Bien. Ahora márchese aprisita por el pasillo. Y... adiós. Supongo que las circunstancias no volverán a acercarnos. Le deseo mucha suerte.

La joven, sin decir una palabra, se fué.

Raúl continuó:

—Como ves, Rodolfo, conozco poco a esta señorita de los ojos verdes. No soy ni su cóm-

plice ni el asesino que le inspira tan plausible respeto. Soy, sencillamente, un buen viajero a quien tus maneras de gomoso han resultado antipáticas desde el primer momento, y que ha juzgado delicioso arrancarte a tu víctima. Pero la verdad es que no me interesa ni estoy dispuesto a ocuparme más de ella. Claro está que tampoco quiero que tú te ocupes. Que cada cual siga su camino: el tuyo, a la derecha; el suyo, a la izquierda; el mío, al centro.

¿Te has enterado, Rodolfo?

Rodolfo inició un ademán de llevar la mano al revólver; pero no lo acabó, porque Raúl había sacado el suyo y le miraba con tal expresión de energía implacable, que continuó en actitud tranquila.

—¿Vamos al cuarto de ahí al lado, Rodolfo? Allí nos entenderemos mejor.

Y, revólver en mano, hizo que el comisario pasara a su habitación. Luego cerró la puerta. Y a continuación tiró del tapete de una mesa y cubrió con él, a manera de capuchón, la cabeza de Marescal. Este no resistió; paralizaba sus movimientos aquel hombre tan fantástico. Y no pensaba en socorros, en llamar, en forcejear, porque tenía seguridad de que la respuesta sería fulminante. Así es que se dejó envolver en una serie de paños que casi le ahogaban y que le impedían toda actividad.

—Esto ya está—dijo Raúl cuando hubo terminado—. Supongo que te verás libre mañana hacia las nueve de la mañana, lo cual da tiempo para que tú medites y para que la señorita, Guillermo y yo nos pongamos a salvo, cada uno por su lado.

Arregló, sin apresuramiento, la maleta. Lue-

go encendió una cerilla, con la que convirtió en ceniza las cuatro cartas de la inglesa.

—¡Ah! Una advertencia, Rodolfo. No molestes a lord Bakefield. Al contrario: ya que no tienes pruebas contra su hija, y ya *que jamás las tendrás*, toma apariencias de hombre providencial y entrégale el diario íntimo de miss Bakefield que he encontrado en el bolso de cuero amarillo y que te dejo. Así el padre tendrá el convencimiento de que su hija era la más honrada y noble de las mujeres. Y habrás hecho el bien. Algo es algo. En cuanto a Guillermo y a su cómplice, dí al inglés que te has equivocado, que se trata de un vulgar *chantage* no relacionado en nada con el crimen del rápido, y que, por tanto, los has dejado en paz. Además, te recomiendo que abandones este asunto, demasiado complejo para ti y que no te proporcionará más que tropiezos. Adiós, Rodolfo.

Raúl se llevó la llave y se dirigió a la oficina del hotel, donde pidió la cuenta, diciendo:

—Resérvenme la habitación hasta mañana. Pagaré ahora por si no puedo volver.

Y se felicitaba del rumbo que tomaban los acontecimientos. Su misión había terminado. En cuanto a la muchacha, ¡que se las compusiera como pudiese! No era cuenta de él.

Tan firme hizo su propósito que, a pesar de verla en el rápido de París, al que subió a las tres cincuenta, no fué hacia ella y procuró pasar desapercibido.

En Marsella cambió la joven de dirección, tomando el tren de Toulouse en compañía de unos individuos con los que había trabado

conocimiento y tenían traza de cómicos. Guillermo surgió de pronto y se mezcló al grupo.

—¡Buen viaje!—dijose Raúl—. ¡Por fin me veo libre de la dichosa parejita! ¡Vayan con viento fresco!

Sin embargo, a última hora abandonó su departamento y subió al mismo tren que la joven. Y a la mañana siguiente bajó, como ella, en Toulouse.

Tras los crímenes del rápido, el robo de la villa de Faradoni y el intento de *chantage* del hotel «Bellevue» formaban dos episodios bruscos, violentos, forzados, imprevistos, como los cuadros de una de esas obras teatrales mal hechas que no permiten al espectador comprender los acontecimientos ni relacionarlos entre sí. Un tercer cuadro había de rematar lo que Lupin llamó posteriormente su tríptico de salvador. Y ese tercer cuadro presenta el mismo carácter áspero y brutal que los anteriores; llega al paroxismo en varias horas; no puede expresarse más que como una serie de escenas desprovistas de toda psicología y, en apariencia, de toda lógica.

Ya en Toulouse, Raúl tomó informes de los criados del hotel donde se alojó la joven con sus compañeros de viaje. Entonces se enteró de que los viajeros formaban parte de la compañía de Leónide Balli, tiple de opereta, que iba de *tourné*, y que aquella misma noche representaba «Véronique» en el teatro Municipal.

Se puso en guardia. A las tres salió la joven, que parecía muy agitada y que miraba atrás, como si temiese que alguien la siguiese para espiarla. ¿Recelaría de Guillermo, su

cómplice? Fué casi corriendo hasta la estafeta postal, donde garrapateó febrilmente un telegrama, no sin empezarlo tres veces.

Cuando se marchó, pudo Raúl procurarse una de las hojas inutilizadas, en la que leyó:

Hotel Miramare. Luz (Altos Pirineos).— Llegaré mañana primer tren. Avise casa.

—¿Qué diablos quiere hacer en plena montaña en esta época?—murmuró—. *Avise casa...* ¿Vivirá su familia en Luz?

Continuó siguiéndola con precaución y la vió entrar en el teatro Municipal, sin duda para asistir al ensayo de la compañía.

El resto de la jornada lo dedicó Raúl a vigilar el teatro. Pero la chica no salió. En cuanto a Guillermo, el cómplice, permanecía invisible.

Por la noche se aposentó Limézy en el fondo de un palco. Pronto tuvo que reprimir una exclamación de estupor: la actriz que cantaba «Véronique» era precisamente la muchacha de los ojos verdes.

—Leónide Balli... ¿Será su nombre?—se dijo—. ¿Actuará como tiple de opereta en provincias?

No volvía de su asombro. Aquello sobrepasaba a todo cuanto había podido imaginar respecto a la de los ojos de jade.

Bien fuese provinciana, ya parisiense, el caso es que se mostró como la más diestra comedianta y la más adorable cantante: sencilla, discreta, emotiva, llena de ternura y gracia, de seducción y de pudor. Tenía todo género de dones, mucha habilidad y cierta in-experiencia de la escena, que era un encanto

más. Recordaba la primera impresión recibida en el bulevar Haussmann y su idea de la dualidad de destinos vivida por la joven, cuyo rostro era a la vez trágico y pueril.

Raúl pasó tres horas de éxtasis. No se cansaba de admirar a la extraña criatura, no vista, tras la bella visión inicial, más que en instantes fugaces y en crisis de horror y espanto. Era otra mujer, en la cual todo tomaba carácter de alegría y armonía. Y, sin embargo, aquella misma mujer había matado y participado en crímenes e infamias. Era la cómplice de Guillermo.

¿Cuál de aquellas imágenes tan diferentes podía considerarse como verdadera? Raúl observaba en balde, porque una tercera mujer se superponía a las otras y las unía en una misma vida intensa y enternecedora: la de Véronique. Cuanto más, algún gesto demasiado nervioso o alguna expresión imperfecta mostraban a ojos perspicaces a la mujer bajo la heroína y revelaban un especial estado de ánimo que deformaba imperceptiblemente el papel.

—Algo nuevo habrá sucedido—pensaba Raúl—. Entre las doce y las tres habrá sucedido alguna novedad, algún acontecimiento grave, que la ha impulsado hacia la estafeta y cuyas consecuencias influyen a veces en su labor artística. Está preocupada, inquieta. Y ¿por qué no suponer que ese acontecimiento se relaciona con Guillermo, con ese Guillermo que ha desaparecido de pronto?

Nutridas ovaciones acogieron a la joven cuando saludó al público luego de bajar el telón. Una muchedumbre de curiosos se ape-

lotonó alrededor de la puerta de salida reservada a los artistas.

Delante de la puerta había un landó cerrado, del que tiraban dos caballos. Como quiera que el único tren que permite llegar por la mañana a Pierrefitte-Nestalas, la estación más cercana a Luz, salía a las doce y media de la noche, no cabía duda de que la joven iba directamente a la estación luego de haber mandado su equipaje. El mismo Raúl había hecho trasladar el suyo.

A las doce y cuarto subió la joven al coche, que se movía lentamente. Guillermo no había asomado. Y transcurrían las cosas como si la partida no tuviese que ver con él.

No habían transcurrido treinta segundos cuando Raúl, que también se dirigía a la estación, emprendió carrera, animado por súbito pensamiento, alcanzó al landó en los antiguos bulevares y subió como pudo.

No tardó en ocurrir lo que había previsto. Al tomar la calle de la Estación, el auriga volvió súbitamente hacia la derecha, propinó a los caballos un vigoroso latigazo y condujo el coche por las avenidas desiertas y sombrías que llevan al Grand-Rond y al Jardín Botánico. En semejante velocidad la joven no podía echar pie a tierra.

El galope no fué largo. Llegaron al Grand-Rond. Pararon de pronto. El cochero bajó, abrió la portezuela y entró en el landó.

Raúl, aunque oyó un grito de mujer, no se apresuró. Persuadido de que el agresor era Guillermo, quería, antes de nada, enterarse de la causa de la discordia. Pero pareciéndole

muy pronto que la agresión tomaba un cariz peligroso, resolvió intervenir.

—¡Habla!—gritaba el cómplice—. ¿Supones que vas a irte y a dejarme en la estacada?... ¡No te dejaré, no!... ¡Vamos, habla!... Si no...

Raúl se alarmó. Recordaba los gemidos de miss Bakefield. Basta hundir violentamente el dedo pulgar para que la víctima muera. Así es que agarró a Guillermo de una pierna, lo echó al suelo y lo llevó a rastras.

El otro intentó luchar; pero Raúl, con un gesto seco, le rompió un brazo.

—A descansar seis semanas—le dijo—. Pero si vuelves a meterte con esta señorita, te romperé la columna vertebral. Al buen entendedor...

Volvió al coche. Ya la joven se alejaba en la sombra.

—Corre, corre—dijo—. Ya se adónde vas; así es que no escaparás. Ya estoy cansado de hacer de terranova sin recibir tan sólo un terrón de azúcar como premio. Cuando Lupin inicia un camino va hasta el fin y no deja nunca de alcanzar la meta. Y la meta eres tú, tus ojos verdes, tus labios calientes.

Dejó a Guillermo con su landó y dirigióse rápidamente a la estación. Llegaba el tren. Subió de manera que no le viese la joven. Estaban separados por dos departamentos llenos de gente.

Dejaron en Lourdes la línea principal. Una hora después llegaban a Pierrefitte-Nestalas, en que terminaba el ramal.

Apenas bajó la joven se precipitaron hacia ella una porción de muchachas vestidas pa-

recidamente con traje de color tostado y una pelerina festoneada por ancha cinta azul, las cuales iban seguidas por una monja con inmensas tocas blancas.

—¡Aurelia! ¡Aurelia!—gritaban todas a la vez.

La de los ojos verdes pasó de unos brazos a otros, hasta llegar a la religiosa, que la abrazó afectuosamente y le dijo con alegría:

—¡Qué contenta estoy de verla, Aurelia! Estará un mes entero con nosotras, ¿eh?

Delante de la estación esperaba un *break* destinado al servicio de viajeros entre Piereffitte y Luz. En él se acomodaron la de los ojos verdes y sus acompañantes. Y partió el *break*.

VI

ENTRE LA HOJARASCA

Ay, señorita de los ojos verdes! ¡Ya puede usted considerarse como mi prisionera!—pensó Raúl mientras las tres mulas del *break*, cuyos cascabeles oía, comenzaban a subir las primeras cuestas—. Cómplice de un asesino, ladrón y clantagista, asesina usted misma, muchacha mundana, artista de opereta, pensionista de convento: sea quien sea no se me escabullirá. La confianza es una cárcel de la que nadie puede escapar. Y aunque usted me odiara por haberla besado, en el fondo confía en quien no se cansa de salvarla y se encuentra siempre a punto cuando usted está al borde del abismo. Todos se agarran al terranova, aunque el terranova les haya mordido alguna vez. ¡Ay, señorita de los ojos verdes! Se refugia en un convento para escapar a todos cuantos la persiguen. Hasta nueva orden no será para mí una criminal o una temible aventurera, ni tan sólo una artista de opereta a la que llamaría Leónide Ba-

recidamente con traje de color tostado y una pelerina festoneada por ancha cinta azul, las cuales iban seguidas por una monja con inmensas tocas blancas.

—¡Aurelia! ¡Aurelia!—gritaban todas a la vez.

La de los ojos verdes pasó de unos brazos a otros, hasta llegar a la religiosa, que la abrazó afectuosamente y le dijo con alegría:

—¡Qué contenta estoy de verla, Aurelia! Estará un mes entero con nosotras, ¿eh?

Delante de la estación esperaba un *break* destinado al servicio de viajeros entre Piereffitte y Luz. En él se acomodaron la de los ojos verdes y sus acompañantes. Y partió el *break*.

VI

ENTRE LA HOJARASCA

Ay, señorita de los ojos verdes! ¡Ya puede usted considerarse como mi prisionera!—pensó Raúl mientras las tres mulas del *break*, cuyos cascabeles oía, comenzaban a subir las primeras cuestas—. Cómplice de un asesino, ladrón y clantagista, asesina usted misma, muchacha mundana, artista de opereta, pensionista de convento: sea quien sea no se me escabullirá. La confianza es una cárcel de la que nadie puede escapar. Y aunque usted me odiara por haberla besado, en el fondo confía en quien no se cansa de salvarla y se encuentra siempre a punto cuando usted está al borde del abismo. Todos se agarran al terranova, aunque el terranova les haya mordido alguna vez. ¡Ay, señorita de los ojos verdes! Se refugia en un convento para escapar a todos cuantos la persiguen. Hasta nueva orden no será para mí una criminal o una temible aventurera, ni tan sólo una artista de opereta a la que llamaría Leónide Ba-

lli. La llamaré Aurelia, nombre que me agrada por lo añejo, por lo aburguesado. ¡Ay, señorita de los ojos verdes! Ya sé que usted posee, a escondidas de sus cómplices, un secreto que quieren arrancarle y que usted guarda ferózmente; secreto que me pertenecerá un día u otro, porque los secretos son mi especialidad. Descubriré ése, sí, al mismo tiempo que disipe las tinieblas en que usted se oculta, misteriosa y apasionante Aurelia.

Tan enfático discursito satisfizo a Raúl, que se durmió, dejando de pensar en el enigma turbador que le ofrecía la señorita de los ojos verdes.

La pequeña ciudad de Luz y su vecina, Saint Sauveur, forman, por decirlo así, una aglomeración termal, que, en aquella estación, andaba escasa de bañistas. Raúl se alojó en un hotel casi vacío, donde se presentó como un entusiasta de la botánica y de la mineralogía. Y aquella misma tarde se puso a estudiar la comarca.

Un estrecho y nada cómodo camino lleva en veinte minutos de cuesta a la mansión de las hermanas de Santa María, viejo convento arreglado para pensión. En aquella región, dura y tormentosa, los edificios y los jardines se extienden desde la punta de un promontorio dispuesto en terrazas escalonadas, que sostienen potentes murallas, a lo largo de las cuales bullía antaño el riachuelo de Santa María, que ahora, y en esta parte de su curso, se ha hecho subterráneo. La otra vertiente estaba recubierta por un pinar que tenía dos caminos en forma de cruz para uso de los leñadores. Hay, además, grutas

y rocas de formas extrañas. Todo ello hace que el lugar sea objeto de excursiones domingueras.

Allí se puso Raúl en acecho. El paraje estaba desierto. Lejos resonaba el hacha de los leñadores. Y Raúl dominaba los prados geométricos del jardín y los tilos cuidadosamente recortados que servían de paseo a las pensionistas. Al cabo de varios días, ya estuvo enterado de las horas de recreo y de las costumbres conventuales. La avenida cercana al torrente estaba reservada, luego del yantar de mediodía, a «las menores».

La señorita de los ojos verdes, retenida, sin duda, en el interior del convento, a causa de la fatiga, no pareció por aquella avenida hasta el cuarto día. Y todas las mayores diríase que ya no tuvieron más propósito que acapararla, con unos celos manifiestos que las hacía disputar entre sí.

Al momento vió Raúl que se había transformado como una niña que, al salir de una enfermedad, se esponja al sol y al aire vivísimo de la montaña. Vestida como las otras chicas, correteaba entre ellas, animada, alegre, amable, incitando al juego y divirtiéndose tanto que sus carcajadas resonaban en ecos hasta el límite del horizonte.

— ¡Ríe! — se decía Raúl, maravillado—. Y su risa no es la artificial y casi dolorosa del teatro, sino la despreocupada en que se expresa su naturaleza verdadera... ¡Ríe!... ¡Qué prodigio!...

Luego, cuando las demás iban a clase, quedaba sola. Y no se ponía melancólica, no decaía su buen humor. Se ocupaba en minu-

cias, como recoger piñas, que echaba a un cesto de mimbre, o en cortar flores, que dejaba en los escalones de una capillita vecina.

Sus gestos eran graciosos. A veces conversaba a media voz con un perrito que la acompañaba o con un gato que se frotaba en sus piernas. Una vez trenzó una guirnalda de rosas y se contempló riendo en un espejo de bolsillo. Furtivamente se puso un poco de colorete en las mejillas y de polvos en la nariz. Pero se limpió en seguida, porque debía estar prohibido.

Al octavo día franqueó la joven un parapeto y llegó a la última y más elevada terraza, que al final tenía una barrera de arbustos.

Al día siguiente volvió allí con un libro en la mano.

Y Raúl se decidió al día décimo, antes del recreo. Primero tuvo que deslizarse por entre la espesa vegetación que bordeaba el bosque, y luego atravesar una buena porción de agua, una especie de pantano formado por el riachuelo de Santa María antes de sumirse en el suelo. Una carcomida barca sujeta a una estaca le permitió, a pesar de remolinos muy violentos, llegar a una pequeña escala, al pie mismo de la alta terraza, que se erguía como un reducto de fortaleza.

El muro era de piedras planas colocadas sencillamente unas sobre otras y entre las cuales surgían plantas silvestres. Las lluvias habían trazado regueros de arena y sendas que los chiquillos del contorno escalaban en cuanto podían. Raúl trepó sin dificultad. La terraza formaba arriba una especie de plazo-

leta rodeada de plantas, de encañados rotos y de bancos de piedra, y que tenía en medio un gran jarrón de terracota.

Oyó la greguería del recreo. Después se produjo el silencio. Y al cabo de varios minutos se fué acercando un rumorillo de pasos ligeros. Canturreaba una voz fresca. El corazón de Raúl se encogía. ¿Qué diría la joven al verle?

Crujieron unas ramas. Y el follaje se movió como se mueve una cortina levantada ante una puerta. Entró Aurelia.

Pero, estupefacta, se detuvo súbitamente casi en lo que pudiéramos llamar umbral de la terraza. Quedó interrumpida la canción. Cayeron el libro y el sombrero de paja que, lleno de flores, colgaba de su brazo.

Y no se movía la silueta, fina y delicada, vestida sencillamente con lanilla de color tostado.

Seguramente no reconoció a Raúl hasta un poco más tarde. Entonces se puso colorada y retrocedió, musitando:

— ¡Váyase!... ¡Váyase!...

A Raúl no se le ocurrió ni por un momento la idea de obedecerla. Parecía hasta que no hubiese oído la orden. Y contemplaba a la muchacha con un placer inefable que jamás había experimentado ante ninguna mujer.

Ella repitió con tono más imperioso:

— ¡Váyase!

— No—dijo él.

— Entonces, me iré yo.

— Si se va la seguiré—aseguró Raúl—. Entraremos juntos en el convento.

Se volvió la joven, como si quisiera mar-

charse. Pero él se le acercó y le agarró del brazo.

— ¡No me toque! — exclamó la joven con indignación, al mismo tiempo que se soltaba. — Le prohibo que me toque. Le prohibo que esté junto a mí.

El, sorprendido por tanta violencia, preguntó:

— ¿Por qué?

Ella, muy quedamente, contestó:

— Me da usted horror.

Tan extraordinaria era la contestación, que Raúl no pudo contener una sonrisa.

— ¿Tanto me detesta?

— Tanto.

— ¿Más que a Marescal?

— Más.

— ¿Más que a Guillermo y a aquel hombre de la villa de Faradoni?

— Más, más.

— El caso es que ellos le han hecho mucho daño. Y a no ser por mí, que la he protegido...

La joven calló. Había recogido su sombrero y con él se tapaba la parte inferior de la cara, principalmente los labios. Para Raúl no cabían dudas en la explicación de la conducta adoptada por la joven. Si le detestaba no era porque hubiese sido testigo de los crímenes cometidos y de tanta vergüenza, sino porque la había tenido en sus brazos y porque le había besado la boca. Aquel pudor, tan extraño en una mujer como ella, en una mujer tan sincera, arrojaba tal claridad sobre la intimidad de su alma y

de sus instintos, que Raúl, a su pesar, murmuró:

— Le ruego que olvide.

Y retrocediendo algunos pasos, para significar que la dejaba en libertad de partir, añadió en un tono de respeto involuntario:

— Aquella noche fué una noche fatal, cuyo recuerdo no conviene que conservemos ni usted ni yo. Olvide mi comportamiento. No crea, pues, que he venido para hacerle recordar, sino para continuar la obra que he emprendido respecto a usted. La casualidad me ha puesto en su camino; la casualidad ha querido que desde un principio pudiera yo serle útil. Le suplico que no rehuse mi ayuda. Los peligros que la amenazan, lejos de disminuir, aumentan. Sus enemigos están exasperados. ¿Qué hará si no estoy junto a usted?

— ¡Váyase! — repitió ella con obstinación.

Permanecía en la entrada de la terraza como ante una puerta abierta. No ponía la vista en Raúl y tapábase los labios. Sin embargo, no se marchaba. Como él pensaba, se es prisionero del que no se cansa de salvar a uno. La mirada de la chica denotaba temor; pero el recuerdo del beso recibido cedía al recuerdo, infinitamente más terrible, de las tribulaciones sufridas.

— Váyase. Aquí estaba yo en paz. Usted anduvo mezclado con todas esas cosas, con todas esas cosas abominables...

— Afortunadamente — dijo él —. Por eso mismo es preciso que me mezcle con todas las que se preparan. ¿Cree que no la buscan? ¿Cree que Marescal renuncia a usted? Aho-

ra sigue sus huellas. Y le conducirán a este convento de Santa María. Si, como supongo, ha vivido usted aquí varios años felices de su infancia, él, que debe saberlo, vendrá.

Hablaba suavemente, con una convicción que impresionaba a la joven, la cual apenas pudo balbucear ya:

—Váyase...

—Bien—dijo él—. Pero vendré mañana a la misma hora y la esperaré todos los días. Tenemos que hablar... pero no de nada que pueda resultarle doloroso y recordarle aquella noche de pesadilla. Respecto a eso, ¡silencio! No necesito saber nada. Ya saldrá la verdad, poco a poco, de las tinieblas. Pero hay otros puntos respecto a los cuales haré de hacerle preguntas a las cuales tendrá usted que contestarme. Eso es lo que necesito decirle hoy. Ahora ya puede irse. Pensará en lo que le he dicho, ¿eh? Pero no se apure. Tenga presente que yo, en los momentos de peligro, estaré siempre a punto.

La joven se marchó sin decir una palabra ni hacer un gesto. Raúl contempló su marcha por las terrazas, hasta llegar a la avenida de tilos. Cuando ya no la vió, recogió inconscientemente varias de las flores abandonadas. Y al darse cuenta de ello, se dijo en broma:

—¡Caramba, caramba!... Esto se pone serio... Y no hay que hacer el tonto, querido Lupin...

Desanduvo el camino de antes, atravesó nuevamente el estanque y paseó por el pinar, arrojando las flores una a una, como quien

no se da cuenta. La imagen de la joven de los ojos verdes no desaparecía de sus ojos.

Al día siguiente volvió a la terraza. Aurelia no acudió. Y sucedió lo mismo los dos días sucesivos. Pero el cuarto día separó la joven el follaje sin que él hubiera notado previamente sus pasos.

—¡Oh!—exclamó, emocionado—. Es usted, ¡usted!...

Por la actitud de ella comprendió que no debía acercarse ni decir una palabra que pudiese atemorizarla. Se mostraba, como el primer día, como una adversaria que no quiere ser dominada y que se resiente contra el enemigo por el bien que le hace.

A pesar de ello, era menos dura su voz cuando dijo con la cabeza medio vuelta:

—No hubiera debido venir. Las hermanas de Santa María, mis bienhechoras, lo encontrarían mal. Pero he pensado que debía darle las gracias... y ayudarle... Además—añadió—tengo miedo, sí, tengo miedo por todo lo que me ha dicho... Pregúnteme. Le contestaré.

—¿A todo?—dijo él.

—No, no—repuso ella con angustia—. A cosas sobre la noche de Beaucourt, no... A otras cosas... ¿Qué quiere saber?

Raúl reflexionó. Era difícil formular preguntas encaminadas en su totalidad a aclarar un punto del cual se negaba a hablar la joven.

Y comenzó diciendo:

—¿Su nombre?

—Aurelia. Aurelia d'Asteux.

—¿Y ese nombre de Léonide Balli? ¿Es un seudónimo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Léonide Balli existe. Se quedó enferma en Niza. Entre los actores de su compañía, con los que he viajado de Niza a Marsella, había uno al que yo conocía precisamente por haber representado juntos *Véronique* en una función de aficionados. Y todos me rogaron que, aunque fuera por una sola noche, sustituyera a Léonide Balli. Como realmente estaban muy apurados, tuve que hacerles ese favor. Se lo advertimos al director del teatro de Tolosa; pero el hombre, a última hora, decidió no anunciar el cambio y dejar creer que yo era Léonide Balli.

Raúl concretó:

—No es usted artista... ¡Me alegro!... Preferiría que sea solamente la bonita pensionista de Santa María.

La joven, frunciendo el ceño, dijo:

—Continúe.

Y él continuó diciendo:

—El caballero que levantó el bastón sobre Marescal al salir usted de la pastelería del boulevard Haussmann, ¿era su padre?

—Mi padrastro.

—¿Se llama?

—Brégeac.

—¿Brégeac?

—Sí; es el director de Asuntos judiciales del ministerio del Interior.

—Y, por tanto, jefe directo de Marescal, ¿no?

—En efecto. Siempre ha habido antipatía entre ambos. Marescal, a quien apoya mucho el ministro, quiere sustituir a mi padrastro, y mi padrastro quiere librarse de él.

—Y Marescal, ¿la quiere?

Me pidió para casarnos. Yo lo rechacé. Mi padrastro le ha prohibido que venga a casa. Y, como nos odia, ha jurado vengarse.

—Bueno—dijo Raúl—. Pasemos a otra cosa. ¿Cómo se llama aquel hombre de la villa de Faradoni?

—Jodot.

—¿Su profesión es?...

—Lo ignoro. Venía a veces a casa para ver a mi padrastro.

—¿Y el otro?

—Era Guillermo Ancivel, a quien también recibíamos. Se ocupa de la Bolsa y en otros negocios.

—¿Limpios?

—No sé...

Raúl resumió:

—Esos son sus tres adversarios... No hay otros, ¿verdad?

—Sí. Mi padrastro.

—¿Cómo? ¿El marido de su madre?

—Mi pobre madre murió.

—¿Y toda esa gente la persigue por el mismo motivo, por ese secreto que sólo usted posee?

—Sí, excepto Marescal, que ignora eso y que sólo aspira a vengarse.

—¿Puede darme alguna indicación, no precisamente sobre el secreto, sino sobre las circunstancias que le rodean?

La muchacha, tras unos instantes de reflexión, contestó:

—Puedo, sí. Puedo decirle lo que los otros conocen y la razón de su encarnizamiento.

Aurelia, que hasta entonces había contestado breve y secamente, parecía tener interés por lo que decía:

—Procuraré resumir. Mi padre, que era primo de mi madre, murió antes de mi nacimiento, dejando algunas rentas, a las que se unió una pensión de mi abuelo D'Asteux, el padre de mamá, persona excelente, artista, inventor, siempre a la busca de grandes secretos y descubrimientos y que no cesaba de viajar con motivo de supuestos negocios milagrosos, que habían de ser nuestra fortuna. Todavía le recuerdo, todavía me veo sobre sus rodillas, todavía le oigo decir: «Aurelita será rica. Para ella trabajo».

»Seis años justos tenía yo cuando nos rogó por carta a mamá y a mí que fuéramos a reunirnos con él sin que se enterara nadie. Una noche tomamos el tren y estuvimos dos días con él. Cuando nos volvimos, mi madre me dijo en su presencia:

»—Aurelia: No reveles nunca a nadie dónde has pasado este par de días ni lo que has hecho ni lo que has visto. Es un secreto que te pertenece y que, cuando tengas veinte años, te proporcionará grandes riquezas.

»—Muy grandes riquezas—confirmó mi abuelo—. Júranos que nunca, pase lo que pase, dirás nada a nadie.

»—A nadie—rectificó mi madre—más que al hombre a quien quieras y del cual estés tan segura como de ti misma.

»Hice todos los juramentos que me pedían. Como me impresioné mucho, lloraba.

»Algunos meses más tarde se casó mamá con Brégeac. El matrimonio no fué feliz y duró poco. Al año siguiente murió mi madre de pleuresía, luego de entregarme un papelito que contenía todas las indicaciones sobre el

país visitado y sobre lo que yo había de hacer a los veinte años. Mi abuelo murió también poco después. Quedé, pues, a solas con mi padrastro, que se desembarazó de mí mandándome en seguida a este convento de Santa María. Llegué triste por mi desamparo, pero sostenida por la importancia que me daba la guarda de un secreto. Era domingo. Buscando un lugar apartado llegué a esta terraza para ejecutar un proyecto que había concebido mi infantil cerebro. Sabía de memoria las indicaciones dejadas por mi madre. Entonces, ¿para qué conservar un documento que, a mi parecer, acabaría conociendo todo el mundo si yo lo conservaba? Y lo quemé en ese jarrón.»

Raúl movió la cabeza.

—Y ¿ha olvidado las indicaciones?...

—Sí—dijo ella—. Se han borrado de mi memoria entre el cariño que he encontrado aquí, entre el trabajo, entre las diversiones. He olvidado el nombre del país, su situación, el ferrocarril que lleva allí, las gestiones que yo había de realizar... ¡Todo!

—¿Absolutamente todo?

—Todo, menos algunos paisajes y varias impresiones que habían herido más vivamente que los otros mis ojos y mis oídos de niña... Nunca he dejado de ver esas imágenes... Hay sonidos de campanas que todavía los oigo, como si las campanas no hubieran dejado de sonar.

—Y ¿son esas impresiones, esas imágenes, lo que sus enemigos quieren conocer, esperando, en el relato de ellas, alcanzar la verdad?

—Sí.

—Pero, ¿cómo saben lo que saben?...

—Porque mi padre había cometido la imprudencia de no destruir ciertas cartas en que mi abuelo D'Asteux aludía al secreto confiado a mí. Brégeac, que más tarde recogió esas cartas, no me habló jamás de ellas durante los diez años que pasé en Santa María: ¡diez años dichosos, que serán los mejores de mi vida! Pero el mismo día en que volví a París, hace dos años, me interrogó. Le dije lo mismo que a usted, como tenía derecho; pero no quise revelar ninguno de los vagos recuerdos que hubieran podido ponerle sobre la pista. Empezaron entonces las persecuciones constantes, los reproches, las quejas, la furia terrible... Pero llegó un momento en que me determiné a huir.

—¿Sola?

La joven se ruborizó.

—No—contestó—; pero tampoco en las condiciones en que usted pudiera creer. Guillermo Ancivel me hacía la corte con mucha discreción y como quien quiere ser útil y no tiene esperanza alguna de ser recompensado. Así ganó, ya que no mi simpatía, sí mi confianza. Y cometí el error de contarle mis proyectos de huida.

—Los aprobaría, ¿eh?

—Los aprobó con toda su alma, me ayudó en sus preparativos y vendió varias alhajas y títulos de mi madre que conservaba yo. La víspera de mi partida, y como yo no fuese dónde refugiarme, Guillermo me dijo: «Vengo de Niza, adonde he de volver mañana. ¿Quiere que la lleve? No encontrará en esta

época retiro más seguro que la Riviera.» ¿Tenía yo algún motivo para rechazar su ofrecimiento? Aunque no lo amaba, me parecía sincero y muy servicial. Acepté, pues.

—¡Qué imprudencia!—dijo Raúl.

—Sí—dijo ella—. Y tanto más cuanto no había entre nosotros esas relaciones que son excusa de semejante conducta. Pero, ¡qué le vamos a hacer! Me encontraba sola, desventurada, perseguida. Se me ofrecía un apoyo que yo creía para algunas horas. Y partí.

Ligera vacilación interrumpió a Aurelia. Luego, precipitando el relato, añadió:

—El viaje fué terrible por... las razones que usted conoce. Cuando Guillermo me dejó en el carruaje robado al médico, estaba agotada. Me llevó donde quiso, a otra estación. Y desde allí, como teníamos los billetes, fuimos a Niza, donde retiré el equipaje. Sentía fiebre, delirio. Obraba sin darme cuenta de lo que hacía. Y él se aprovechó de ello para hacer que al día siguiente le acompañara a una finca en la que tenía que apoderarse, en ausencia de los dueños, de ciertos valores que le habían sido sustraídos. Fuí allí como hubiera ido a cualquier otro sitio. No pensaba en nada, obedecí pasivamente. En esa finca fuí atacada y raptada por Jodot...

—Y salvada, por segunda vez, gracias a mí, a quien usted recompensó huyendo por vez segunda. Sigamos. Ese Jodot, ¿también exigía revelaciones?

—Sí.

—¿Qué hicieron luego?

—Volver al hotel, donde Guillermo me suplicó que le siguiera a Montecarlo.

—Entonces ya sabrá usted a qué atenerse respecto a ese personaje—objetó Raúl.

—¡Ca! Para ver claro hay que mirar. Pero hacía dos días que vivía yo en una especie de locura que la agresión de Jodot había exacerbado. Seguí, pues, a Guillermo, sin tan sólo preguntarle el objeto de su viaje. Estaba desamparada, avergonzada de mi cobardía y molesta por la presencia de aquel hombre, que cada vez era más ajeno a mí... ¿Qué papel he desempeñado en Montecarlo? No lo veo muy claro. Guillermo me había confiado cartas que yo debía entregarle en el pasillo de un hotel con objeto de que él, a su vez, las entregara a un caballero. ¿De qué eran las cartas? ¿Quién era el caballero? ¿Por qué estaba allí Marescal? ¿Cómo me libró usted de él? Todo eso se me aparece muy oscuro. Sin embargo, mi instinto se había despertado. Sentía contra Guillermo una hostilidad cada vez mayor. ¡Le detestaba! Y me marché de Montecarlo, dispuesta a romper el pacto que nos ataba y a venir a esconderme aquí. Me persiguió hasta Tolosa. Y cuando, luego de comer, le anuncié mi propósito de dejarle, cuando se convenció de que nada me haría desistir, me dijo fríamente, duramente, con una cólera que le contraía el rostro:

»—Bueno. Separémonos. Al fin y al cabo, me da lo mismo. Pero impongo una condición.

»—¿Una condición?

»—Sí. Una vez oí a su padrastro hablar de cierto secreto que le ha sido confiado. Si me dice el secreto, queda en libertad.

»Entonces lo comprendí todo: sus encarecimientos, su amabilidad, sus muchas mentiras. Su única finalidad era obtener de mí, un día u otro, bien ganándome por el afecto, bien amenazándome, las confidencias que yo había negado a mi padrastro y que Jodot había intentado arrebatarme.»

Calló. Observóla Raúl. Y recibió la impresión de que había dicho verdad, pura verdad. Seriamente, le dijo:

—¿Quiere usted conocer exactamente a ese individuo?

La joven, moviendo la cabeza, contestó:

—¿Es necesario?

—Es conveniente. Atienda. Los títulos que buscaba en la villa de Faradoni no le pertenecían; quería, sencillamente, robarlos. En Montecarlo exigía cien mil francos a cambio de entregar unas cartas comprometedoras. Así es que resulta ladrón y chantagista... cuando menos. ¿Qué tal?

Aurelia no protestó. Seguramente había ya entrevisto la realidad; por tanto, no podía sorprenderla la brutal enunciación de los hechos.

—Usted me ha salvado de él. Muchas gracias.

—¡Ay!—dijo Raúl—. Lo que usted hubiera debido hacer es confiarse a mí, en vez de huir. ¡Cuánto tiempo perdido!

La joven, que estaba a punto de marcharse, replicó:

—¿Cómo me había de confiar a usted? ¿Quién era usted? No le conozco. Marescal, que le acusa, ignora su nombre. Usted, es cier-

to, me salva de todo peligro. Pero, ¿por qué razón?, ¿con qué objeto?

—Con el objeto—bromeó él—de arrancarle el secreto... Yo también, ¿no? ¿Quiere decir eso?...

—No quiero decir nada. No sé nada. No comprendo nada—murmuró la muchacha con abatimiento—. Hace varias semanas que chocho por todas partes con murallas de sombra. No me pida más confianza de la que puedo otorgar. Desconfío de todo y de todos.

Raúl, compadecido, la dejó partir.

Y cuando él también se iba (por una nueva salida que había encontrado, por una poterna situada debajo de la penúltima terraza y que había conseguido abrir) pensaba:

—No ha dicho ni una palabra de la noche fatal. Y el caso es que fué muerta miss Bakefield, fueron asesinados un par de hombres, yo la vi disfrazada y enmascarada...

Aquello le resultaba misterioso e inexplicable. En torno de él, como en torno de ella, se levantaban las mismas murallas de sombra, a través de las cuales sólo de vez en cuando se filtraban pálidas claridades. Pero ni un instante—desde que comenzó la aventura—pensó frente a la joven en el juramento de venganza y de odio hecho por él ante el cadáver de miss Bakefield, ni en nada de lo que pudiera afeár la graciosa imagen de la señorita de los ojos verdes.

Estuvo dos días sin verla. Luego acudió tres días seguidos, sin explicar la causa de que acudiese, pero como si hubiese buscado una protección de la que no podía prescindir.

Primero permaneció diez minutos, después

quince, luego treinta. Hablaron poco. Y tanto si ella quería como si no, le aumentaba la confianza. Más suave, menos lejana, avanzaba hasta el tajo para mirar el agua estremecida del estanque. Raúl intentó varias veces hacerle preguntas. Ella esquivaba en seguida con temblores y espanto las que pudieran aludir a las terribles horas de Beaucourt. Y si hablaba mucho, era de su pasado infantil, de la vida llevada antaño en Santa María, de la paz encontrada en aquella atmósfera afectuosa y serena.

Cierta vez que la joven apoyó el revés de su mano en el pie del jarrón acercóse Raúl, se inclinó y, sin tocarla, examinó las líneas.

—¡Ah! Lo que yo adiviné el primer día... Un doble destino: el uno, sombrío y trágico; el otro, dichoso y sencillo. Como las líneas se cruzan, se mezclan y se confunden, no es posible decir cuáles vencerán. Pero, ¿cuáles son las verdaderas, las que corresponden a su auténtica naturaleza?

—Las del destino feliz—dijo ella—. Hay en mí algo que remonta en seguida a la superficie y que, como ahora, me da alegría y olvido, sean cuales sean los peligros.

Raúl continuó el examen.

—Desconfíe del agua—dijo, riendo—. El agua puede serle funesta. ¡Naufragios, inundaciones!... ¡Cuánta calamidad!... Pero se alejan... Sí; todo se arregla en su vida. El hada buena vence al espíritu maligno.

Mentía para tranquilizarla y con el deseo constante de que en la linda boca, que apenas se atrevía a mirar, se dibujara de vez

en cuando una sonrisa. Además, también él quería olvidar y embaucarse.

Y así pasó dos semanas de profunda alegría que en vano trataba de disimular. Experimentaba el vértigo de esas horas en que el amor embriaga y hace insensible a todo cuanto no sea el gozo de contemplar y de oír. Procuraba no evocar las imágenes amenazadoras de Marescal, de Guillermo y de Jodot. Si ninguno de los tres enemigos hacía acto de presencia, sería seguramente porque habían perdido las huellas de su víctima. Consecuentemente, ¿por qué no abandonarse a la delicia lánguida que sentía junto a la joven?

El despertar fué brutal. Una tarde, asomados entre el ramaje que dominaba el precipicio, entreveían debajo de ellos el estanque, casi inmóvil en el centro, movido en las orillas por un oleaje inquieto que tendía hacia la estrecha abertura en que penetraba el riachuelo. De pronto, una voz lejana gritó en el jardín:

— ¡Aurelia!... ¡Aurelia!... ¿Dónde estás?...

— ¡Dios mío! — exclamó la joven, sobresaltada—. ¿Por qué me llamarán?

Corrió a lo alto de la terraza y vio a una monja en la avenida de los tilos.

— ¡Aquí estoy!... ¡Aquí estoy!... ¿Qué pasa, hermana?

— Un telegrama.

— ¿Un telegrama?... No venga, no. En seguida bajo.

Cuando, unos momentos después, volvió, con un telegrama en la mano, estaba trastornada.

— Es de mi padrastro — dijo.

— ¿De Brégeac?

— Sí.

— ¿La llama?

— ¡Vendrá de un momento a otro!

— ¿Para qué?

— Para llevarse.

— ¡Imposible!

— Mire...

Raúl leyó dos líneas fechadas en Burdeos:

«Llegaré cuatro. Marcharemos inmediatamente. Brégeac.»

Y, tras un instante de reflexión, preguntó:

— ¿Le había escrito usted que estaba aquí?

— No. Pero como venía por vacaciones, se habrá informado.

— Y ¿cuál es la intención de usted?

— ¿Qué voy a hacer?

— Negarse a seguirlo.

— La superiora no accedería a que me quedara.

— Entonces — insinuó Raúl — márchese ahora mismo.

— ¿Cómo?

Raúl señaló la salida de la terraza, el pinar...

La joven protestó:

— ¿Escapar del convento como una culpable?... ¡No, no! Daría un disgusto muy grande a todas esas pobres mujeres, que me quieren como a una hija, como a la mejor de sus hijas. Eso ¡nunca!

Estaba muy cansada. Sentóse en un banco de piedra, frente al parapeto. Raúl, aproximándose a ella, le dijo gravemente:

— No voy a manifestarle ninguno de los

sentimientos que hay en mí respecto a usted ni qué razones me impulsan a obrar. Pero de todos modos es preciso que usted se capacite de que le soy tan afecto como un hombre lo es a una mujer... que lo es todo para él... Y por eso conviene que tenga usted una confianza absoluta en mí y que esté dispuesta a obedecerme ciegamente. Es el requisito de su salvación. ¿Se da cuenta?

—Sí—contestó la joven, enteramente dominada.

—Entonces, atienda mis instrucciones, mis órdenes... sí, mis órdenes... Reciba sin rebeldía a su padrastro. Nada de quejas, nada tan siquiera de conversación. ¡Ni una palabra! Es la mejor manera de no cometer errores. Sígale. Vuelva a París. La noche misma de su llegada salga de casa con cualquier excusa. Una señora de edad, con cabellos ya blancos, le esperará a veinte pasos de la puerta. Yo las llevaré fuera, a un refugio donde nadie las encontrará. Y le juro por mi honor que me iré en seguida, para no volver hasta que usted me autorice. ¿De acuerdo?

—Sí—contestó ella.

—Entonces, hasta mañana por la noche. Y acuérdesse de mis palabras. Ocurra lo que ocurra, ¡fíjese bien!, nada ni nadie podrá contra mi voluntad de protegerla ni contra el triunfo de mi empresa. Aunque todo parezca ir contra usted, no se desaliente, no se inquiete siquiera. Repítase con fe, con obstinación, que, aun cuando más fuerte se presente el peligro, nada la amenaza. En el preciso instante en que yo sea necesario, ¡apareceré! Adiós, señorita.

Se inclinó y besó ligeramente la cinta de su esclavina. Luego, apartando una celosía semioculta por la hojarasca, saltó a la maleza y echó a andar por una senda apenas señalada que conducía a la vieja poterna.

Aurelia no se había movido del lugar que ocupaba en el banco de piedra.

Pasó medio minuto.

En aquel momento levantó la cabeza al oír un crujido de hojas hacia la parte del parapeto. Los arbustos se movían. ¿Habría alguien? No cabía dudar, no, que alguien se escondía allí.

La joven quiso gritar, pidiendo socorro, pero no pudo. Su voz se ahogaba.

Ya las hojas se movían más. ¿Quién aparecería? La joven deseó con toda su alma que fuesen Guillermo o Jodot: temía menos a los dos bandidos que a Marescal.

Asomó una cabeza. Y Marescal salió de su escondrijo.

Desde abajo, hacia la derecha, subió el ruido de la maciza poterna al ser cerrada.



VII

UNA DE LAS BOCAS DEL INFIERNO

Si la situación de la terraza, en lo alto de un gran jardín, en una parte donde nadie se paseaba y al abrigo de una espesa fronda, había ofrecido durante algunas semanas absoluta seguridad a Aurelia y a Raúl, ¿no era de esperar que Marescal aprovecharía allí los minutos que le eran necesarios y que Aurelia no podía esperar ningún auxilio? La escena se desarrollaría fatalmente hasta que le pluguiese al adversario; el desenlace estaría de acuerdo con su voluntad implacable.

Marescal estaba tan convencido de ello que no se dió prisa. Avanzó lentamente y se detuvo. La seguridad del triunfo alteraba la armonía de su rostro regular y deformaba sus facciones, generalmente inmóviles. La boca se le torcía hacia arriba por la izquierda, a consecuencia de un rictus que también le descomponía la barba. Sus dientes brillaban. La mirada era dura y cruel.

Sarcásticamente, dijo:

—Creo, señorita, que los acontecimientos no me son del todo desfavorables. ¡Aquí no hay manera de escapar como en la estación de Beaucourt! ¡Aquí no hay modo de hacerme lo que en París! ¡Ah! Triunfará la ley del más fuerte...

Aurelia, erguido el busto, rígidos los brazos, crispados los puños sobre el banco de piedra, le contemplaba con una loca expresión de angustia. Ni un gemido, sin embargo. Esperaba.

—¡Da gusto verla así, linda amiga! Cuando se ama de la manera, quizá un poco excesiva, con que yo la amo, no desagrada encontrar frente a uno el miedo y la resistencia. Así tiene uno más ardor para conquistar su presa... ¡Su presa magnífica!—añadió en voz baja—. Porque usted es formíblemente guapa...

Al ver el telegrama desplegado, se burló:

—Es del bueno de Brégeac, ¿no? Le anuncia su inminente llegada y la partida de ambos, ¿no?... Lo sé, lo sé... Hace quince días que vigilo a mi querido director y estoy al corriente de sus proyectos más secretos. Cerca de él hay hombres muy adictos a mí. Esa es la explicación de que yo haya descubierto este refugio y le haya ganado la mano en algunas horas. He tenido tiempo de explorar estos lugares, el pinar, el valle; de examinarla de lejos y de verla venir corriendo hacia esta terraza. Al trepar yo he entrevisto una silueta que se alejaba. Algún galán, ¿no?

Dió algunos pasos hacia adelante. Ella se levantó de pronto y retrocedió.

—¡Vaya con la jovencita!—exclamó Marescal, irritado—. Supongo que no retrocedería así hace un momento, cuando la acariciaba el galán. ¿Quién es el feliz sujeto? ¿El prometido? Seguramente un amante. Me alegro de haber llegado a tiempo para defender mi bien e impedir que la cándida pensionista de Santa María haga una memez. ¡Oh, si yo hubiera sabido esto!...

Reprimiendo su cólera, se inclinó sobre ella para decir:

—Al fin y al cabo, ¡mejor! Las cosas están más simplificadas. La partida se presentaba bien para mí; pero lo que es ahora hay muchas más probabilidades de salir a las mil maravillas. ¡Aurelia no es una virtud heroica! Se puede robar y matar, manteniéndose, sin embargo, al borde de ciertos precipicios. Pero he aquí que Aurelia está dispuesta a saltar el obstáculo. ¿Por qué no en mi compañía? ¡Tanto da otro como yo! Si el otro tiene sus ventajas, hay en mi favor razones que no conviene desdeñar. ¿Qué dice, Aurelia?

La joven callaba decididamente. El enemigo se exasperaba por aquel silencio helado. Y, desgranando las sílabas, añadió:

—No tenemos tiempo, Aurelia, para perderlo en discrefeos. Hay que hablar claro, sin temor a las palabras y de modo que no haya equívocos. Al grano, pues. Callaré sobre el pasado y las humillaciones que he sufrido. Eso no importa. Lo que importa es el presente. Y del presente un solo punto: el asesinato del rápido, con la huida por el bosque, la captura por los gendarmes, y otras

veinte pruebas, cada una de las cuales es mortal para usted. Ahora está usted en mis manos, no tengo más que proponérmelo para cogerla, llevarla ante su padraastro y gritar en su casa y ante testigos: «La mujer asesina, la mujer buscada por todas partes, ¡está aquí!... En el bolsillo llevo la orden de detención. ¡Que avisen a los gendarmes!»

Levantó el brazo, dispuesto, como decía, a coger a la criminal.

Y, sordamente, añadió:

— Por una parte, pues, la denuncia pública, los tribunales y el temible castigo... Por otra parte, el segundo término del dilema en que usted ha de escoger, o sea el acuerdo en las condiciones que puede adivinar. Claro está que no me conformo con una promesa; exijo que, puesta de rodillas, me jure que una vez en París vendrá a verme a mi casa. Además, como prueba inmediata de que el acuerdo es leal, quiero que lo firme poniendo su boca sobre la mía. Pero no ha de ser un beso de odio y asco, sino un beso de buena gana, como los que me han dado otras tan bellas y más difíciles que usted... ¡Un beso de amor!... Pero ¡contesta!—exclamó, en un estallido de rabia—. Contéstame que aceptas. Ya me está molestando tu actitud de alma en pena. ¡Contéstame, si no quieres que te obligue y, además de dármele por fuerza, ganarte la cárcel!

Una mano del hombre cayó sobre un hombro de la joven, mientras que la otra mano se aferraba a la garganta y llevaba la cabeza contra la celosía. Los labios hombrunos se acercaron... Pero no acabó el gesto. Marescal

notó que la joven, desmayada, se desplomaba.

El incidente turbó profundamente a Marescal. Había llegado sin plan preciso, como no fuera el de hablar y, en la hora antes de que llegara Brégeac, obtener promesas solemnes y el reconocimiento de su poder. Y he aquí que el azar le ofrecía una víctima inerte e impotente.

Permaneció varios segundos inclinado sobre ella, mirándola ávidamente, mirando también a su alrededor el discreto cerco de verdura. Ningún testigo. Ninguna posible intervención.

Pero una idea le llevó hasta el parapeto, desde donde, por la brecha practicada entre los arbustos, contempló el valle desierto, el pinar, oscuro, tenebroso y misterioso, en el cual había visto, al pasar, el orificio de las grutas. Si llevaba allí a Aurelia y la tenía convenientemente atada, al cuidado de los gendarmes, dos días, tres días, ocho días si era preciso, preparaba el desenlace inesperado y triunfal, el principio y fin de la aventura.

Silbó ligeramente. Frente a él, a la otra orilla del estanque, se agitaron dos brazos sobre unas zarzas situadas junto al pinar. Hicieron señales convenidas, pues allí había dos hombres apostados por él para servirle en sus maquinaciones. Y en aquella parte del estanque se mecía la barca.

Marescal no titubeó. Sabía que a la ocasión la pintan calva y que hay que cogerla cuando tiene un cabello. Atravesando nuevamente la terraza, pudo observar que la joven parecía a punto de despejarse.

—Manos a la obra—se dijo—. Si no...

Le echó sobre la cara un pañuelo, dos de cuyas puntas fueron atadas a guisa de mordaza. Luego la cogió en brazos y se la llevó.

Como era fina, pesaba poco. Y como él era fuerte, encontraba más ligera la carga. Sin embargo, cuando llegó a la brecha y vió la pendiente casi vertical del barranco, reflexionó y juzgó necesario tomar precauciones. Por tanto, dejó a la joven junto a la brecha.

¿Esperaba Aurelia aquel momento? ¿Tuvo una repentina inspiración? El caso es que a Marescal le salió cara la imprudencia. La muchacha, con un movimiento imprevisto, con una rapidez y una decisión desconcertantes, se arrancó el pañuelo y se dejó caer hacia abajo como una piedra suelta que rueda en un desprendimiento de guijarros y arena productores de gran polvareda.

Marescal, rehecho de la sorpresa, se dió a correr con peligro de caerse. Y observó que la joven corría en zig-zag de la pendiente a la orilla como un animal acorralado que no sabe por dónde huir.

—¡Estás perdida, jovencita!—profirió Marescal—. No te queda más remedio que arrodillarte.

Se le acercaba, se le acercaba... Aurelia tropezaba por el mismo miedo... Pero de pronto tuvo Marescal la sensación de que algo caía desde la terraza, yendo a parar junto a él lo mismo que la rama desgajada de un árbol. Volvióse. Vió a un hombre que llevaba la parte inferior del rostro oculta por un pañuelo y que debía ser el llamado por

él amante de Aurelia. Aunque tuvo tiempo para empuñar el revólver, no lo tuvo para utilizarlo. Una formidable patada del agresor en pleno pecho le hizo hundir hasta media pierna en una mescolanza fangosa que formaba allí el estanque. Marescal, furioso y gesticulante, apuntó hacia el adversario en el momento en que éste, a veinticinco pasos de distancia, tendía a la joven en la barca.

—¡Alto o disparo!—gritó.

Raúl, por toda contestación, se levantó y puso en pie una tabla medio podrida que, como un escudo, protegía a Aurelia y a él. A continuación impulsó hacia dentro la barca, que se puso a danzar sobre las olas.

Marescal disparó, disparó cinco veces, disparó desesperadamente y con rabia. Pero ninguna de las cinco balas salió, sin duda, por estar mojadas. Entonces lanzó el mismo silbido de antes, pero de manera más estridente. Y los dos hombres de marras surgieron de la maleza como surgen los diablos de juguete de sus cajas automáticas.

Raúl se encontraba ya en medio del estanque, o sea a unos treinta metros de la orilla opuesta.

—¡No disparen!—aulló Marescal.

¿Para qué habían de disparar? El fugitivo, si no quería ser arrastrado por la corriente hacia la garganta en que se sumía el riachuelo, no tenía más remedio que marchar en línea recta y acercarse precisamente al lugar en que, revólver en mano, esperaban los dos sicarios.

Y debió darse cuenta de ello, porque súbitamente dió media vuelta para volver a la

orilla en que no había de combatir más que con un adversario solo y desarmado.

— ¡Disparen, disparen! — vociferó Marescal, adivinando la maniobra. — ¡Disparen, que no va ahí! ¿Disparan o no?

Uno de los hombres disparó por fin.

En la barca sonó un grito. Raúl dejó los remos y cayó, mientras la joven se le acercaba con desesperados gestos. Los remos se fueron aguas abajo. La barca permaneció un instante inmóvil, indecisa. Luego giró un poco, de modo que la proa quedó apuntando a la corriente. Retrocedió, se deslizó hacia atrás; primero, lentamente; en seguida, rápida.

— ¡Buena la han hecho! — balbuceó Marescal, luego de una sonora exclamación.

Pero ¡qué remedio!... El desenlace se ofrecía sin ningún género de dudas. La barca fué cogida por dos torrentes de oleaje que se movían a cada lado de la extensión central; dió otra vuelta; apuntó bruscamente hacia adelante; y, con los dos cuerpos en su fondo, se dirigió como una flecha hacia la abertura, en la cual, efectivamente, se metió.

Todavía no hacía dos minutos que los fugitivos habían saltado a la barca.

Marescal no se movió. Con los pies en el fango y la cara contraída por el horror, miraba el lugar siniestro como si mirara la puerta del infierno. Su sombrero flotaba sobre las aguas. Su barba y su cabellera estaban revueltas.

— ¿Es posible? ¿Es posible? — musitaba—. Aurelia... Aurelia...

Una llamada de sus hombres le sacó de su ensimismamiento. Dieron un gran rodeo para alcanzarle. Cuando se reunieron con él, procuraba secarse. Y les dijo:

— ¿Es cierto?

— ¿Qué?

— ¡La barca!... ¡El precipicio!...

Se figuraba ser objeto de una de esas pesadillas en que las abominables visiones dejan la impresión de horribles realidades.

Fueron a lo alto del precipicio, indicado por una piedra y disimulado por juncos y plantas agarradas a la roca. El agua formaba pequeñas cascadas, alteradas por el dorso brillante de grandes pedruscos. Asomáronse y escucharon. Nada. Sólo un fragor de agua desencadenada. Sólo un hálito de frío que subía con el polvo blanco de la espuma.

— Parece el infierno... Parece una boca del infierno... — balbuceaba Marescal.

Y añadía:

— ¡Ha muerto!... ¡Se ha ahogado!... ¡Y qué muerte más espantosa!... Si ese imbécil la hubiera dejado, yo habría... yo habría...

Se marcharon por el pinar. Marescal caminaba como si fuera en un entierro. Varias veces le interrogaron sus acompañantes, sujetos poco recomendables, a los que había comprometido para la expedición, aparte del servicio, y a quienes había dado noticias muy concisas. No les contestó. Pensaba en Aurelia, tan graciosa, tan vivaz y a la que amaba tan apasionadamente. Sentíase turbado por recuerdos complicados con remordimientos y horrores.

Aparte de eso, no las tenía todas consigo.

Las investigaciones, que no dejarían de realizarse en seguida, podían alcanzarle y, por tanto, atribuirle una parte en el trágico accidente. Y ello era el escándalo, el hundimiento. Brégeac, implacable, llevaría su venganza hasta el fin.

Pronto pensó exclusivamente en irse, en abandonar aquel país lo más discretamente posible. Metió miedo a sus auxiliares diciéndoles que les amenazaba un peligro común y que su seguridad exigía que se dispersaran para procurar cada uno por la salvación propia antes de que se diera la alarma y fuera notada su presencia. Les entregó el doble de la cantidad convenida, rehuyó las casas de Luz y tomó la carretera de Pierrefite-Nestales, con la esperanza de encontrar un coche que le llevase a la estación para tomar el tren de las siete de la tarde.

Ya a tres kilómetros de Luz fué alcanzado por un carrito de dos ruedas y vela, conducido por un campesino vestido con amplio capote y tocado con una boina.

Marescal subió con desenfado y dijo autoritariamente:

—Cinco francos si llegamos a hora de tren.

El campesino no pareció emocionarse en demasía. Ni tan siquiera se molestó en arrear al escuálido matalón que se perdía entre las varas del vehículo.

El trayecto duró mucho. Iban muy poco a poco. Se hubiera dicho que el campesino procuraba acortar el paso del animal.

Marescal, perdido ya el dominio de sí mismo, se encolerizaba y decía:

—No vamos a llegar... ¡Qué jamelgo!... ¿Hacen diez francos?...

Encontraba odioso el paisaje, que veía poblado de fantasmas y recorrido por policías que buscaban al polizone Marescal. Y la idea de pasar la noche en aquella región donde yacía el cadáver de la que había muerto por culpa suya, iba más allá de sus fuerzas.

—Veinte francos—prometió.

Y añadió seguidamente:

—¡Cincuenta francos! ¡Cincuenta francos!... ¡Si no hay más que dos kilómetros!... ¿No se pueden hacer dos kilómetros en siete minutos?... ¡Ande! ¡Azote a ese bicho!... ¡Cincuenta francos!...

El labriego fué presa de una crisis de energía furiosa. Y como si no hubiera esperado más que aquella magnífica proposición, se puso a fustigar con tanto ardor que el rocín partió al galope.

—¡Eh! ¡Cuidado!... ¡A ver si vamos a parar a la cuneta!...

Al labriego le importaba poco semejante perspectiva. ¡Cincuenta francos! Y, poniendo toda su alma, daba al caballo con un garrote terminado en un pomo de cobre. El animal, desesperado, redoblaba la velocidad. El carrito saltaba de una a otra parte del camino. Y Marescal estaba cada vez más asustado.

—Pero, ¿qué es esto?... ¡Vamos a volcar!... ¡Alto, alto!... ¿Se ha vuelto loco?... ¡Por Dios!... ¡Ah!... ¡Ya está!...

«Ya estaba», en efecto. Un torpe tirón de riendas, una desviación muy acentuada... ¡Nada más! Pero el carrito cayó tan desastrosa-

mente en un hoyo que quedó vuelto sobre los dos ocupantes, los cuales estaban boca abajo, mientras que el animal, sujeto por las ancas, tenía los cascos en el aire y lanzaba coces a la tabla del asiento.

Marescal se dió cuenta al punto de que había resultado indemne del accidente. Pero tenía encima la masa aplastante del campesino. Quiso librarse de él, pero no pudo. En cambio, oyó una voz amable que le susurraba al oído:

—¿Tienes fuego, Rodolfo?

Marescal sintió que su cuerpo se helaba cuan largo era. La muerte debe dar esa impresión atroz de los miembros fríos que con nada serán reanimados. Y balbuceó:

—El del rápido...

—El del rápido... ¡Eso es!—ratificó la boca que le bordoneaba en el oído.

—El de la terraza—gimió Marescal.

—Cierto.. El del rápido y el de la terraza... Y, además, el de Montecarlo, el del bulevar Haussmann, el asesino de los hermanos Loubeaux, el cómplice de Aurelia, el barquero y el campesino del carrito... ¿No es así, querido Marescal?...

El matalón, cansado de dar coces, se había puesto en pie. Raúl se quitó la prenda que le cubría, con la cual envolvió al comisario, inmovilizándole brazos y pies. Apartó el carrito. Y con el correaje, ató fuertemente a Marescal, a quien sacó del hoyo y dejó en un talud de tupida vegetación. Con otras dos correas le sujetó el cuello y el busto al tronco de un abedul.

—La verdad, respetable Rodolfo, es que no

ienes suerte conmigo. Ya es la segunda vez que te ato como si fueras la momia de un faraón... ¡Ajajá! Como mordaza no te vendrá mal el pañuelo de Aurelia... El deber del perfecto cautivo es no gritar ni ser visto. Sin embargo, podrás ver y oír a tus anchas... ¿No oyes cómo silba el tren?... Paf... Paf... Paf... Ya se aleja con la linda Aurelia y su padrastro... Lo digo para tu tranquilidad. Aurelia está tan viva como tú o como yo. ¡Claro que la han fatigado las emociones! Pero eso, tras una noche de reposo, no tiene importancia.

Raúl ató el jamelgo y arregló los restos del vehículo. Luego volvió a sentarse cerca del comisario.

—Ha tenido gracia el naufragio, ¿eh? Pero no se trata de ningún milagro, como seguramente creerás. Ni tan siquiera una casualidad. Te advierto, para tu gobierno, que nunca cuento con los milagros ni con las casualidades, sino solamente conmigo. Así es que... Pero no te molestará mi discursito, ¿eh? ¿No prefieres dormir? ¿No? Entonces continuaré... Acababa, pues, de dejar a Aurelia en la terraza cuando, por el camino, me asaltó una inquietud. ¿Era prudente dejarla así? ¿No rondaría por los alrededores algún malhechor, algún rufián gomoso?... Esa clase de intuiciones forman parte de mis procedimientos... Las obedezco siempre. Por ello volví. Y ¿qué vi? A Rodolfo, raptor infame y policía desleal, que se lanza al valle en pos de su presa. Me dejó caer como si viniera del cielo, te proporciono un baño de pies, me llevo a Aurelia y remo en la barca. El es-

tanque, el pinar, las grutas representaban la libertad. Pero he aquí que silbas y que aparecen dos mamarrachos. ¿Qué hacer? ¡Problema insoluble si los hay! De pronto tuve una idea genial... ¿Y si hacía que el precipicio me tragara? Precisamente una browning me escupía su metralla. Abandono los remos. Hago el muerto en el fondo de la lancha. Le explico la cosa a Aurelia. Y he aquí que nos dirigimos al abismo...

Y Raúl, dando una palmadita en la pierna de Marescal, añadió:

—No te emociones, querido amigo... ¡No corríamos ningún peligro!... Todos los habitantes del pueblo saben que viajando por ese túnel, practicado en pleno terreno calcáreo, se llega, doscientos metros más abajo, a una pequeña playa de arena fina, de la cual se sale subiendo por cómodos escalones. Los domingos se entretienen los muchachos haciendo ese viaje y bañándose de paso cuando remontan el bote. Y no se causan ni un rasguño. Nosotros, pues, hemos podido presenciar de lejos tu abatimiento y ver cómo te marchabas con la cabeza inclinada bajo el peso de los remordimientos. Entonces reintegré a Aurelia al jardín del convento. Su padre ha venido a buscarla en coche para tomar el tren, mientras yo iba a buscar mi equipaje, compraba el carrito de un campesino y me alejaba a toda prisa sin más finalidad que cubrir la retirada de Aurelia.

Raúl apoyó su cabeza en el hombro de Marescal y cerró los ojos, diciendo:

—Huelga decirte que todo eso me ha fatigado bastante y que me parece de rigor echar

un sueñecito. Tú, querido Rodolfo, velarás mi sueño. Y no te preocupes por nada. Todo marcha admirablemente, en el mejor de los mundos. Cada cual ocupa el lugar que merece. Y los mastuerzos sirven de almohada a los individuos de mi categoría.

Se durmió.

Llegaba la noche tendiendo sombras por doquiera. Raúl se despertaba de vez en cuando y pronunciaba unas cuantas palabras acerca de las estrellas que titilaban o de la claridad azul de la luna. Luego se volvía a dormir.

Hacia media noche sintió hambre. Su maleta contenía alimentos. Ofreció de ellos a Marescal, quitándole previamente la mordaza.

—Come, amigo mío—le dijo, acercándole queso a la boca.

Pero Marescal se puso hecho un basilisco y escupió el queso, rezongando:

—¡Imbécil! ¡Cretino! ¡Tú sí que eres un mastuerzo! ¿Sabes lo que has hecho?

—¡Caramba! ¡Ya lo creo! ¡He salvado a Aurelia! Su padrastro se la lleva a París, donde yo la veré.

—¿Su padrastro? ¿Su padrastro?—exclamó Marescal—. ¿No estás enterado?...

—¿De qué?

—De que su padrastro la quiere.

Raúl, fuera de sí, le agarró de la garganta.

—¡Imbécil! ¡Cretino! ¿Por qué no lo decías en vez de escuchar mis estúpidos discursos? ¿La quiere? ¡Qué miserable!... Entonces ¡todo el mundo quiere a esa mucha-

cha!... ¡Vaya un hato de feos! ¿No tenéis un espejo para miraros? Sobre todo tú, con esa cabellera tan untuosa...

Acercándosele más, dijo:

—Oye, Marescal... Yo arrancaré a la joven de su padrastro. Pero déjala en paz. No te preocupes más de nosotros.

—Imposible—dijo el comisario sordamente.

—¿Por qué?

—Porque ha matado.

—De modo que tu plan...

—Es entregarla a la justicia. Y lo haré, porque la odio.

Dijo estas palabras en un tono de rencor tan feroz que Raúl comprendió que, en adelante, el odio de Marescal podría más que su amor.

—Tanto peor para ti, Rodolfo. El caso es que yo te iba a proponer un ascenso, algo así como una plaza de prefecto de policía. Pero, ¿prefieres la batalla? Lo que gustes. Comenzarás por pasar al raso esta noche. Nada mejor para la salud. En cuanto a mí, me voy a caballo hasta Lourdes, donde cogeré el ferrocarril. Son veinte kilómetros, que representan cuatro horas al trote de este caballo. Y esta noche llegaré a París, donde comenzaré por poner a Aurelia a buen seguro. Adiós, Rodolfo.

Sujetó como pudo la maleta, montó sobre el jaco y, sin estribos ni silla, se sumió en las tinieblas, silbando un aire de caza.

Por la noche, en París, una anciana señora, a la que él llamaba Victoria y que había sido su nodriza, esperaba en automóvil ante

el hotelito de la calle de Courcelles donde vivía Brégeac. Raúl llevaba el volante.

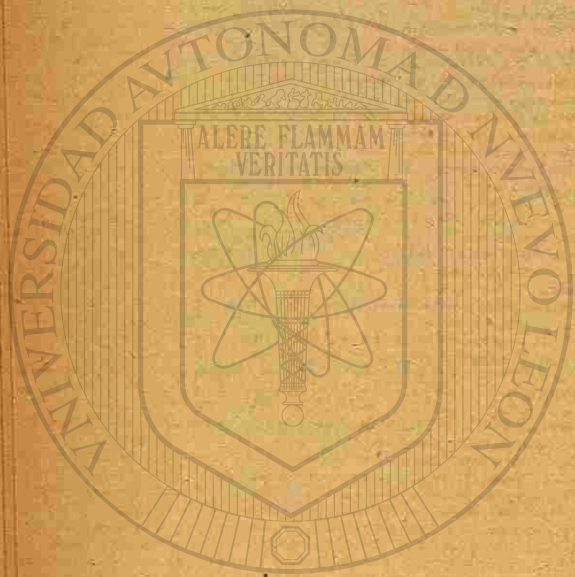
Pero Aurelia no acudió.

Al amanecer se puso Raúl a vigilar. Un trapero se iba de la calle luego de haber huroneado con un gancho en los cajones de basura. Y de pronto, con el sentido especial que le hacía reconocer los individuos por su andar más aún que por otra cosa, adivinó, bajo los harapos y la gorra pringosa, al asesino Jodot, a pesar de que apenas lo había visto en el jardín de Faradoni y en la carretera de Niza.

—¡Caramba!—se dijo Raúl—. ¿Ya ha entrado éste en funciones!

Una camarera salió del hotelito hacia las ocho y se dirigió a una farmacia cercana. Raúl la abordó con un billete de banco en la mano, lo cual le permitió enterarse de que Aurelia, llegada el día antes con Brégeac, estaba acostada con fiebre muy alta y delirio.

Hacia mediodía rondaba Marescal por las cercanías de la casa.



VIII

MANIOBRAS Y DISPOSICIONES DE BATALLA

Los acontecimientos facilitaban a Marescal una ayuda inesperada. El hecho de que Aurelia estuviera en cama representaba el fracaso del plan propuesto por Raúl, la imposibilidad de huir y la espera de la espantosa denuncia. Por otra parte, Marescal tomó al momento precauciones. La enfermera de Aurelia le era completamente adicta y, como pudo comprobar Raúl, le daba cuenta diaria del estado de la enferma. En caso de mejoría súbita, hubiese obrado.

—Eso es—pensaba Raúl—. Pero cuando no ha obrado ya es porque tiene motivos que le impiden denunciar públicamente a Aurelia y porque prefiere esperar el fin de la enfermedad. Se prepara. Me prepararé también yo.

Aunque opuesto a las hipótesis demasiado lógicas, siempre desmentidas por los hechos, había deducido de las circunstancias varias conclusiones involuntarias, por decirlo así. Entreveía confusamente la extraña realidad, en la cual nadie había pensado ni un instante

y que tan sencilla era. Y la entreveía confusamente, más bien por la misma fuerza de las cosas que por un esfuerzo del espíritu. Comprendía, a consecuencia de todo ello, que había llegado la hora de obrar con resolución.

—En las expediciones—solía decir—, la mayor dificultad consiste en el primer paso.

Ahora bien: si percibía claramente ciertos actos, resultaban oscuros los motivos de tales actos. Los personajes del drama conservaban para él una apariencia de autómatas que se desenvuelven en la tempestad y en la tormenta. Para vencer no le bastaba con defender a Aurelia día por día, sino que necesitaba investigar el pasado para descubrir las profundas razones obrantes sobre aquellas personas y que en ellas influyeron en el curso de la noche trágica.

—En resumen—se dijo—: hay, sin contarme a mí, cuatro actores importantes que evolucionan en torno de Aurelia y que la persiguen: Guillermo, Jodot, Marescal y Brégeac. Entre esos cuatro hay quien la busca por amor y quien la busca para arrancarle un secreto. La combinación de esos dos elementos, amor y codicia, determina toda aventura. Pero Guillermo está, por ahora, descartado. Brégeac y Jodot no me preocupan mientras Aurelia esté enferma. Queda Marescal. Ese es el enemigo a quien hay que evitar.

Frente al hotelito de Brégeac había un piso vacante. Raúl se instaló en él. Y así como Marescal utilizaba a la enfermera, él sobornó a la camarera, que tres veces, estando ausente la enfermera, le permitió pasar junto a Aurelia.

La joven parecía no reconocerle. Estaba tan debilitada por la fiebre que no podía decir más que algunas palabras sin ilación. En seguida cerraba los ojos. Pero él no dudaba de que ella le oyese y se diese cuenta de la voz amable que la apaciguaba con el efecto de un pase magnético.

—Soy yo, Aurelia—decía Raúl—. Como usted ve, permanezco fiel a mi promesa y puede usted tener confianza en mí. Le juro que sus enemigos son incapaces de luchar contra mí, y que la libentaré. ¿Cómo no? Sólo pienso en usted. Reconstruyo su vida, que, poco a poco, se me aparece tal cual es: sencilla y honrada. Sé que usted es inocente. Lo he sabido siempre, aun cuando la acusaba. Las pruebas más irrefutables me parecían falsas: ¡la señorita de los ojos verdes no podía ser una criminal!

No tenía reparo en ir más lejos en sus confesiones ni en decirle palabras más tiernas, que ella veíase obligada a escuchar y que Raúl mezclaba con abundantes consejos:

—Es usted toda mi vida... En ninguna mujer he encontrado más gracias ni encantos... Confíe en mí, Aurelia... Solamente le pido una cosa: confianza. Si alguien le hace preguntas, no conteste. Si alguien le escribe, no conteste. Si quieren hacerla salir de aquí, ¡niéguese! Conserve la confianza hasta el último minuto de la hora más cruel. Yo apareceré siempre, porque sólo vivo para usted y por usted...

La cara de la joven tomaba una expresión de calma. Se adormecía como mecida por un sueño feliz.

Raúl se metió en las habitaciones reservadas a Brégeac, donde buscó, inútilmente por cierto, papeles o indicaciones que pudieran guiarle.

También hizo visitas domiciliarias extraordinariamente minuciosas al piso ocupado por Marescal en la calle de Tívoli.

Asimismo emprendió una concienzuda investigación en los despachos del ministerio del Interior donde trabajaban los dos hombres. La rivalidad y el odio entre ambos eran conocidos de todos. Uno y otro se veían combatidos, ya en el ministerio, ya en la prefectura de policía; pero eran mantenidos en su alto cargo por poderosos personajes que batallaban por encima de sus cabezas. El servicio resultaba perjudicado con ello. Y los dos se acusaban abiertamente de hechos graves. Se hablaba de retiros. ¿Quién sería el sacrificado?

Raúl, oculto cierto día detrás de una cortina, vió a Brégeac a la cabecera de Aurelia. Era un bilioso, de cara flaca y amarilla, bastante alto y que, ciertamente, tenía más elegancia y distinción que el vulgar Marescal. La chica, al despertarse, le vió inclinado hacia ella y le dijo duramente:

—Déjeme... Déjeme...

—¿Cómo me detestas! —murmuró el otro—. ¡Qué a gusto me harías daño!

—Nunca haré daño a quien se ha casado con mi madre—repuso ella.

Y él, mirándola con visible sufrimiento, dijo:

—¡Qué bonita eres! ¡Qué desventurada!... Pero, ¿por qué has rechazado siempre mi

carinho?... Ya sé que he hecho mal, ya. Durante mucho tiempo no he sido atraído hacia ti más que por el secreto que tan sin razón me ocultabas. Y si tú no te hubieras encerrado en un silencio absurdo, no hubiera pensado en otras cosas que son un suplicio para mí... porque no me querrás... porque no es posible que me quieras...

La joven, por no oír, volvía la cabeza. El otro, sin embargo, agregó:

—Durante tu delirio has hablado de revelaciones que deseabas hacerme. ¿Se referían a eso? ¿O se referían a tu insensata huída con ese Guillermo? ¿Adónde te ha conducido el miserable? ¿Qué fué de vosotros, antes de que te refugiaras en el convento?

La muchacha no contestó. ¿Agotamiento? ¿Desprecio?

Brégeac calló. Al marcharse, Raúl, que se marchaba también, vió que Aurelia lloraba.

El resumen de dos semanas de investigación era para desalentar a otro que no hubiera sido Raúl. En términos generales, los grandes problemas continuaban sin resolver o, cuando menos, no recibían solución aparente, aparte de ciertas tendencias que Raúl tenía a interpretarlos a su manera.

—Pero lo esencial—se decía—es que no he perdido el tiempo. Actuar equivale frecuentemente a no hacer nada. La atmósfera es menos turbia. Mi visión de las personas y de los hechos se precisa y se robustece. Y, además, estoy en el corazón del campo de batalla. Cuando ésta se produzca con la violencia que es de suponer, cuando se pongan frente a frente todos los enemigos mortales, las ne-

cesidades del combate y la necesidad de encontrar armas más eficaces producirán el inesperado choque de que surgirán las chispas.

Y surgió una, en la que Raúl no pensaba y que iluminó un sector de las tinieblas en que él no creía que pudiera ocurrir nada importante. Cierta mañana, con la frente pegada a los cristales y los ojos fijos en los balcones de Brégeac, vió a Jodot disfrazado de traperero. Ahora llevaba al hombro un saco de arpillera, en el que depositaba el botín. Luego de dejar el saco junto a la pared sentóse en la acera y se puso a comer mientras huroneaba en el cajón más cercano. El gesto parecía maquinal. Pero Raúl, al cabo de un instante, notó fácilmente que el traperero no acercaba más que los sobres arrugados y las cartas rasgadas. Luego de echarles un vistazo, continuaba la busca. Sin duda, le interesaba la correspondencia de Brégeac.

Al cabo de un cuarto de hora se echó el saco a la espalda y se fué. Raúl le siguió hasta Montmartre, donde Jodot tenía trapería.

Volvió tres días seguidos. Todas las veces repetía exactamente la misma operación equívoca. Pero el tercer día, que era domingo, Raúl sorprendió a Brégeac espionando tras el balcón. Cuando el traperero se marchó, Brégeac le siguió con infinitas precauciones. Raúl les acompañó desde lejos. ¿Iba a conocer el lazo que unía a Brégeac con Jodot?

Atravesaron así, uno detrás de otro, el barrio de Monceau y las fortificaciones, llegando, al final del bulevar Bincau, a orillas del Sena. Varias villas modestas alternaban con solares

descuidados. Junto a una de ellas descargó Jodot el saco. Y, luego de sentarse, comió.

Allí permaneció cuatro o cinco horas, vigilado por Brégeac, que almorzaba a treinta metros de distancia, en un pequeño restaurante, y por Raúl, que, tendido en un ribazo, fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Cuando Jodot se marchó, Brégeac alejóse por otra parte, como si el asunto hubiera perdido todo su interés. Raúl entró en el restaurante, habló con el dueño y se enteró de que la villa junto a la cual se había sentado Jodot pertenecía, varias semanas antes, a los dos hermanos Loubeaux, asesinados en el rápido de Marsella por dos individuos. La justicia había precintado las puertas y había confiado la custodia a un vecino que todos los domingos iba a pasearse por allí.

Raúl se estremeció al oír el nombre de los hermanos Loubeaux. Los tejemanejes de Jodot comenzaban a tener una significación.

Interrogando más a fondo se enteró también de que los hermanos Loubeaux, en la época de su muerte, vivían muy poco en la villa, que no les servía más que como almacén para su comercio de vinos de Champaña. Se habían separado de su socio y viajaban por su cuenta.

—¿De su socio?—preguntó Raúl.

—Sí. Su nombre todavía está escrito en la placa de cobre que hay cerca de la puerta: «Loubeaux hermanos y Jodot».

Raúl reprimió un movimiento.

—¿Jodot?

—Sí. Un hombretón de cara roja y con apa-

riencias de gigante de feria. Hace más de un año que no se le ve por aquí.

—Estos informes tienen una importancia extraordinaria—se dijo Raúl una vez solo—. Resulta que Jodot había sido socio de dos hermanos a los que más adelante tenía que matar. Nada de particular tiene, pues, que la justicia no le haya inquietado, ya que no ha sospechado que en el asunto hubiera un Jodot, y, por otra parte, Marescal está convencido de que el tercer cómplice soy yo. Pero ¿por qué viene Jodot al lugar en que vivieron sus víctimas? Y ¿por qué vigila Brégeac esta pequeña excursión?

Transcurrió la semana sin incidentes. Jodot no apareció por delante del hotelito de Brégeac. Pero el sábado por la noche, Raúl, convencido de que el individuo de marras volvería a la villa el domingo por la mañana, saltó la tapia recayente a un solar y se introdujo en ella por uno de los balcones del primer piso.

En este piso había aún dos habitaciones amuebladas. Se notaban indicios seguros de registros. ¿Hechos por quién? ¿Por agentes? ¿Por Brégeac? ¿Por Jodot? Y, en todo caso, ¿con qué objeto?

Raúl no se entretuvo. Lo que habían buscado otros, o bien no se había encontrado o bien no se encontraba ya. Instalóse, pues, en una butaca. Y auxiliado por una lamparilla de bolsillo cogió de una mesa cierto libro cuya lectura no tardó en producirle sueño.

La verdad solamente se revela a quienes la obligan a salir de la sombra. A menudo, cuando se la cree lejana, una casualidad acude a colocarla sencillamente en el lugar que se

le había preparado. La gracia consiste, pues, en la calidad de esa preparación. Raúl, al despertarse, miró el libro que había intentado leer. La encuadernación estaba forrada de una tela negra parecida a la que los fotógrafos emplean para tapar la máquina.

Buscó, buscó. En una revuelta alacena, llena de trapos y papeles, encontró una buena porción de esa tela. En ella habían sido cortados en redondo tres trozos del tamaño de un plato cada uno.

—¡Oh!—murmuró Raúl, emocionado—. He acertado. Los tres antifaces de los bandidos del rápido han salido de aquí. La tela ésta lo prueba irrefutablemente. Explica y comenta, por decirlo así, lo que ha ocurrido.

Ahora la verdad le parecía tan natural, tan conforme a las intuiciones inconcretas que había tenido y, en cierto modo, tan regocijante por su sencillez, que se echó a reír entre el profundo silencio de la casa.

—Perfectamente—decía—. El destino mismo me traerá los elementos que me faltan. Hoy ha entrado a mi servicio. Por tanto, todos los detalles de la aventura van a precipitarse ante mi llamada y a ordenarse a plena luz.

A las ocho, el encargado de la villa dió su paseo dominical por la planta baja y cerró concienzudamente las puertas. A las nueve bajó Raúl al corredor. Y, dejando cerrada la ventana, abrió la contraventana situada encima del lugar en que Jodot se había sentado.

El trapero fué exacto. Llegó con su saco, que arrimó a la pared, sentóse y comió. Mientras comía monologaba en voz baja, tan baja,

que Raúl no entendía nada. La comida, compuesta de salchichón y de queso, fué regada con buenos tragos de vino tinto y seguida por el consumo de una pipa cuyo humo llegaba hasta Raúl.

Dos veces más llenó la pipa. Y así pasaron dos horas, sin que Raúl pudiera comprender los motivos de tan larga permanencia. Por las rendijas de la contraventana veía las dos piernas envueltas en harapos y los zapatos desvencijados. Más allá se deslizaba el río. Los paseantes caminaban arriba y abajo. Brégeac estaría espiando en una de las mesas del restaurante.

Por fin, Jodot, varios minutos antes de mediodía, pronunció estas palabras:

—¿Qué? ¿Nada de nuevo? Sin embargo, reconocerás que continúa igual.

Parecía hablar, no consigo mismo, sino con alguien que estuviera cerca de él. A pesar de ello, nadie se le había acercado, nadie estaba cerca de él.

—¡Rediós!—gruñó—. ¡Te digo que está ahí! Lo menos cien veces la he tenido en mis manos y la he visto con mis propios ojos. ¿Has hecho bien lo que te he dicho? ¿Toda la parte derecha de la bodega? ¿Y el otro día la parte izquierda?... ¡Me extraña que no hayas encontrado nada!

Luego de callar mucho tiempo, añadió:

—Quizá convenga buscar en otro sitio. Llegando hasta el solar que hay detrás de la casa, por si acaso arrojaron la botella allí, antes del golpe del rápido. Es un escondrijo que, aunque al aire libre, vale tanto como otro cualquiera. Brégeac, aunque haya regis-

trado la bodega, no habrá pensado en el exterior. Ve y busca. Te espero.

Nada más oyó Raúl. Pero, en cambio, reflexionó, comenzando a comprender las palabras de Jodot referentes a la bodega. Esta debía extenderse de un extremo a otro de la casa, con un tragaluz en la calle y otro en la fachada posterior. La comunicación era fácil por aquella vía.

Subió rápidamente al primer piso, una de cuyas habitaciones dominaba el solar. Y al momento comprobó el acierto de su hipótesis. En medio de un terreno sin edificar, donde se elevaba un tablón con las palabras «Se vende», entre montones de hierro viejo, de toneles destrozados y de botellas rotas, había un niño de siete u ocho años, mísero, de una delgadez increíble, acusada aún por la elástica gris que se le pegaba al cuerpo, que buscaba, se movía, se deslizaba con una agilidad de ardilla.

El área de sus investigaciones, que parecían tener por única finalidad el descubrimiento de una botella, era singularmente pequeña. Si Jodot no se había equivocado, la operación sería breve. Y breve fué. A los diez minutos, el niño, después de repasar varias cajas viejas, se levantó y, sin pérdida de tiempo, echóse a correr hacia la villa con una botella que tenía el cuello roto y estaba sucia de polvo. ®

Raúl se lanzó hacia la planta baja con objeto de llegar a la bodega y arrebatarse al niño su botín. Pero el escotillón que había notado en el vestíbulo no pudo ser abierto.

Así es que volvió a avizorar tras la ventana del salón.

Jodot murmuraba:

—¿Ya la tienes?... ¡Muy bien, muy bien!... Ya tengo lo que necesitaba. El amigo Brégeac dejará de molestarme ya... ¡Anda! ¡Métete en el horno!

El pequeño debió «meterse en el horno», operación que indudablemente consistía en comprimirse entre los barrotes del tragaluz y entrar como un hurón hasta el fondo del saco sin que ningún movimiento de la tela denotara su paso.

A continuación se levantó Jodot, echóse la carga a la espalda y se alejó.

Raúl, sin la menor vacilación, saltó los precipicios, fracturó las cerraduras y salió de la villa.

Jodot caminaba ya a trescientos metros, llevando al cómplice que le había servido para explorar primero el subsuelo del hotel Brégeac y luego el de la villa de los hermanos Loubeaux.

Brégeac, cien metros más atrás, serpenteaba entre los árboles.

Y Raúl notó que en el Sena remaba en la misma dirección un pescador de caña. Era Marescal.

Por tanto, Jodot era seguido por Brégeac; Brégeac y Jodot, por Marescal; y los tres, por Raúl.

Y el premio de la partida era la posesión de una botella.

—¡Es interesante, es interesante!—se decía Raúl—. Jodot lleva la botella, pero ignora que la codician. ¿Quién será el más

avispado de los otros tres ladrones? Si no estuviera Lupin de por medio, apostaría yo por Marescal. Pero está Lupin.

Jodot se detuvo. Lo mismo hicieron Brégeac y, en su barco, Marescal. Raúl les imitó.

El trapero había extendido el saco de manera que el muchacho se encontrara mejor. Y él, sentado en un banco, examinaba la botella, la agitaba y la hacía brillar al sol.

Brégeac, pensando que era el momento de obrar, se acercó cautelosamente.

Había abierto una sombrilla, con la cual se cubría la cabeza como con un escudo. Y Marescal, en su barca, se ocultaba bajo un enorme sombrero de paja.

Brégeac, cuando estuvo a tres pasos del banco, cerró la sombrilla, dió un salto sin preocuparse de los transeúntes, agarró la botella y emprendió la huida por una avenida que le llevaba hacia las fortificaciones.

Realizó aquello limpiamente y con admirable rapidez. Jodot, pasmado, gritó, cogió el saco, volvió a dejarlo como si temiese no poder correr bastante con él... Quedó, por decirlo así, fuera de combate.

Pero Marescal, previendo la agresión, había desembarcado y se había puesto a correr. Esto mismo hizo Raúl. No había, pues, más que tres competidores.

Brégeac no se volvía, no pensaba más que en correr, como si aspirara a ser campeón. Marescal, que solamente pensaba en Brégeac, tampoco se volvió. De suerte que Raúl no tomaba ninguna precaución. ¿Para qué?

En diez minutos llegó el primer corredor a la puerta de las Ternes. Tan caluroso es-

taba Brégeac que se quitó el abrigo. Cerca del fieltro pasaba un tranvía. Y numerosos viajeros esperaban en la parada para subir y entrar en París.

Brégeac se mezcló con la gente.

Lo mismo hizo Marescal.

Al acercarse el tranvía hubo tan gran tumulto que Marescal pudo fácilmente sacar la botella del bolsillo de Brégeac sin que éste se diera cuenta de nada. Marescal, seguidamente, pasó el fieltro y... pies ¿para qué os quiero?

—Sólo somos dos—pensó alegremente Raúl—. Estos señores se eliminan entre sí sin pensar que trabajan para mí.

Cuando Raúl pasó el fieltro vió que Brégeac hacía esfuerzos desesperados para salir del tranvía, a pesar de la gente, y ponerse a perseguir al ladrón.

Este elegía las calles paralelas a la avenida de las Ternes, que son muy estrechas y tortuosas. Corría como un loco. Cuando se detuvo en la avenida Wagram estaba sin resuello: la cara, sudorosa; los ojos, inyectados de sangre; las venas, hinchadas. No podía más.

Compró un diario, con el que envolvió la botella luego de haber dirigido una mirada a su alrededor. Se la puso bajo el brazo. Y reanudó la marcha con paso vacilante, como quien se tiene en pie por milagro. El apuesto Marescal no se erguía. Tenía el cuello puesto tan arrugado como un trapo mojado. Su barba terminaba en dos puntas que gotaban.

Poco antes de llegar a la plaza de la Es-

trella se le acercó un señor de gafas negras y con un cigarrillo encendido en los labios. Llevaba dirección opuesta. Aquel ciudadano le cortó el camino, pero no para pedirle fuego, como era natural, sino para echarle el humo a la cara silenciosamente y con una sonrisa que descubría unos dientes casi todos puntiagudos.

El comisario, con los ojos desorbitados, musitó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Pero sobraba la pregunta. ¿Acaso no sabía que era el llamado tercer cómplice por él, por Marescal; el galán de Aurelia; el eterno enemigo?

Y aquel hombre, que le parecía el diablo en persona, señaló la botella con el dedo y dijo con un tono de broma cariñosa:

—Dámela, dámela... Sé amable conmigo... Es que no está bien para un comisario de tu talla pasearse con una botella... ¡Anda, Rodolfo! Dámela...

Marescal cedió en seguida. Gritar, pedir socorro, amotinar a los transeúntes contra el asesino, no era cosa de la que se sintiese capaz. Estaba fascinado; aquel ser infernal le quitaba toda energía. Y, estúpidamente, sin tener ni el más remoto propósito de resistencia, como un ladrón que encuentra muy natural devolver el objeto robado, dejó que el otro le cogiera la botella.

En aquel preciso momento llegó Brégeac, también echando los bofes y sin fuerza para precipitarse sobre el tercer ladrón ni tan sólo para interpelar a Marescal. Y ambos, desde el bordillo de la acera, con un palmo de na-

rices, vieron que el hombre de las gafas negras subía a un automóvil, se instalaba en él y, desde la ventanilla les saludaba con un sombrero.

Raúl, una vez en su casa, desenvolvió el papel dentro del que estaba la botella. Era una de esas viejas botellas de un litro de capacidad que se usan para aguas minerales, sin tapón, de vidrio opaco y negro.

La etiqueta, también sucia y polvorienta, pero que, no obstante, parecía haber estado protegida de la intemperie, llevaba una inscripción de grandes letras impresas que permitían leer fácilmente:

AGUA DE JUVENTA

Debajo figuraban varias líneas que le costó bastante descifrar y que constituían precisamente la fórmula de aquella Agua de Juventa:

Bicarbonato de sosa.	1349	gramos.
» de potasa.	0435	»
» de cal.	1000	»
etc...		

La botella no estaba vacía. En el interior se movía algo, una cosa ligera, que producía un ruidillo como el de un papel. Puso la botella boca abajo y agitola, pero nada salió. Entonces introdujo un cordel terminado en un gran nudo. Y, finalmente, a fuerza de paciencia consiguió extraer una hoja de papel arrollada y mantenida así por un cordón rojo. Una vez desenvuelta, vió que constituía solamente la mitad de una hoja ordinaria y

que la otra mitad, la inferior, había sido cortada o, mejor dicho, desgarrada de manera irregular. Había escritas en tinta, bastante borrosa por cierto, muchas letras que le permitieron formar estas frases:

La acusación es verdadera y mi confesión formal: yo soy el único culpable del crimen cometido; no se debe culpar a Jodot ni a Loubeaux.—Brégeac.

Raúl, al primer vistazo, había reconocido la letra de Brégeac. Estaba trazada con una tinta descolorida por el tiempo que, así como el estado del papel, permitía suponer que el documento databa de quince o veinte años atrás. ¿Cuál era el crimen? ¿Contra quién se había cometido?

Tras larga reflexión, concluyó a media voz:

—Toda la oscuridad del asunto provenía de que es doble, de que se mezclaban en él dos aventuras, dos dramas, el primero de los cuales era determinante del segundo. Uno de ellos era el del rápido, en que fueron personajes los hermanos Loubeaux, Guillermo, Jodot y Aurelia. Pero había un drama precedente, ocurrido hace tiempo, y dos de cuyos personajes, Jodot y Brégeac, son ahora enemigos. La situación, cada vez más compleja para quien no tuviese los elementos de juicio que yo tengo, resulta para mí cada vez más clara. ¡Se acerca la hora de la batalla! Y la finalidad es Aurelia o, más concretamente, el secreto que late en el fondo de sus hermosos ojos verdes. Quien por la fuerza, por la astucia o por el amor se adueñe durante unos instantes de su mirada y de su pensamiento, será dueño de ese secreto que tantas vícti-

mas ha causado ya. Marescal, además de sus pasiones, lleva la justicia, ese espantoso instrumento guerrero, al torbellino de venganzas, de odios y de ambiciones. Y yo me sitúo frente a todos...

Se preparó minuciosamente y con tanta más energía cuanto que cada uno de los adversarios multiplicaba las precauciones. Brégeac despidió a la enfermera que informaba a Marescal y a la camarera sobornada por Raúl, a pesar de no tener ninguna prueba formal contra ellas. Y fueron cerrados herméticamente los balcones de la fachada. Por otra parte, comenzaban a pasear la calle agentes de Marescal. El único que no aparecía era Jodot. Desarmado, sin duda, por la pérdida del documento en que Brégeac había consignado sus confesiones, habíase refugiado en lugar seguro.

Así pasaron quince días. Raúl había hecho que le presentaran con un nombre falso a la esposa del ministro que protegía abiertamente a Marescal, y había conseguido penetrar en la intimidad de aquella dama, algo madura, muy celosa y para la cual no tenía ningún secreto su marido. Las atenciones de Raúl la colmaron de júbilo. Y la buena señora, sin darse cuenta del papel que desempeñaba e ignorante, además, de la pasión de Marescal por Aurelia, tuvo a Raúl al corriente, hora por hora, de las intenciones del comisario, de lo que tramaba respecto a Aurelia y de los procedimientos que maquinaba para, con ayuda del ministro, derribar a Brégeac y a quienes le apoyaban.

Raúl tuvo miedo. Tan bien organizado es-

taba el ataque que hubo de preguntarse si no convendría tomar la delantera, raptando a Aurelia, para destruir así el plan del enemigo.

—¿Y luego?—se dijo—. ¿Qué ventajas me reportaría la lucha? El conflicto quedaría en pie. Y... ¡vuelta a empezar!

Supo resistir la tentación.

Cuando, cierto día, al caer de la tarde, volvió a su casa, se encontró con un billete femenino. La señora del ministro le enteraba de las últimas decisiones adoptadas, una de las cuales consistía en detener a Aurelia el día siguiente, 12 de julio, a las tres de la tarde.

—¡Pobre señorita de los ojos verdes!—pensó Raúl—. ¿Tendrá, como le he pedido, confianza en mí, contra todo y contra todos? ¿Será otra ocasión para que llore y se angustie?

Durmió tranquilamente, como un gran capitán en la víspera de un combate. A las ocho se levantó. Empezaba la jornada decisiva.

Hacia mediodía, cuando Victoria, su criada y antigua nodriza, entraba por la puerta del servicio con el bolso de la compra, seis hombres apostados en la escalera penetraron en la cocina.

—¿Está su señorito?—preguntó brutalmente uno de ellos—. No valen mentiras ¿eh? Soy el comisario Marescal y traigo una orden contra él.

La criada, lívida, temblorosa, murmuró:

—En su despacho...

—Guénos.

Tapó con la mano la boca de Victoria para que no pudiese avisar a su amo. Y caminaron todos por un pasillo, en cuyo extremo señaló la criada una habitación.

El adversario no tuvo tiempo de ponerse en guardia. Fué sujetado, derribado y atado como un saco. Marescal le dijo secamente:

—Usted es el jefe de los bandidos del rápido. Se llama Raúl de Limézy.

Y, dirigiéndose a sus hombres, añadió:

—Al Depósito. Aquí está la orden. ¡Y mucha discreción! ¡Ni una palabra sobre la personalidad del «cliente»! Usted, Tony, responde de él. Y usted, Labonce, también. Llévenle. A las tres estén frente a la casa de Brégeac. Entonces será la hora de la señorita y del padrastro.

Cuatro hombres se llevaron al «cliente». El otro, Sauvinoux, se quedó con Marescal.

Registraron el despacho, pero no encontraron lo que buscaban, o sea la botella en que Marescal, quince días antes, había podido leer en plena calle: «Agua de Juventa».

Fueron a comer a un restaurante cercano, pero volvieron a continuación. Marescal no cejaba.

Por fin, a las dos y cuarto, avistó Sauvinoux, en la cornisa de una chimenea, la famosa botella. Tenía puesto un tapón y estaba rigurosamente lacrada.

La sacudió y la colocó al trasluz de una bombilla eléctrica: contenía un papelito enrollado.

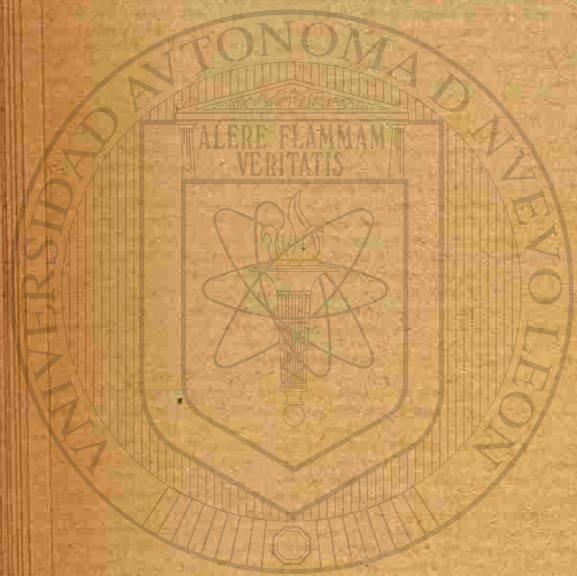
Vaciló. ¿Lo leería?

—No... No... Todavía no... ¡Delante de

Brégeac!... ¡Bravo, Sauvinoux! Tiene usted mucha vista.

Y se marchó murmurando, lleno de júbilo:

—Ahora ya nos hallamos cerca del fin. Brégeac está en mis manos. ¡No tengo más que apretar! Y la chica no tiene nadie que la defienda. Su galán está a la sombra. ¡Nos veremos las caras, preciosa!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX

VENTE CONMIGO

SERÍAN las dos de aquel mismo día cuando se estaba vistiendo la chica, como decía Marescal. Valentín, un viejo criado, que a la sazón integraba todo el personal de la casa, le había servido la comida en su habitación, y le había comunicado que Brégeac deseaba hablarle.

Acababa de salir de la enfermedad. Estaba pálida y muy débil. Y tenía que hacer un gran esfuerzo para presentarse erguida y con la cabeza alta frente al hombre detestado. Luego de ponerse carmín en los labios y en las mejillas, bajó.

Brégeac la esperaba en el primer piso, en su gabinete de trabajo, desahogada estancia con los balcones cerrados e iluminada por una lámpara.

—Siéntate—dijo el padrastro.

—No.

—Siéntate. Estás fatigada.

—Pues dime en seguida lo que tengas que decirme, para que pueda retirarme.

Brégeac dió unos paseos por la habitación. Su cara denotaba agitación y preocupaciones. Observaba a su hijastra disimuladamente, con tanta hostilidad como pasión, a la manera de un hombre que choca con una voluntad indomable. Y al mismo tiempo tenía lástima de ella.

Acercándosele y poniéndole una mano en el hombro, la hizo sentar a la fuerza.

—No seré pesado—avisó—. Lo que tengo que decirte es cuestión de pocas palabras. Y en seguida decidirás.

Aunque materialmente estaban cerca uno del otro, los separaba una distancia mayor que la que media entre dos adversarios. Brégeac lo notó, así como que todas las palabras que pronunciase no harían más que ensanchar el abismo existente entre ellos. Crispando los puños, dijo:

—Pero, ¿no comprendes que estamos rodeados de enemigos y que esta situación no puede durar?

La muchacha preguntó entre dientes:

—¿Qué enemigos son esos?

—No lo ignoras... Marescal te detesta y quiere vengarse...

Y en voz muy baja, con gran seriedad, explicó:

—Oye, Aurelia... Nos vigilan hace algún tiempo. En el ministerio registran mis cajones. Superiores, subordinados, todo el mundo va contra mí. ¿Por qué? Porque todos, quién más, quién menos, están a sueldo de Marescal y saben que tiene mucha influencia con el ministro. Y tú y yo estamos unidos, aunque quizá solamente por ser objeto de un odio co-

mún. Pero, además, nos ata el pasado, que es el mismo para ambos, quieras o no. Te he educado. Soy tutor tuyo. Mi ruina sería la tuya. Y hasta me pregunto si no quieren atacarte a ti precisamente por motivos que ignoro. Sí: tengo la impresión, por ciertos síntomas, de que a mí, en fin de cuentas, me dejarían en paz, pero que tú estás directamente amenazada.

La joven pareció desfallecer.

—¿Cuáles son los síntomas?

—No se trata solamente de síntomas—respondió Brégeac—. He recibido una carta anónima escrita en papel del ministerio. Es una carta absurda, incoherente, en que se me previene que van a empezar persecuciones contra ti.

Aurelia tuvo energía para decir:

—¿Persecuciones? ¿Está usted loco? ¿Qué importa una carta anónima?...

—Claro, claro... Será algún rumor estúpido recogido por cualquier subalterno... Pero el caso es que ese Marescal tiene osadía para todo...

—Si usted tiene miedo, váyase.

—Tengo miedo por ti, Aurelia.

—Yo no tengo nada que temer.

—Sí. Ese hombre ha jurado perderte.

—Entonces deje que me vaya.

—¿Te encuentras con fuerzas?

—Tendré toda la necesaria para salir de esta cárcel en que usted me sujeta y para no verle más.

Brégeac hizo un gesto de desaliento.

—Cállate... No podría vivir... He sufrido mucho durante tu ausencia. Y lo prefiero todo,

todo, antes que separarme de ti. Mi vida entera depende de tu mirada, de tu vida...

Ella se irguió, estremecida de indignación, para decir:

—Le prohibo que me hable así. Me juró que jamás oiría una de esas palabras, una de esas palabrotas abominables...

Y mientras ella se dejaba caer, agotada, el otro se apartaba para desplomarse en un sillón, donde quedó con la cabeza entre las manos y las espaldas sacudidas por sollozos, a la manera de un hombre vencido, para quien la existencia es un peso intolerable.

Tras un largo silencio, añadió con sorda entonación:

—Todavía somos más enemigos que antes de tu viaje. Has vuelto completamente cambiada... ¿Qué has hecho, Aurelia? No me refiero a lo hecho en Santa María, sino durante las tres primeras semanas en que yo te buscaba como un loco, sin pensar en el convento? Yo sabía que no amabas a ese miserable Guillermo. ¡Y, sin embargo, lo has seguido! ¿Qué ha sido de vosotros? ¿Qué ha sido de él? Recelo que han ocurrido acontecimientos muy graves. Se te nota inquietud. Cuando delirabas hablabas como quien huye sin cesar, como quien ve sangre y cadáveres...

La joven se estremeció.

—¡No, no, no es verdad!... Me habrá usted oído mal.

—¡Qué he de oír mal!—dijo él, moviendo la cabeza—. Ahora mismo tienes ojos de espanto... Parece que continúe tu pesadilla...

Y, acercándosele, agregó lentamente:

—Necesitas mucho descanso, pequeña. Y

precisamente eso es lo que deseaba proponerte. Esta mañana he pedido una licencia. Así es que podemos irnos juntos. Te juro que no pronunciaré una sola palabra que pueda ofenderte. Ni tan siquiera te hablaré de ese secreto que hubieras debido confiarme, ya que, en fin de cuentas, me pertenece tanto como a ti. No intentaré leer en el fondo de tus ojos dónde se esconde, a pesar de que frecuentemente, lo confieso, he intentado descifrar por la fuerza el enigma impenetrable. Dejaré en paz tus ojos, Aurelia. No te volveré a mirar. Mi promesa es formal. Pero ven, pequeña, pobrecita. Me da lástima que sufras esperando no sé qué. A tu llamamiento sólo puede responder la desgracia. Ven.

Pero ella guardaba silencio con una gran obstinación. El irremediable desacuerdo que había entre ambos constituía una imposibilidad para pronunciar cualquier palabra que no fuese una herida o un ultraje. La odiosa pasión de Brégeac les separaba más que muchas cosas pasadas y muchas profundas razones que siempre les habían producido choques entre uno y otro.

—Contesta—dijo finalmente el hombre.

Y ella declaró con firmeza:

—No quiero, no quiero soportar más la presencia de usted ni vivir en la misma casa. Me marcharé en cuanto tenga ocasión.

—Y seguramente en compañía, ¿no?—apuntó él sarcásticamente—. ¡Como la otra vez!... ¿También Guillermo?...

—Lo he despedido.

—Pues será otro: otro, al que seguramente

esperas ya. Tus ojos no cesan de mirar, tus oídos no cesan de escuchar... Ahora...

La puerta del vestíbulo se abrió y se cerró.

—¿Qué estaba diciendo? —exclamó Brégeac con maligna sonrisita—. ¡Ah! Que realmente me parece que esperas... y que vaya a venir alguien... No, Aurelia, no vendrá nadie: ni Guillermo ni quien no es Guillermo. La puerta ha sido abierta por Valentín, que vuelve del ministerio, adonde le envié para recoger mi correspondencia. Como no voy a ir...

Los pasos del doméstico se oyeron subiendo los escalones del primer piso y atravesando la antecámara. Por fin entró.

—¿Has hecho el encargo, Valentín?

—Sí, señor.

—¿Había cartas? ¿Había que firmar algo?

—No, señor.

—¡Hombre! ¿Y el correo?

—Acababa de ser entregado al señor Marescal.

—¿Y con qué derecho se atreve Marescal a eso?... ¿Estaba allí?...

—No. Se había marchado al momento de llegar.

—¿Se había marchado ya a las dos y media?... ¿Sería algún servicio?

—Sí, señor.

—¿Has procurado enterarte?

—Sí; pero en las oficinas no sabían nada.

—¿Iba solo?

—No; con Labonce, Tony y Sauvinoux.

—¿Con Labonce y Tony? —exclamó Brégeac—. ¿Entonces se trata de una detención? ¿Cómo no me han avisado? ¿Qué ocurre?

Valentín se retiró. Brégeac, mientras paseaba por la estancia, repetía con preocupación:

—Tony es la mano derecha de Marescal... Labonce, uno de sus favoritos... ¡Y todo eso prescindiendo de mí!...

Pasaron cinco minutos. Aurelia le miraba con angustia. Brégeac, de pronto, se dirigió a un balcón y entreabrió la puerta. Luego de escapársele un grito, volvió, balbuceando:

—Están en la esquina de la calle... Acechan...

—¿Quiénes?

—Tony y Labonce, los acólitos de Marescal.

—¿Y qué? —murmuró la joven.

—Que esos dos son los que él emplea para los casos graves. Esta misma mañana ha trabajado con ellos.

—¿Y están ahí? —preguntó Aurelia.

—Ahí están. Los he visto.

—¿Acaso va a llegar Marescal?

—Sin duda. Ya has oído lo que decía Valentín.

—Va a llegar... Va a llegar... —musitó la muchacha.

—¿Qué te pasa? —preguntó Brégeac, asombrado por aquella emoción.

—Nada —contestó ella, dominándose—. A veces se asusta una sin tener motivos para ello.

Brégeac reflexionó. También él procuraba dominar sus nervios. Y dijo:

—Es verdad. A veces se encalabrina uno por causas pueriles. Voy a interrogarles; tengo la certeza de que todo se aclarará. Estoy

absolutamente seguro de ello. Al fin y al cabo, los acontecimientos permiten creer que lo que está en vigilancia no somos nosotros, sino la casa de enfrente.

Aurelia levantó la cabeza.

—¿Qué casa?

—Es el trabajo a que me refería. Este mediodía han detenido en ella a un hombre... ¡Oh, si hubieras visto a Marescal cuando se ha marchado del despacho, allá a las once! Me he encontrado con él. ¡Qué expresión tenía de contento y de odio feroz! Me ha turbado. Ese odio sólo puede tenerlo contra una persona. Y esa persona soy yo o, mejor dicho, somos nosotros. Entonces pensé que la amenaza nos atañía.

Aurelia se irguió, más pálida aún.

—¿Qué dice? ¿Ha habido una detención en la casa de enfrente?

—Sí; han detenido a un tal Limézy, barón de Limézy, que se hace pasar por explorador. A la una he recibido noticias en el ministerio. Acababan de encerrale en el Depósito.

La joven ignoraba el nombre de Raúl. Pero recelaba que se trataba de él. Así es que preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién es ese Limézy?... ¿Qué ha hecho?...

—Según Marescal, el asesino del rápido, el tercer cómplice que buscan...

Aurelia estuvo a punto de caer. Ofrecía un aspecto de vértigo y demencia. Y tanteaba en el vacío para encontrar un punto de apoyo.

—¿Qué ocurre, Aurelia?... ¿Qué sucede?...

—Estamos perdidos—gimió ella.

—¿Qué quieres decir?

—Usted no puede comprenderlo...

—Explícate. ¿Conoces a ese hombre?

—Sí... Sí... Me ha salvado de Marescal, de Guillermo, de ese Jodot, a quien usted recibe... Y ahora nos hubiera salvado también.

Brégeac la miraba con estupor.

—¿Era él a quien esperabas?

—Sí—contestó la joven, distraída—. Me había prometido hallarse ahí... Y yo estaba tranquila... ¡Le he visto hacer cosas tan grandes!... ¡Cómo se burló de Marescal!...

—¿Entonces?...—insinuó Brégeac.

—Quizá fuera lo mejor—contestó ella con el mismo acento de pasmo—ponernos a salvo, tanto usted como yo... Hay asuntos que pudieran ser interpretados en contra suya... Son asuntos pasados...

—¿Estás loca?—dijo Brégeac, trastornado—. Nada ha ocurrido y, por mi parte, nada temo.

A pesar de ello, salió de la habitación, llevándose a la joven al rellano. Ella, sin embargo, resistió.

—¿Para qué?... Nos salvará... Vendrá... Se evadirá... ¿Por qué no esperarlo?

—Nadie puede evadirse del Depósito.

—¿De veras? ¡Dios mío! ¡Qué horror!

La muchacha no sabía qué determinación tomar. Espantosas ideas se arremolinaban en su cerebro de convaleciente: el miedo a Marescal... la detención inmediata... la policía irrumpiendo y retorciéndole las muñecas...

Finalmente, la decidió el espanto de su padastro. Llevada por un ímpetu de tempestad, corrió hasta su habitación y reapareció al momento con una maleta en la mano. Brégeac

también se había preparado. Parecían un par de criminales cuya única esperanza radicaba en una fuga desesperada. Bajaron la escalera y atravesaron el vestíbulo.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

— ¡Demasiado tarde! — musitó Brégeac.

— ¡Ca! — dijo Aurelia, animada por la esperanza. — Quizá sea él...

Pensaba en el amigo de la terraza conventual, el cual había jurado no abandonarla y salvarla, aunque fuera a última hora. ¿Acaso había obstáculos para él? ¿No dominaba los acontecimientos y a las personas?

Llamaron de nuevo.

El viejo criado salía del comedor.

— Abre — le dijo Brégeac en voz baja.

Se percibían cuchicheos y ruido de botas al otro lado de la puerta.

Alguien llamó.

— Abre — repitió Brégeac.

El doméstico obedeció.

Y apareció Marescal, acompañado de tres hombres: tres hombres de talante especial, a los que la joven conocía perfectamente. Por ello se pegó a la barandilla de la escalera, gimiendo en voz tan baja que solamente Brégeac pudo oír:

— ¡Dios mío! No es él.

Brégeac se irguió frente a su subordinado.

— ¿Qué desea? Le había prohibido que viniera aquí.

Marescal respondió sonriendo:

— Es cuestión del servicio, es orden del ministro, señor director.

— ¿Y esa orden se refiere a mí?

— A usted y a la señorita.

— Y ¿le obliga a echar mano de esos tres hombres?

Marescal se echó a reír.

— No. Ha sido una casualidad... Paseaban por ahí... Y hablábamos... ¿Le contraría?... Al entrar vió las maletas.

— ¡Ah! ¿Un viajecito?... Si me descuido un minuto, fracaso en la misión.

— ¡Señor Marescal! — dijo Brégeac con firmeza. — Si tiene una misión que cumplir, si tiene que comunicarme algo, acábemos pronto; aquí mismo.

El comisario, acercándosele, dijo duramente:

— Nada de escándalos ni de tonterías, Brégeac. Nadie, ni estos hombres, está enterado de nada. Hablemos en su despacho.

— ¿De qué?

— De lo que pasa. Tiene bastante gravedad. Si su hijastra no le ha hablado de ello, quizá crea preferible una explicación sin testigos. ¿Verdad, señorita?

Aurelia, lívida como una muerta, sin apartarse de la barandilla, parecía al borde de un desmayo.

Brégeac, sosteniéndola, dijo:

— Subamos.

Mientras la joven se dejaba llevar, Marescal dijo a sus hombres:

— No se mueva del vestíbulo ninguno de ustedes. Y que nadie entre ni salga, ¿eh? Usted — añadió dirigiéndose al criado — enciérrese en la cocina. Si arriba pasa algo daré un silbido para que Sauvinox acuda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—contestó Labonce.

—¿No habrá ningún fallo?

—Ninguno. Ya sabe usted que no somos unos párvulos y que les seguiremos como un solo hombre.

—¿Hasta contra Brégeac?

—¡Sí!

—¡Ah! la botella... ¡Dámela, Tony!

Agarró la botella o, mejor dicho, la caja que la contenía y, dando por bien tomadas sus disposiciones, subió vivamente la escalera y entró como amo y señor en el despacho de donde fuera expulsado ignominiosamente aun no hacía medio año. ¡Qué victoria para él! ¡Y con qué insolencia la dió a entender, moviéndose con sonoras pisadas y contemplando sucesivamente los retratos colgados a la pared que representaban a Aurelia, a Aurelia niña, a Aurelia adolescente, a Aurelia mayor!...

Brégeac inició una protesta. Pero Marescal le hizo sentar en seguida.

—¡Es inútil, Brégeac! No podrá conseguir nada. Y su debilidad proviene de que usted ignora las armas que tengo contra la señorita y, consecuentemente, contra usted. Cuando las conozca, quizá piense que su deber es acatarlas.

Ambos enemigos, en pie, uno frente al otro, se amenazaban con la mirada. Su odio era igual; estaba compuesto de ambiciones opuestas, de instintos contrarios y, sobre todo, de una rivalidad en la pasión que exasperaban los acontecimientos. Aurelia esperaba, cerca de ellos, sentada en una silla, pero con el busto erguido.

Como algo extraño, llamó la atención de Marescal el hecho de que la joven pareciera haberse tranquilizado. Aunque continuaba con el rostro contraído y con huellas de fatiga, no tenía, sin embargo, como al principio del ataque, el aire de víctima impotente y cazada. Tenía la misma actitud rígida que su padrastro le viera en el banco de Santa María. Sus ojos, grandes, abiertos, mojados por lágrimas que fluían a lo largo de sus pálidas mejillas, estaban fijos. ¿En qué pensaba? A veces se reanima uno al llegar al fondo del abismo. ¿Creería la joven que Marescal era accesible a la compasión? ¿Tendría un plan defensivo que permitiese escapar a la justicia y al castigo?

Marescal dió un puñetazo en la mesa.

—¡Vamos a ver!

Y, prescindiendo de la joven, se dirigió hacia el otro, acercándosele tanto, que tuvo que retroceder mientras oía:

—Es cosa de pocos minutos. Se trata de hechos, solamente de hechos, algunos de los cuales, Brégeac, le son conocidos, mientras la mayoría no han tenido más testigo que yo o solamente han sido comprobados por mí. No intente negarlos; se los diré tal como fueron, sencillamente. Son éstos. El veintiséis del pasado abril...

Brégeac se estremeció.

—El veintiséis de abril fué el día de nuestro encuentro en el bulevar Haussmann. Y también el día en que su hijastra se marchó de casa.

Y Marescal agregó claramente:

—Asimismo es el día en que fueron muertas tres personas en el rápido de Marsella.

—Pero, ¿qué relación ha de haber?—preguntó Brégeac, entrecortado.

El comisario le hizo una señal para que se calmara. Todo sería relatado a su debido tiempo, en orden cronológico. Y continuó:

—El caso es que el veintiséis de abril, el vagón número cinco de ese rápido estaba ocupado por cuatro personas. En el primer departamento iban una inglesa, miss Bakefield, ladrona, y el barón de Limézy, que dice ser explorador. En el departamento del fin iban dos hombres, los hermanos Loubaeux, que residían en Neuilly-sur-Seine. En el vagón anterior, o sea el cuarto, además de varias personas que no se han metido en nada y que de nada se dieron cuenta, iban un comisario de informes internacionales y un joven con una joven. Estos ocupaban solos un departamento, cuya luz habían apagado y cuyas cortinillas habían echado, como si fueran dormidos. Nadie, pues, ni aun el mismo comisario, pudo fijarse en ellos. Ahora bien: el comisario era yo, que vigilaba a miss Bakefield, y el joven era Guillermo Ancivel, zurupeto y ladrón, asiduo visitante de esta casa, que se marchaba furtivamente con su compañera.

—¡Mentira, mentira!—exclamó Brégeac con indignación—. Aurelia está por encima de toda sospecha.

—Yo no he dicho que la compañera fuese la señorita—replicó Marescal.

Y siguió diciendo fríamente:

—Hasta Laroche, nada. Y pasó media hora más, también sin nada de particular. Pero de

pronto, bruscamente, vino el drama. El joven y la joven, saliendo de la sombra, pasan del vagón número cuatro al número cinco. Van disfrazados con largas blusas grises, gorras y antifaces. El barón de Limézy les esperaba a la entrada del vagón número cinco. Entre los tres asesinan y desvalijan a miss Bakefield. El barón, luego, hace que le aten sus cómplices, quienes, continuando el camino, matan y despojan a los dos hermanos. A la vuelta topan con el revisor. Pelea. Pon fin huyen, mientras el revisor da con el barón de Limézy atado como una víctima y que dice haber sido robado también. Ya está el primer acto. El segundo empieza con la huida por los terraplenes y por el bosque. Pero ya se ha dado la voz de alarma. Me informo. Tomo rápidamente las disposiciones necesarias. ¿Resultado? Los dos fugitivos se ven en peligro. Uno escapa; el otro es detenido y encerrado. Me llaman. Voy a verle. Se halla en un lugar oscuro. Es una mujer.

Brégeac había ido retrocediendo como un borracho. Apoyado en el respaldo de un sillón, balbuceaba:

—¿Está usted loco?... ¡Vaya unas cosas incoherentes!... Sí: ¡está loco!...

Marescal, inflexible, continuó:

—Voy a terminar. Gracias al falso barón, en el cual confié equivocadamente, se salva la prisionera y se reúne con Guillermo Ancivel. Doy con sus huellas en Montecarlo. Luego pierdo el tiempo. Busco en vano... hasta el día en que se me ocurre la idea de volver a París para ver, querido Brégeac, si sus investigaciones habían sido más afortunadas y

había usted descubierto el refugio de su hijastra. De esa manera pude llevarle una delantera de varias horas para ir al convento de Santa María y llegar a cierta terraza donde la señorita se complacía en oír galanteos. Pero el galán no era Guillermo Ancivel, sino el barón de Limézy, o sea el tercer cómplice.

Brégeac escuchaba con espanto tan monstruosas acusaciones. Todo aquello debía parecerle tan implacablemente verdadero, explicaba tan lógicamente sus propias intuiciones, correspondía tan rigurosamente a las semiconfidencias que Aurelia acababa de hacerle respecto a su desconocido salvador, que ya no intentaba protestar. Observaba, en cambio, a la joven, inmóvil y muda, rígida. Las palabras pronunciadas no parecían llegar a ella. Parecía escuchar, más que aquellas voces, los rumores de fuera. ¿Acaso esperaba todavía una imposible intervención?

—¿Y qué?—preguntó Brégeac.

—Que, gracias a él—repuso el comisario—, consiguió escapar otra vez. Y le confieso que hoy siento ganas de reír, porque...

Bajó el tono.

—Porque ha llegado la hora de mi desquite... ¿Y qué desquite, Brégeac!... ¿Recuerda usted?... Hace seis meses... Fui despedido como un criado... Solamente faltó el clásico puntapié... Y ahora está en mi poder la jovencita... ¡Nada más!...

Giró la muñeca y el puño como quien da vuelta a una cerradura. Tan preciso era el gesto, indicaba tan claramente su espantoso propósito respecto a Aurelia, que Brégeac exclamó:

—¡No, no!... ¡Eso no puede ser así, Marescal!... ¿Verdad que no entregará a la chica?...

—En Santa María—replicó Marescal duramente—le ofrecí la paz. La rechazó. ¡Peor para ella! ¡Hoy es demasiado tarde!

Y como Brégeac se acercase tendiéndole las manos en actitud de súplica, cortó en seco tal movimiento, diciendo:

—¡Es inútil, completamente inútil!... ¿No me ha aceptado a mí? ¡Pues no tendrá a nadie!... La cosa no puede ser más justa. Al pagar los crímenes cometidos me paga el daño que me ha causado. Es preciso que sea castigada. Y yo me vengo castigándola... ¡Peor para ella!...

Daba patadas en el suelo o acompañaba sus imprecaciones con puñetazos en la mesa. Además, mascullaba injurias a Aurelia, muy propias de su grosero natural.

—¡Mírela, Brégeac! ¿Piensa ni por asomo en pedirme perdón? ¿Se humillará aunque usted incline la cabeza? Y ¿sabe usted por qué guarda esa mutismo y se muestra con esa energía contenida y arisca? ¡Porque todavía espera! Sí; tengo la convicción de que espera. Quien la ha salvado tres veces de mis garras la salvará la cuarta vez.

Aurelia no se movía.

Marescal agarró de pronto un aparato telefónico y llamó a la prefectura de policía.

—¿La prefectura?... Que se ponga al oído el señor Philippe... De parte del señor Marescal.

Volviéndose entonces hacia la joven, le aplicó al oído el auricular libre.

Aurelia no se movió.

Al extremo de la línea replicó una voz. Y el diálogo fué breve.

—¿Eres tú, Philippe?

—¿Marescal?...

—Sí. Oye. Junto a mí hay una persona a la que yo quería cerciorar de cierta cuestión. Responde claramente, pues, a la pregunta que voy a hacerte.

—Habla.

—¿Dónde estabas hoy a mediodía?

—En el Depósito, como tú me rogaste. He recibido al individuo que Labonce y Tony traían de tu parte.

—¿Dónde lo cogimos?

—En el piso que ocupaba en la calle de Courcelles, enfrente mismo de casa de Brégeac.

—¿Le han encerrado?

—En mi presencia.

—¿Qué nombre ha dado?

—El de barón de Limézy.

—¿De qué está inculcado?

—De ser el jefe de los bandidos del rápido.

—¿Le has vuelto a ver?

—Ahora mismo, en la oficina antropométrica. Todavía está allí.

—Gracias, Philippe. Eso quería saber. Adiós. Colgando el auricular, exclamó:

—¿Qué tal, querida Aurelia? ¿Dónde está el salvador? ¡A buen recaudo!

La joven dijo:

—Ya lo sabía.

El otro se echó a reír.

—¡Ya lo sabía! ¡Ya lo sabía! Pero, de todos modos, lo espera... ¡Tiene gracia!...

Sabe que está bajo el peso de toda la policía y de toda la justicia; que es un guñapo, un montón de miseria... ¡Y le espera!... ¿Se derrumbarán los muros de la cárcel?... ¿Le ofrecerán un auto los mismos guardianes? Ya está aquí. Y va a entrar por la chimenea o a filtrarse por el techo...

Estaba fuera de sí y, brutalmente, sacudía por un hombro a la joven, impasible y distraída.

—¡Nada, Aurelia, nada! Se acabaron las esperanzas. Al salvador le hemos hecho la pascua. Hemos archivado al señor barón. Y dentro de una hora te tocará el turno, pollita. Te raparán la cabeza, irás a Saint-Lazare, comparecerás en los tribunales... ¡Ah, mala persona! Ya he llorado bastante por tus hermosos ojos verdes. Ahora llorarán ellos...

No terminó la frase. Brégeac, que estaba detrás, se había levantado y le había agarrado por el cuello con sus manos febriles. La acción había sido espontánea. La primera vez que Marescal tocó el hombro de la joven, ya se dirigió hacia él, indignado por semejante ultraje. Marescal se doblegó ante el ímpetu inesperado. Y los dos hombres rodaron por el suelo.

La lucha fué encarnizada. Tanto uno como otro hacían gala de una rabia exacerbada por el odio de su rivalidad. Y si bien Marescal era más forzado y vigoroso, Brégeac estaba animado por tal furor, que el desenlace no se entrevió durante mucho tiempo.

Aurelia les miraba con horror; pero no se movía. Los dos eran enemigos de ella, los dos eran igualmente execrables.

Finalmente, Marescal, que había sacudido la opresión y apartado las manos mal intencionadas, procuró encontrar el propio bolsillo y sacar la browning. Pero el otro le retorció el brazo. Y lo más que consiguió fué coger el silbato que colgaba de la cadena del reloj. Resonó un silbido estridente. Brégeac redobló los esfuerzos para agarrar nuevamente por el cuello a su adversario. Y se abrió la puerta. Una silueta saltó a la habitación y se precipitó sobre los antagonistas. Casi al momento se encontró libre Marescal. Y Brégeac veía a un decímetro de sus ojos el cañón de un revólver.

—¡Bravo, Sauvinoux! —exclamó Marescal—. Será tenida en cuenta su excelente intervención, amigo mío.

Tan grande era su cólera que tuvo la cobardía de escupir a la cara de Brégeac.

—¡Miserable! ¡Bandido! ¿Crees que te vas a salir de rositas? Por de pronto vas a dimitir en seguida... Lo exige el ministro... Llevo la dimisión en el bolsillo... No tienes más que firmarla...

Exhibió un papel.

—Tu dimisión... y las confesiones de Aurelia... Lo he redactado de antemano... Firma, Aurelia... ¿Quieres leerlo? «Confieso que he participado en el crimen del rápido, sucedido el veintiséis del pasado abril; que he disparado sobre los hermanos Loubeaux; que...» etcétera. Es el resumen de la historia. No vale la pena de seguir... ¡Firma!... No perdamos el tiempo.

Había introducido un portaplumas en el tin-

tero y se obstinaba en metérselo a la fuerza entre los dedos.

Aurelia, pausadamente, apartó la mano del comisario, cogió el palillero y firmó, con arreglo al deseo de Marescal, sin tomarse la molestia de leer. La letra resultó firme. La mano no temblaba.

—¡Ah! ¡Ya está! —exclamó con un suspiro de satisfacción—. No creía terminar tan pronto. Te felicito, Aurelia, por haber comprendido la situación. ¿Y tú, Brégeac?

Éste movió negativamente la cabeza.

—¿Cómo? ¿Se niega el caballero? ¿Acaso presume que continuará en su cargo? ¡A lo mejor se figura que ha de ascender, aunque sólo sea como padrastro de una criminal! ¡Tiene gracia! El buen señor continuaría dándome órdenes, ¿no? ¡Eres delicioso, querido compañero! Ya te deshinchará el escándalo. Y mañana, cuando se lea en los diarios la detención de la chica, te verás obligado...

Los dedos de Brégeac apretaron el palillero que se le tendía. Al leer la carta de dimisión vaciló.

Aurelia le dijo:

—Firme.

Y firmó.

—Ya está —exclamó Marescal embolsillándose ambos papeles—. Un jefe, derribado, lo cual implica una plaza vacante que, por cierto, me ha sido prometida. Y la pequeña, en la cárcel, lo cual me curará poco a poco del amor que me torturaba.

Pronunció cínicamente tales palabras, descubriendo el fondo de su alma. Y añadió con carcajada cruel:

—No es esto todo, Brégeac, porque, lejos de abandonar la partida, pienso llegar más lejos.

Brégeac sonrió amargamente.

—¿Más lejos? ¿Para qué?

—Más lejos, sí, Brégeac. En lo de los crímenes de la muchacha estamos de acuerdo. Pero hay algo más.

Y hundía su mirada en los ojos de Brégeac, que murmuró:

—¿Qué quiere decir?

—Demasiado lo sabes. Si no lo supieras, y si no fuera verdad, no hubieras firmado ni admitirías que te hablase en este tono. Tu resignación es una confesión. Y si puedo tutear-te es porque temes.

El otro protestó.

—No temo nada. Lo que ocurre es que soporto el peso de lo que ha hecho esta desgraciada en un momento de locura.

—Y el peso de lo que tú has hecho, Brégeac.

—Aparte de lo de ella, no hay nada.

—Aparte de lo de ella—repitió Marescal sordamente—está el pasado. No hablemos del crimen de ahora. Pero, ¿y el de hace tiempo, Brégeac?

—¿El de hace tiempo? ¿Qué quiere decir eso?

Marescal dió un puñetazo, argumento supremo para él y que venía a ser como rúbrica de una expresión colérica.

—¿Aun quiere más explicaciones? Quien las ha de pedir soy yo. ¿Qué significa cierta expedición efectuada un reciente domingo, por la mañana, a orillas del Sena?... ¿Y tu vi-

gilancia ante la finca abandonada?... ¿Y la persecución del hombre del saco?... ¡Caramba! ¿Habré de recordarte que esa casa era la de los hermanos muertos por tu hijastra y que el hombre del saco era un tal Jodot, a quien actualmente hago buscar?... Jodot estaba asociado a los hermanos... A Jodot lo encontré tiempo atrás en esa casa... ¡Ah! ¡Cómo se encadena todo!... Y ¡cómo se atisba la relación entre todas esas maquinaciones!...

Brégeac, encogiéndose de hombros, tartajeó:

—Absurdos... Hipótesis idiotas...

—Hipótesis, sí, impresiones... La verdad era que no me detenían cuando yo, tiempo atrás, venía aquí y olisqueaba, como un buen perdiguero, todo cuanto había de molestia, de reticencia, de aprensión confusa en tus actos y en tus palabras... Pero esas hipótesis se han ido confirmando poco a poco desde hace algún tiempo... Y pronto serán certidumbre, Brégeac... No lo podrás evitar... Será una prueba irrecusable, una confesión que harás a pesar tuyo, y en seguida...

Cogió la caja que había dejado antes sobre la chimenea y la abrió. Contenía una de esas fundas de paja que sirven para proteger las botellas. Una había, la cual fué extraída por Marescal, que la puso ante Brégeac.

—Aquí la tienes, compañero... La reconoces, ¿verdad? Es la que robaste a Jodot, la que yo te cogí y la que otro me ha robado luego. ¿Quién es ese otro? El barón de Limézy, sencillamente. En su casa la he encontrado. ¿Comprendes mi alegría? Esta botella es un

verdadero tesoro. Aquí la tienes, pues, con su etiqueta y la fórmula de un agua cualquiera... ¡El agua de Juventa! Limézy la ha provisto de un tapón y sellado con lacre. Mírala. Dentro se ve un rollo de papel. Eso sería precisamente lo que deseabas quitarle a Jodot. Alguna confesión, ¿no? Alguna muestra comprometedora de tu letra, ¿eh?... ¡Oh, pobre Brégeac!...

Triunfaba. Mientras hacía saltar el lacre y descorchaba la botella, lanzaba al azar palabras e interjecciones:

— ¡Marescal, célebre en todo el mundo!... ¡Detención de los asesinos del rápido!... ¡El pasado de Brégeac!... ¡Qué efecto en los mundillos policíacos y judiciales!... ¡Sauvinox! ¿Tienes las esposas para la joven? Llama a Labonce y a Tony... ¡Oh! La victoria, la victoria completa...

Inclinó la botella. Salió el papel. Lo desplegó. Y, arrebatado por sus fogosos discursos, como un corredor al que su impulso precipita más allá de la meta, leyó, sin pensar al principio en la significación de lo que decía:

«Marescal es un idiota.»

X

HAY PALABRAS TAN IMPORTANTES COMO LOS
HECHOS

HUBO un silencio de estupor, que sirvió para prolongar la frase inconcebible. Marescal estaba alelado, como un boxeador que va a derrumbarse a consecuencia de un golpe en el vacío del estómago. Brégeac, amenazado siempre por el revólver de Sauvinox, también parecía desconcertado.

Y de pronto estalló una risa nerviosa, involuntaria, pero que, al fin y al cabo, sonaba alegremente en la densa atmósfera de la estancia. Era Aurelia, a quien el palmo de narices del comisario producía ese acceso de hilaridad, verdaderamente intempestivo. El mismo hecho de que la frase cómica hubiera sido pronunciada en alta voz por la persona ridiculizada en ella le arrancaba lágrimas de los ojos: «¡Marescal es un idiota!»

El calabacín la miró sin disimular su inquietud. ¿Cómo podía ocurrir que la joven pasara por tal crisis de alegría, dada la situación horrible en que se encontraba respec-

verdadero tesoro. Aquí la tienes, pues, con su etiqueta y la fórmula de un agua cualquiera... ¡El agua de Juventa! Limézy la ha provisto de un tapón y sellado con lacre. Mírala. Dentro se ve un rollo de papel. Eso sería precisamente lo que deseabas quitarle a Jodot. Alguna confesión, ¿no? Alguna muestra comprometedora de tu letra, ¿eh?... ¡Oh, pobre Brégeac!...

Triunfaba. Mientras hacía saltar el lacre y descorchaba la botella, lanzaba al azar palabras e interjecciones:

— ¡Marescal, célebre en todo el mundo!... ¡Detención de los asesinos del rápido!... ¡El pasado de Brégeac!... ¡Qué efecto en los mundillos policíacos y judiciales!... ¡Sauvinox! ¿Tienes las esposas para la joven? Llama a Labonce y a Tony... ¡Oh! La victoria, la victoria completa...

Inclinó la botella. Salió el papel. Lo desplegó. Y, arrebatado por sus fogosos discursos, como un corredor al que su impulso precipita más allá de la meta, leyó, sin pensar al principio en la significación de lo que decía:

«Marescal es un idiota.»

X

HAY PALABRAS TAN IMPORTANTES COMO LOS
HECHOS

HUBO un silencio de estupor, que sirvió para prolongar la frase inconcebible. Marescal estaba alelado, como un boxeador que va a derrumbarse a consecuencia de un golpe en el vacío del estómago. Brégeac, amenazado siempre por el revólver de Sauvinox, también parecía desconcertado.

Y de pronto estalló una risa nerviosa, involuntaria, pero que, al fin y al cabo, sonaba alegremente en la densa atmósfera de la estancia. Era Aurelia, a quien el palmo de narices del comisario producía ese acceso de hilaridad, verdaderamente intempestivo. El mismo hecho de que la frase cómica hubiera sido pronunciada en alta voz por la persona ridiculizada en ella le arrancaba lágrimas de los ojos: «¡Marescal es un idiota!»

El calabacín la miró sin disimular su inquietud. ¿Cómo podía ocurrir que la joven pasara por tal crisis de alegría, dada la situación horrible en que se encontraba respec-

to a él, jadeando bajo las garras del adversario?

—¿Acaso no es la misma situación?—debió decirse—. ¿En qué ha cambiado?

Y, sin duda, relacionaba aquella risa inopinada y la actitud extrañamente tranquila de la joven desde que empezara la lucha. ¿Qué esperaba? ¿Era posible que en medio de acontecimientos que hubieran debido ponerla de hinojos conservase un punto de apoyo cuya solidez le resultara inquebrantable?

Todo ello presentaba un cariz verdaderamente desagradable y dejaba entrever una trampa hábilmente preparada. Continuar allí implicaba un peligro. Pero, ¿por dónde amenazaba? Además, ¿cómo admitir la posibilidad de un ataque, siendo así que no había descuido ninguna medida de precaución?

—Si Brégeac resiste ¡se acabaron las contemplaciones!... ¡Una bala entre ceja y ceja!—ordenó a Sauvinoux.

Llegóse a la puerta y abrióla.

—¿No hay ninguna novedad por ahí abajo?

—Ninguna.

—¡Tony!... ¡Labonce!... ¿No ha entrado nadie?...

—Nadie, señor jefe. Pero, ¿ha ocurrido alguna escaramuza ahí arriba?

—No... No...

Cada vez más desconcertado volvió al despacho. Brégeac, Sauvinoux y la muchacha no se habían movido. Sin embargo—¡sin embargo!—, sucedía algo inaudito, increíble, no imaginable, fantástico, que le paralizó entre el marco de la puerta. Sauvinoux tenía en los

labios un cigarrillo apagado y contemplaba al recién entrado como si le pidiera fuego.

Era una visión de pesadilla, tan violentamente opuesta a la realidad, que Marescal no pudo encontrarle de buenas a primeras la verdadera significación que tenía. Sauvinoux, por una aberración que se le castigaría, quería fumar. Nada más. ¿Para qué buscar tres pies al gato? Pero, poco a poco, la cara de Sauvinoux se iluminó con una sonrisa de zumba, donde había tanta malicia e impertinencia bonachona que Marescal ya no pudo llamarse a engaño. Sauvinoux, el subordinado Sauvinoux, se trocaba insensiblemente en su espíritu en un nuevo ser que no era Sauvinoux, que no era un agente, que se pasaba al campo contrario. Sauvinoux era...

Marescal, en circunstancias ordinarias de su profesión, hubiera resistido más antes de creer en un hecho tan monstruoso. Pero los acontecimientos más fantasmagóricos le parecían naturales cuando se trataba de aquel a quien llamaba el hombre del rápido. Aunque Marescal no quiso pronunciar, ni en su fuero interno, las palabras inevitables de confesión y someterse a una realidad verdaderamente odiosa, ¿cómo esquivar la evidencia? ¿Cómo no darse cuenta de que Sauvinoux, notable agente recomendado por el ministro ocho días antes, era precisamente el infernal personaje a quien había detenido por la mañana y *que se encontraba actualmente en el Depósito, en las salas del servicio antropométrico?*

—¡Tony!—aulló el comisario saliendo por segunda vez—. ¡Tony! ¡Labonce! ¡Subid en seguida!

Llamaba, vociferaba, se movía, golpeaba, se daba contra las paredes como un moscón en los cristales de una ventana.

Sus hombres se le unieron rápidamente. Y les espetó:

—Savinoux... ¿Sabéis quién es Savinoux?...

El sujeto de esta mañana, el sujeto de enfrente.... Se ha escapado, se ha disfrazado...

Tony y Labonce parecían aniquilados.

El jefe deliraba. Los empujó al despacho y, empuñando su revólver, ordenó:

—¡Manos arriba, bandido! ¡Manos arriba!... ¡Labonce! ¡Apunta también tú!

El dichoso Savinoux, sin inmutarse, había plantado sobre la mesa un espejito de bolsillo ante el cual comenzaba a quitarse los afeites. Cerca de él había dejado la browning con que amenazaba a Brégeac varios minutos antes.

Marescal dió un salto hacia adelante, agarró el arma y retrocedió al momento, amenazando con ambos brazos.

—¡Manos arriba o disparo! ¿No lo oyes, cretino?

El cretino no parecía emocionarse. Sin hacer caso de las brownings encaradas a tres metros de él, se arrancaba los pelos que dibujaban patillas en su cara o que daban a sus cejas un espesor insólito.

—¡Voy a disparar! ¿No lo oyes, canalla? Cuando acabe de contar tres disparo. Una... Dós... Tres...

—Vas a hacer una majadería, Rodolfo—surró Savinoux.

Y Rodolfo hizo la majadería. Había perdido el juicio. Disparó con ambas manos, al azar,

sobre la chimenea, a los cuadros, estúpidamente, como el asesino que, embriagado por el olor de la sangre, se dedica a dar puñaladas sin ton ni son en el cadáver jadeante. Brégeac se acurrucó ante la granizada. Aurelia no se atrevió al menor gesto. Ya que su salvador no procuraba protegerla, ya que dejaba hacer, era que no había nada que temer. Tan absoluta era su confianza que casi sonreía. Savinoux, con un pañuelo empapado de grasa, se quitaba el colorete del rostro. Y Raúl aparecía poco a poco.

Seis detonaciones se habían producido. Aun flotaba humo. Había espejos rotos, mármoles quebrados, cuadros con orificios. ¡La habitación parecía haber sido tomada por asalto! Marescal, avergonzado por su crisis de demencia, se contuvo y dijo a sus dos agentes:

—Esperen en el rellano. Y en cuanto llame, vengan.

—¿Me permite, señor comisario?—insinuó Labonce—. Ya que Savinoux no es tal Savinoux, ¿no convendría atarlo? Le advierto que me olió a cuerno quemado desde que, la semana pasada, entró a sus órdenes. ¿Qué? ¿Le atamos entre los tres?

—Haz lo que te digo—ordenó Marescal, para quien la proporción de tres a uno no era, sin duda, suficiente.

Les hizo salir y cerró la puerta.

Savinoux acababa su transformación, volvía del revés la chaqueta, arreglaba el nudo de la corbata y se levantaba. Parecía otro. El policía de antes, pequeño, enclenque y lastimoso, era ya un buen mozo dominador, bien

vestido, elegante y joven, en quien Marescal reconocía a su habitual perseguidor.

—Tengo mucho gusto en saludarla, señorita—dijo Raúl—. ¿Puedo presentarme? Soy el barón de Limézy, explorador... y policía desde hace una semana. Me había usted reconocido en seguida, ¿verdad? Lo he adivinado en el vestíbulo. Guarde silencio. Pero ría. ¡Oh, su risa de antes! ¡Qué agradable era oírlo! ¡Y qué recompensa para mí!

A Brégeac le saludó diciendo:

—A su disposición, señor mío.

Y dirigiéndose a Marescal, añadió jocosamente:

—¡Buenos días, querido viejo! Tú no me habías reconocido, ¿verdad? ¡Aun te preguntarás cómo he podido ocupar el puesto de Sauvinox! Porque tú creerás en la existencia de Sauvinox, ¿no es eso? ¡Ay, Señor Omnipotente! ¿A quién contaremos que hay un hombre que ha creído en la existencia de Sauvinox y que ese hombre tiene un cargo de muchas ínfulas en el escalafón policíaco? No, simpático Rodolfo; Sauvinox no ha existido; Sauvinox es un mito; Sauvinox es un personaje irreal, cuyas cualidades han sido ponderadas a tu ministro y cuya colaboración te ha sido impuesta por el ministro mediando la intervención de su señora. Por eso, desde hace diez días, estoy a tus órdenes; es decir, te he llevado por el buen camino, te he indicado la morada del barón de Limézy, me he hecho detener esta mañana y he descubierto, allí donde yo la había ocultado, esa mirífica botella que proclama esta verdad fundamental: «Marescal es un idiota».

Diríase que el comisario iba a lanzarse sobre Raúl y agarrarle del cuello. Pero se dominó. Y Raúl continuó con el mismo tonillo de broma que daba seguridades a Aurelia y que dañaba a Marescal como un latigazo:

—¿No las tienes todas contigo, Rodolfo? ¿Qué te produce ese hormigueo? ¿Te molesta verme aquí y no en un calabozo? ¿Te preguntas cómo he podido, al mismo tiempo, ir a la cárcel como Limézy y acompañarte como Sauvinox? ¡Vaya un detective! ¡Pero si eso se le ocurre a un mocosuelo! Es, mi viejo Rodolfo, muy sencillo. Como quiera que la invasión de mi domicilio ha sido preparada por mí, he sustituido al barón de Limézy por un sujeto espléndidamente pagado, que tenía con el barón un parecido bastante vago y al cual dí como consigna la aceptación de todas las desdichas que hoy pudieran sucederle. Guiado por mi vieja criada, has embestido como un toro al sujeto en cuestión, al que yo, Sauvinox, he envuelto inmediatamente la cabeza con un pañuelo. Y... ¡en marcha hacia el Depósito!... ¿Resultado? Tú, desembarazado del temible Limézy y, por tanto, absolutamente tranquilo, has venido a detener a la señorita, cosa que no hubieras hecho de estar yo libre. *Pero era preciso que esto ocurriese.* ¿Lo oyes, Rodolfo? Era preciso. Era preciso, sí, que nos reuniéramos los cuatro. Era preciso arreglar todas las cosas de manera que no necesitaran más arreglos. Y ahora están bien, ¿verdad? ¡Qué a gusto se respira! ¡Qué libre se siente uno de tantas pesadillas! ¡Qué agradable es, incluso para ti, pensar que

dentro de diez minutos la señorita y yo vamos a decirte adiós!

Marescal, a pesar de la corrida en pelo que le estaban dando, había recobrado su sangre fría. Quiso aparentar tanta tranquilidad como su adversario. Y, con ademán negligente, cogió el teléfono.

— ¡Oiga!... ¿Quiere ponerme en comunicación con la prefectura de policía?... Gracias... ¿Es la prefectura?... Que se ponga al oído el señor Philippe... ¿Eres tú, Philippe?... ¡Ah! ¿Ya se han dado cuenta del error?... Sí. Estoy más al corriente de lo que te figuras... Oye... ¡Ven con dos ciclistas!... Aprisa, ¿eh?... Aquí, a casa de Brégeac... Llama... De acuerdo, ¿eh?... No hay que perder ni un minuto.

Dejó el aparato y miró a Raúl.

— Te has descubierto demasiado pronto, pollo—dijo, mofándose a su vez y visiblemente satisfecho de su nueva actitud—. El ataque ha fallado. Y ¡ya conoces la respuesta! En el rellano, Labonce y Tony. Aquí, Marescal y Brégeac, que, en fin de cuentas, no gana nada contigo. Eso, por de pronto, para el caso de que se te ocurriera la locura de libertar a Aurelia. Además, dentro de diez minutos, habrá tres especialistas de la prefectura. ¿Te basta?

Raúl se ocupaba muy seriamente en hincar cerillas en una ranura de la mesa. Plantó siete por la cola a continuación una de otra y la octava aparte.

— ¡Caramba! —exclamó—. ¡Siete contra uno! Eso es tremendo. ¿Qué va a pasar?

Alargó la mano con timidez hacia el teléfono.

— ¿Me permites?

Marescal le dejó hacer, aunque redoblando la vigilancia. Raúl, a su vez, dijo con el aparato a la boca:

— Central... Número Elíseo 22-23... Gracias... ¿Es el presidente de la República?... Señor presidente: envíe con urgencia al señor Marescal un batallón de cazadores de infantería...

Marescal, furioso, le arrebató el teléfono.

— Basta de tonterías, ¿eh? Supongo que no habrás venido aquí para hacer el bufón. ¿Qué te propones? ¿Qué deseas?

Raúl puso una cara de gran desolación.

— ¡No comprendes el humorismo! El caso es que pocas ocasiones habrá como ésta de bromear un poco.

— ¡Habla claro ya! —mandó el comisario.

Aurelia suplicó:

— Se lo ruego...

Raúl contestó riendo:

— Usted, señorita, teme a los individuos de la prefectura porque no suelen andar muy sobrados de cortesía. Tiene usted razón. Hablamos.

Su voz cobraba una entonación más seria. Y repitió:

— Hablemos... ya que te empeñas, Marescal. Además, hablar es obrar; y nada equivale a la fuerte realidad de ciertas palabras. Si yo soy el amo de la situación, lo soy por razones todavía secretas, pero que he de exponer si quiero dar a mi victoria una base inquebrantable y... convencerte.

- ¿De qué?
- De la inocencia absoluta de la señorita— pronunció claramente Raúl.
- ¡Ja, ja! ¿No ha matado a nadie?— preguntó jocosamente el comisario.
- No.
- ¿A que resulta que tú tampoco has matado a nadie?
- Tampoco.
- ¿Quién ha sido, pues?
- Otros.
- ¡Paparruchas!
- Verdades. En este asunto, Marescal, andas errado desde el principio al fin. Te repito que apenas conozco a la señorita, cosa que ya te advertí en Montecarlo. Cuando la salvé en la estación de Beaucourt sólo la había visto una vez, por la tarde, tomando el te en el bulevar Haussmann. Únicamente en Santa María hemos tenido algunas entrevistas. Pero en el curso de esas entrevistas ha evitado ella aludir a los crímenes del rápido y yo no la he interrogado nunca acerca de ellos. He llegado a la verdad prescindiendo de la interesada, gracias a mis tenaces esfuerzos y, sobre todo, a la convicción que, a pesar de ser instintiva, era tan fuerte como un razonamiento, de que con una cara tan pura no se puede ser criminal.
- Marescal se encogió de hombros y no contestó. A pesar de todo tenía curiosidad por conocer cómo interpretaba los acontecimientos el extraño personaje.
- Consultó el reloj y sonrió. Se acercaban Philippe y los sabuesos de la prefectura.
- Brégeac escuchaba sin comprender y mira-

ba a Raúl. Tampoco le quitaba ojo Aurelia, ganada de pronto por la inquietud.

Y Raúl dijo, empleando casi los mismos términos de que Marescal se había servido:

—El veintiséis del pasado abril, el vagón número cinco del rápido de Marsella solamente estaba ocupado por cuatro personas: una inglesa, llamada miss Bakefield...

Pero se interrumpió de pronto, reflexionó algunos segundos y continuó con tono resuelto:

—No, no hay que contarlos así. Hay que retroceder más lejos, hasta el origen mismo de los hechos, con objeto de desarrollar toda la historia, en la cual podrían considerarse dos épocas. Ignoro ciertos detalles, es verdad, pero lo que sé, y lo que puedo suponer con fundamento, basta para que todo se aclare y para que todo se encadene.

Y, lentamente, añadió:

—Hace unos dieciocho años... Dieciocho años, sí... Repito la frase, Marescal, porque marca una época de la historia... Hace dieciocho años, pues, en un café de Cherburgo se reunieron cuatro jóvenes de una manera bastante regular. Eran un tal Brégeac, secretario de la comisaría marítima; un tal Jaime Ancivel, un tal Loubeaux y un tal Jodot. Las relaciones fueron superficiales y no duraron mucho, pues como los tres últimos habían tenido cuentas con la justicia, el cargo del primero, es decir, de Brégeac, no le permitía continuar tales amistades. Además, Brégeac se casó y fué a vivir a París.

»El casamiento fué con una viuda, madre de una niña llamada Aurelia d'Asteux. El

padre de su esposa, Esteban d'Asteux, era un anciano procedente de provincias, inventor siempre al acecho de novedades y que varias veces había estado a punto de conquistar una gran fortuna o de descubrir el gran secreto que la proporciona. Por cierto que, algún tiempo antes de que su hija matrimoniara con Brégeac, parece ser que descubrió uno de esos secretos maravillosos. Así, al menos, lo asegura en cartas escritas a su hija a escondidas de Brégeac. Precisamente para demostrárselo hizo que fuera un día a visitarle junto con Aurelia, la niña. El viaje era clandestino, pero, desgraciadamente, llega a conocimiento de Brégeac. Y ello no fué más tarde, sino inmediatamente. Entonces Brégeac interroga a su esposa. Ésta, aunque callando lo esencial, como lo había jurado a su padre, y negándose a revelar el lugar visitado, hace determinadas confesiones que permiten creer a Brégeac que Esteban d'Asteux ocultó en alguna parte un tesoro. ¿Dónde? ¿Por qué no disfrutarlo en seguida? La vida del matrimonio se hace penosa. Brégeac se irrita cada vez más, importuna a Esteban d'Asteux, interroga a la niña, que no contesta, persigue a su mujer, la amenaza, vive en un estado de creciente agitación.

»Y he aquí que dos sucesos llevan al colmo su exasperación. Su mujer muere de una pleuresía. Y se entera de que su suegro D'Asteux, gravemente enfermo, está en peligro de muerte. ¡Terrible espanto para Brégeac! ¿Qué será del secreto si Esteban d'Asteux no habla? ¿Qué será del tesoro si Esteban d'Asteux lo lega a su nieta Aurelia «como regalo

cuando llegue a la mayor edad», según frase que se encuentra en una de sus cartas? ¿Se quedaría Brégeac sin nada? ¿Aquellas riquezas, que él suponía fabulosas, se limitarían a pasar por su lado? Era preciso enterarse a cualquier precio y por cualquier medio.

»Y ese medio se lo proporciona una funesta casualidad. Encargado de perseguir a los autores de un robo, echa la mano al trío de sus antiguos compañeros de Cherburgo: Jodot, Loubeaux y Ancivel. Grande es la tentación para Brégeac. Y accediendo a ella, habla. En seguida se cierra el trato, consistente en que los tres perillanes adquieran la libertad inmediatamente, a condición de marchar al pueblo provenzal donde agoniza el anciano y arrancarle, quieras que no, las indicaciones necesarias.

»Fracasa la trama. El viejo, atacado en plena noche por los tres forajidos, acuciado con brutalidad para que declare, muere sin decir una palabra. Los tres asesinos huyen. Y Brégeac tiene sobre la conciencia un crimen del que no ha sacado ningún beneficio.»

Raúl de Limézy, tras una pausa, observó a Brégeac, qué callaba. ¿Se negaría a protestar contra acusaciones inverosímiles? Parecía que todo aquello le fuera indiferente y que la evocación del pasado, aun cuando muy terrible, no pudiese aumentar su malestar presente.

Aurelia había escuchado con la cara entre las manos y sin manifestar tampoco sus impresiones. Pero Marescal recobraba poco a poco su aplomo, evidentemente asombrado de que Limézy revelara delante de él hechos tan

graves y de que le entregase, atado de pies y manos, a su viejo enemigo Brégeac. Nuevamente consultó su reloj.

Raúl prosiguió:

—Tenemos, pues, un crimen inútil, pero cuyas consecuencias se harán sentir duramente aunque la justicia no se haya enterado de nada. Por de pronto, uno de los cómplices, Jaime Ancivel, embarca, asustado, para América. Antes de partir lo cuenta todo a su mujer. Ésta se presenta a Brégeac y le obliga, con amenaza de denunciarle inmediatamente, a firmar un papel en que recabe para sí toda la responsabilidad del crimen cometido en la persona de Esteban d'Asteux y libre de ella a los tres culpables. Brégeac, por miedo, firma estúpidamente. Entregado a Jodot el documento, es encerrado por él y por Loubeaux en una botella que han encontrado bajo el almohadón de Esteban d'Asteux y que conservan, pase lo que pase. Desde entonces tienen cogido a Brégeac y pueden hacer de él cuanto quieran.

»Se han hecho con él. Bueno. Pero son unos mozos inteligentes que prefieren, más que dedicarse a menudencias, dejar que Brégeac vaya ascendiendo en su carrera. En el fondo no tienen más que una idea: el descubrimiento de ese tesoro, del cual Brégeac ha tenido la imprudencia de hablarles. Pero Brégeac no sabe una palabra. Ni nadie... excepto esta chiquilla, *que ha visto el paisaje* y que, en el misterio de su alma, guarda obstinadamente la consigna del silencio. Por lo tanto, hay que esperar y vigilar. Cuando la chica salga del convento en que Brégeac la ha encerrado, pondrán manos a la obra...

»Y la muchacha sale del convento. Al día siguiente de su llegada, hace un par de años, recibe Brégeac una cartita en que Jodot y Loubeaux le anuncian que están completamente a su disposición para buscar el tesoro. Que haga hablar a la pequeña y que les ponga al corriente. Si no...

»Eso, para Brégeac, es un mazazo. Como ya habían pasado doce años, suponía que el asunto estaba definitivamente enterrado. Realmente, ya no le interesaba. Además, le recordaba un crimen que le producía horror y una época que, al hacérsele presente, le causaba angustia... ¡Y he aquí que todas las infamias surgían de las tinieblas! ¡He aquí que aparecían los camaradas de antaño! Jodot le lleva hacia aquí. Se ve acosado. ¿Qué hacer?

»La pregunta es de esas que no tienen más que una contestación. Tanto si quiere como si no, ha de obedecer, es decir, ha de atormentar a su hijastra, ha de obligarla a que hable. Y se decide a ello, impulsado, también él, por las ganas de enterarse y de enriquecerse, que le invaden de nuevo. Desde entonces no pasa un día sin que haya interrogatorio, disputas y amenazas. La desdichada joven ve forzados sus pensamientos y sus recuerdos. Llamen reiteradamente a la puerta cerrada tras la cual, siendo niña, encerró un manojo pequeño y vago de imágenes y de impresiones. Quisiera vivir, pero no se le permite. Quisiera divertirse y hasta se divierte a veces, pues tiene trato con amigas, representa comedias, canta; pero luego sufre un martirio continuo.

»Y a ese martirio se une algo verdaderamente odioso, que apenas me atrevo a evocar:

el amor de Brégeac. No hablemos de ello. De eso, Marescal, sabes tú tanto como yo, puesto que, en cuanto viste a Aurelia d'Asteux, nació entre Brégeac y tú el odio feroz de dos rivales.

»Así es que, poco a poco, la víctima considera que la huida era la única solución posible. A ello le anima un personaje soportado de mala gana por Brégeac. Me refiero a Guillermo, el hijo del último compañero de Cherburgo. La viuda de Ancivel lo tenía como reserva. Y hasta aquí ha desempeñado su papel en la sombra, con habilidad y sin despertar desconfianza. Guiado por su madre y enterado de que Aurelia d'Asteux, cuando le quiera, tendrá libertad para confiarle su secreto, por ser el hombre escogido, sueña con hacerse amar. Y ofrece su ayuda. Llevará a la joven al Mediodía, donde precisamente, según dice, le reclaman asuntos particulares.

»Y llega el veintiséis de abril.

»Fíjate bien, Marescal, en la situación de los actores del drama en aquella fecha y en cómo se presentan las cosas. Por de pronto, la señorita abandona su cárcel. Contenta, a causa de la próxima libertad, ha accedido, por última vez, a tomar el te con su padrastro en una pastelería del bulevar Haussmann. Casualmente se encuentra contigo. Escándalo. Brégeac se la lleva. Pero ella se escapa y se reúne en la estación con Guillermo Ancivel.

»Guillermo, en aquella ocasión, perseguía dos finalidades. Al mismo tiempo que seduciría a Aurelia efectuaría un robo en Niza, bajo la dirección de la famosa miss Bakefield, a

cuya banda está afiliado. Y de esa manera, la infortunada inglesa se encuentra metida en un drama en el que no desempeñaba ningún papel.

»Volvamos a Jodot y a los hermanos Loubeaux. Estos tres han actuado tan hábilmente que Guillermo y su madre ignoran que han reaparecido y que les hacen la competencia. Pero los tres bandidos han seguido todas las maniobras de Guillermo, conocen todo lo que se hace y se proyecta en la casa. Y allí están el veintiséis de abril. Su plan es claro: raptarán a Aurelia y le obligarán, *sea como sea*, a hablar. Está claro, ¿no?

»Y ahora he aquí la distribución de las plazas ocupadas. Coche número cinco. A la cola, miss Bakefield y el barón de Limézy. A la cabeza, Aurelia y Guillermo Ancivel. ¿Te enteras, Marescal? *A la cabeza del coche*, Aurelia y Guillermo, no los dos hermanos Loubeaux, como se ha creído hasta aquí. Los hermanos, así como Jodot, están en otra parte: en el coche número cuatro, en el tuyo, Marescal, disimulados por la cortinilla de la lámpara. ¿Vas comprendiendo?

—Sí—dijo Marescal en voz baja.

—Menos mal. Sale el tren. Pasan dos horas. Estación de La Roche. Nuevamente en marcha. Es el momento. Los tres hombres del coche número cuatro, es decir, Jodot y los hermanos Loubeaux, salen de su oscuro departamento. Llevan antifaz, blusas grises y gorras. Penetran en el coche número cinco. En seguida, a la izquierda ven dos bultos dormidos: un hombre y una mujer, a la cual se adivina rubia cabellera. Jodot y el hermano

mayor se precipitan sobre ellos, mientras el otro queda en acecho. El barón es atontado y atado. La inglesa se defiende. Jodot la agarró del cuello. Solamente entonces se da cuenta del error cometido, de que no es Aurelia, sino otra mujer con los cabellos igualmente dorados. El hermano pequeño se adelantó a la sazón y se lleva a sus cómplices al final del pasillo, donde verdaderamente se encuentran Guillermo y Aurelia. Pero la cosa cambia allí. Guillermo ha notado ruido. Y se ha puesto en guardia, revólver en mano. El combate se decide inmediatamente, pues los dos hermanos caen de sendos tiros. Y Jodot huye.

»¿Verdad que coincidimos, Marescal? Tu error, también mío al principio, el error de la justicia, el error de todos, en una palabra, ha consistido en juzgar los hechos con arreglo a las apariencias y a una regla, que no deja de tener lógica, según la cual, cuando ocurre un crimen los muertos son las víctimas y los fugitivos son los criminales. No se ha pensado en que puede darse el caso contrario, el caso de que los agresores puedan ser muertos y que los atacados, sanos y salvos, puedan escapar. ¿Cómo no iba a pensar Guillermo en la huida? Esperar era un desastre.

»Guillermo, que es ladrón, no admite que la justicia se entremeta en sus asuntos, porque, a la menor averiguación, surgirán con toda claridad los misterios de su vida. ¿Se resignaría? Sería muy estúpido teniendo el remedio al alcance de su mano. Sin vacilar, pues, agarra a su acompañante y le hace ver lo que la aventura tiene de escandaloso, tanto

para ella como para Brégeac. La joven, inerte, con el cerebro trastornado, espantada por lo que ha visto y por la presencia de los dos cadáveres, deja hacer. Guillermo le pone a la fuerza la blusa y el antifaz del hermano más joven. También él se disfraza. Luego se la lleva, así como las maletas, para no dejar señales. Y corren ambos a lo largo del pasillo, se dan de manos a bocas con el revisor y bajan del tren.

»Media hora más tarde, Aurelia, luego de una espantosa persecución, es detenida, encarcelada, puesta frente a Marescal, su implacable enemigo. ¡Está perdida!...

»Pero he aquí que yo, con la mar de gracia, entro en escena...

Nada; ni la gravedad de las circunstancias, ni la actitud dolorosa de la joven, que lloraba recordando la maldita noche, nada podía impedir que Raúl hiciese el gesto del cómico que entra en escena. Se levantó, llegóse a la puerta y volvió a sentarse con todo el empaque y con toda la prosopopeya de un actor cuya intervención va a producir un efecto fulminante.

—Entro, pues, en escena—repitió sonriendo la mar de satisfecho—. ¡Ya era hora! Tengo la certeza de que, incluso tú, Marescal, te alegras de ver, ante la turbamulta de majaderos, a una persona decente que, antes de saber nada y simplemente porque la señorita tiene unos hermosos ojos verdes, se erige en defensor de la inocencia perseguida. Se trata de una voluntad firme, de una mirada clarividente, de unas manos tranquilizadoras, de un corazón generoso. ¡Se trata del barón de

Limézy! En cuanto aparece él, todo se arregla. Los acontecimientos se portan como buenos chicos y el drama termina en risa y buen humor.

Raúl da otro paseíto. Luego, inclinándose hacia la joven, le dice:

—¿Por qué llora, Aurelia? Todas esas cosas repugnantes han terminado; el mismo Marescal se inclina ante una inocencia reconocida por él. No llore, pues. Yo siempre entro en escena en el minuto decisivo. Es una costumbre a la que no dejo de ser fiel. Ya lo vería usted aquella noche: cuando Marescal la encerró, yo la salvé. Dos días después, en Niza, la salvo de Jodot. En Montecarlo y en Santa María vuelvo a salvarla de Marescal. Ahora mismo, ¿no me he presentado? Entonces, ¿a qué temer? Todo ha terminado. No tenemos otra cosa que hacer sino irnos tranquilamente, antes de que lleguen los dos polizontes y de que los soldados de infantería sitien la casa. ¿Verdad, Rodolfo, que no tienes ningún inconveniente en ello? ¿Verdad que la señorita está en libertad? ¿Verdad que te encanta este desenlace, muy acorde con tu espíritu justiciero y cortés? Vamos, Aurelia.

Aurelia echó a andar tímidamente, porque imaginaba que la batalla aun no se había ganado. Efectivamente: en el umbral de la puerta se irguió, inexorable, Marescal. Brégaac se le unió. Ambos hacían causa común contra el rival que triunfaba...

XI

SANGRE...

RAÚL se les acercó y, desdeñando a Brégaac, dijo tranquilamente al comisario:

—La vida parece muy complicada porque solamente la vemos mediante destellos inesperados. Eso ocurre con el asunto del rápido. Está tan enmarañado como un folletín. Los hechos estallan por casualidad, estúpidamente, como petardos que reventaran en el orden en que se les ha dispuesto. Pero un espíritu lúcido los pone en su sitio, de manera que todo resulte lógico, sencillo, armónico, natural como una página de historia. Esa página de historia es la que acabo de leerle, Marescal. Ahora ya conoces la aventura y sabes que Aurelia d'Asteux es inocente. Deja que se vaya.

Marescal frunció el ceño.

—No.

—Deja las terquedades, Marescal. Fíjate en que no bromeo, en que hablo seriamente. Lo único que te pido es que reconozcas tu error.

—¿Mi error?

Limézy! En cuanto aparece él, todo se arregla. Los acontecimientos se portan como buenos chicos y el drama termina en risa y buen humor.

Raúl da otro paseíto. Luego, inclinándose hacia la joven, le dice:

—¿Por qué llora, Aurelia? Todas esas cosas repugnantes han terminado; el mismo Marescal se inclina ante una inocencia reconocida por él. No llore, pues. Yo siempre entro en escena en el minuto decisivo. Es una costumbre a la que no dejo de ser fiel. Ya lo vería usted aquella noche: cuando Marescal la encerró, yo la salvé. Dos días después, en Niza, la salvo de Jodot. En Montecarlo y en Santa María vuelvo a salvarla de Marescal. Ahora mismo, ¿no me he presentado? Entonces, ¿a qué temer? Todo ha terminado. No tenemos otra cosa que hacer sino irnos tranquilamente, antes de que lleguen los dos pozos y de que los soldados de infantería sitien la casa. ¿Verdad, Rodolfo, que no tienes ningún inconveniente en ello? ¿Verdad que la señorita está en libertad? ¿Verdad que te encanta este desenlace, muy acorde con tu espíritu justiciero y cortés? Vamos, Aurelia.

Aurelia echó a andar tímidamente, porque imaginaba que la batalla aun no se había ganado. Efectivamente: en el umbral de la puerta se irguió, inexorable, Marescal. Brégaac se le unió. Ambos hacían causa común contra el rival que triunfaba...

XI

SANGRE...

RAÚL se les acercó y, desdeñando a Brégaac, dijo tranquilamente al comisario:

—La vida parece muy complicada porque solamente la vemos mediante destellos inesperados. Eso ocurre con el asunto del rápido. Está tan enmarañado como un folletín. Los hechos estallan por casualidad, estúpidamente, como petardos que reventaran en el orden en que se les ha dispuesto. Pero un espíritu lúcido los pone en su sitio, de manera que todo resulte lógico, sencillo, armónico, natural como una página de historia. Esa página de historia es la que acabo de leerle, Marescal. Ahora ya conoces la aventura y sabes que Aurelia d'Asteux es inocente. Deja que se vaya.

Marescal frunció el ceño.

—No.

—Deja las terquedades, Marescal. Fíjate en que no bromeo, en que hablo seriamente. Lo único que te pido es que reconozcas tu error.

—¿Mi error?

— ¡Claro! La señorita no ha matado a nadie por la sencilla razón de que no fué cómplice, sino víctima.

El comisario dijo sarcásticamente:

— Y si no ha matado, ¿por qué ha huído? Admito la fuga de Guillermo. Pero, ¿la de ella?... ¿Qué ganaba huyendo?... Además, ¿por qué no ha hablado? Al principio, entre quejas, suplicó a los gendarmes: «Quiero hablar con el juez, quiero contárselo...» Pero luego, ¡silencio!

— La objeción, Marescal, es importante— confesó Raúl—. Yo también he sido frecuentemente desconcertado por la obstinación de ese silencio, no alterada ni conmigo, que la socorría y que hubiera recibido un buen auxilio para mis investigaciones con su confesión. Pero sus labios permanecieron cerrados. Y solamente aquí, en esta casa, he resuelto el problema. Era preciso. Lee, Marescal, esta frase que figura entre las instrucciones que a la hora de su muerte le dejó su madre, la cual no se hacía ilusiones sobre Brégeac: *«Aurelia: pase lo que pase y cualquiera que sea la conducta de tu padrastro, no lo acuses jamás. Defiéndelo, aunque tengas que sufrir por él, aunque sea culpable. Yo he llevado su nombre.»*

Marescal objetó:

— ¡Pero si ella ignoraba el crimen de Brégeac! Y aunque lo hubiera sabido, ese crimen no tiene nada que ver con lo del rápido. Brégeac, por tanto, no podía andar mezclado en ello.

— Sí.

— ¿Por medio de quién?

— Por medio de Jodot.

— ¿Qué lo prueba?

— Las confidencias que me ha hecho la madre de Guillermo, o sea la viuda de Ancivel, a la que he visto en París, donde vive, y a la que he pagado espléndidamente una declaración escrita de todo cuanto sabe respecto al pasado y al presente. Su hijo le ha dicho que en el departamento del rápido, frente a la señorita, cerca de los dos hermanos muertos y luego de arrancarse el antifaz, Jodot juró, alargando el puño: «¡Aurelia! Si dices una palabra de esto, si hablas de mí, si me detienen, contaré aquel crimen. Brégeac fué quien mató a tu abuelo D'Asteux.» Esa amenaza, repetida después en Niza, fué lo que trastornó a Aurelia d'Asteux, reduciéndola al silencio. ¿He contado exactamente la verdad, señorita?

La joven murmuró:

— Exactamente.

— Por tanto, Marescal, ese silencio que te producía sospechas, es, por el contrario, una prueba en su favor. Te pido por segunda vez que la dejes marchar.

— No—dijo Marescal, golpeando el suelo con el pie.

— ¿Por qué?

La cólera de Marescal se desencadenó súbitamente.

— ¡Porque quiero vengarme! ¡Quiero el escándalo! ¡Quiero que se sepa la fuga con Guillermo, la detención, el crimen de Brégeac, todo! ¡Quiero deshonrarla y avergonzarla! ¿No me ha rechazado? ¡Pues que lo pague! ¡Y que lo pague Brégeac también! Tú has

sido bastante infeliz para proporcionarme detalles que me faltaban. Con ellos tengo cogidos a Brégeac y a la pollita mejor aún de lo que me figuraba... ¡Y a Jodot! ¡Y a los Ancivell! ¡Ni uno solo escapará! Y Aurelia está en el lote...

Deliraba de cólera y cubría la puerta con su alto cuerpo. En el rellano se oía a Labonce y a Tony.

Raúl había cogido de la mesa el trozo de papel sacado de la botella y en el que se leía la inscripción: «Marescal es un idiota». Lo desplegó negligentemente y entrególo al comisario.

—Toma; ponle un marquito y cuélgalo a la cabecera de tu cama.

—Gasta todas las guasitas que te vengan en ganas—profirió el otro—. Nada impedirá que estés en mi poder. La verdad es que ya me has hecho pasar muy malos tragos. ¡Je, je! ¿Y el timito del cigarrillo? ¿Quiere hacer el favor de darme fuego? ¡Sí, hombre, yo te daré fuego para que puedas fumar toda tu vida en presidio! ¿Crees que a fuerza de luchar contra ti no he llegado a comprender tu disfraz? ¿Crees que no sé quién eres? ¿Crees que no tengo todas las pruebas necesarias para desenmascararte? Mira, Aurelia, a tu enamorado galán. Y si quieres saber quién es piensa en el rey de los estafadores, en el más *gentleman* de los ladrones, y sabe que, en fin de cuentas, el barón de Limézy, falso noble y falso explorador, no es otro que...

Se interrumpió. Llamaban abajo. Eran Philippe y los dos polizontes. No podían ser otros.

Marescal se frotó las manos y lanzó un intenso suspiro.

—Me parece que ha llegado tu hora, Lupin... ¿Qué opinas?

Raúl miró a Aurelia. No pareció causarle gran efecto el nombre de Lupin. Escuchaba con angustia los ruidos del exterior.

—¡Pobre señorita de los ojos verdes!—exclamó Raúl—. Su fe todavía no es perfecta. ¿Por qué diablos se ha de preocupar con el tal Philippe?

Entreabrió el balcón y, dirigiéndose precisamente a uno de los que estaban en la acera, precisamente debajo de él, dijo:

—¿Es Philippe? De la Prefectura, ¿verdad?... Oiga, compañero. Tengo que decirle dos palabras, sin que se enteren sus tres polizontes. (¡Son tres, caramba!) ¿No me reconoce? Soy el barón de Limézy. ¡Aprisa! Marescal le espera.

Cerró el balcón.

—Eso marcha, Marescal. Cuatro por un lado y tres por otro, pues no cuento a Brégeac, que parece desinteresarse de la aventura. Son, pues, siete de pelo en pecho que no tienen conmigo ni para empezar. ¡Estoy estremecido! Y la señorita de los ojos verdes también.

Aurelia se limitó a sonreír, pues no pudo más que musitar sílabas ininteligibles.

Marescal esperaba en el rellano. La puerta del vestíbulo fué abierta. Subieron pasos precipitados. Pronto tuvo Marescal a su disposición, como si esperaran la carnaza, como si estuvieran a punto de desencadenarse, seis hombres. Luego de darles órdenes en voz baja, entró con la cara radiante.

—Nada de batallas inútiles... ¿Verdad, barón?...

—Nada de batallas, marqués. Me viene muy cuesta arriba la idea de matar a los siete. Por el número me parecería yo a Barba Azul.

—¿Me sigues, pues?

—Hasta el fin del mundo.

—¿Incondicionalmente?

—No; con una condición. Me has de alimentar bien.

—Conforme: pan seco, galleta de perros y agua—bromeó Marescal.

—No—dijo Raúl.

—Entonces, ¿quieres tu menú?

—El tuyo, Rodolfo: merengues de Chantilly, bizcochos al ron y vino de Alicante.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Marescal, sorprendido e inquieto.

—Una cosa muy sencilla. Que me invites a tomar el te y aceptaré sin cumplidos. ¿No tienes ninguna cita a las cinco?

—¿Una cita?—repitió Marescal, cada vez más desconcertado.

—Sí... Haz memoria... En tu casa... O, mejor dicho, en tu pisito de la calle de Duplan... ¿No ves allí todas las tardes y obsequias con merengues mojados en Alicante a la mujer de tu?...

—¡Silencio!—murmuró Marescal, completamente lívido.

Perdía todo su aplomo; ya no tenía ganas de bromear.

—¿Por qué quieres que guarde silencio?—preguntó Raúl ingenuamente—. Bueno. ¿Me invitas o no? ¿Quieres presentarme a?...

—¡Silencio! ¡Silencio!—repitió Marescal.

Fué hacia sus hombres y habló a solas con Philippe.

—Espera un instante, Philippe, porque hay que ultimar algún detallito. Y aleja a los agentes, para que no puedan enterarse.

Cerró la puerta, se acercó a Raúl y le dijo, mirándole de hito en hito, pero con voz apagada por desconfianza respecto a Brégeac y Aurelia:

—¿Qué significa todo eso? ¿Dónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio.

—¿Y esa alusión?... ¿Cómo sabes?...

—¿Cómo sé la dirección de tu pisito y el nombre de tu buena amiga? Me ha bastado con hacer contigo lo que he hecho con Brégeac, con Jodot y compañía, o sea una información discreta de tu vida íntima: información que me ha llevado hasta un misterioso pisito, coquetamente amueblado, donde recibes a señoras guapas. Sombra, perfumes, flores, vino dulce, divanes profundos como tumbas... ¡El Edén de Marescal!...

—¿Acaso no tengo derecho a ello?—masculló el comisario—. ¿Qué tiene que ver eso con tu detención?

—No tendría que ver nada si, desgraciadamente, no hubieras cometido la gansada (propia, al fin y al cabo, de un tonto) de escoger ese santuario de Cupido para guardar las cartas de esas señoras.

—¡Mientes! ¡Mientes!

—Si mintiese no tendrías el color de chivía que tienes.

—Concreta.

—En un armario hay un cofre secreto. En

el cofre secreto, una cajita. En la cajita, lindas cartas de mujer atadas con cintas de color. Con ellas se puede comprometer a dos docenas entre señoras de la buena sociedad y actrices cuya pasión por el bello Marescal se ostenta sin la menor cortapisa. Citaré alguna. La señora del fiscal B... La señorita X, de la Comedia Francesa... Y, sobre todo, la digna esposa, un poco madura, pero aun presentable, de....

— ¡Calla, miserable!

— Miserable—dijo Raúl tranquilamente—es quien aprovecha su buena figura para obtener protección y ascensos.

Marescal, con aire torvo y la cabeza inclinada, dió dos o tres vueltas a la habitación. Después se acercó nuevamente a Raúl y le dijo:

— ¿Cuánto?

— No entiendo...

— ¿Cuánto quieres por esas cartas?

— Treinta dineros, como Judas.

— En serio. ¿Cuánto?

— Treinta millones.

Marescal trepidaba de impaciencia y rabia.

Raúl, riendo, le dijo:

— No echas bilis, Rodolfo, porque soy un buen chico y me eres simpático. No te pido un céntimo por tu literatura cómico-amorosa. Eso no se paga. ¡Como que hay para divertirse durante meses y meses! Exijo....

— ¿Qué?

— Que depongas las armas, Marescal, con la consiguiente tranquilidad absoluta para Aurelia y para Brégeac y hasta para Jodot y los Ancivel, de los cuales me encargo. Como to-

do este asunto, desde el punto de vista político está gestionado personalmente por ti, como no hay ninguna prueba real ni ningún indicio serio, abandónalo para que así sea sobreesido.

— ¿Y me devolverás las cartas?

— No; las guardaré como rehenes. Cuando no te portes bien, publicaré algunas clara y crudamente. ¡Tanto peor para ti y para tus bellas amigas!

Gotas de sudor resbalaban por la frente del comisario, que pronunció:

— He sido traicionado.

— Quizá.

— ¡Sí, sí! Traicionado por *ella*. Hace algún tiempo noté que me espiaba. Y gracias a ella has llevado la cuestión donde querías, has sido recomendado por su marido y te has colocado junto a mí.

— ¿Qué le vamos a hacer? Son ardides de la guerra—repuso Raúl alegremente—. Si para combatir empleas tú medios tan poco limpios, ¿podía yo hacer otra cosa, tratándose de resguardar a Aurelia de tu odio abominable? Además, has sido muy simplín, Rodolfo. ¿Suponías que un sujeto de mi categoría iba a tumbarse a la bartola durante un mes, esperando los acontecimientos y tu conveniencia? El caso era que ya me habías visto trabajar en Beaucourt, en Montecarlo, en Santa María; y también habías visto cómo escamoteaba la botella y el documento. ¿Por qué no has tomado precauciones?

Le dió un golpecito en el hombro y añadió:

— ¡Vamos, Marescal, no te desanimes!

Cierto es que pierdes la partida; pero tienes la dimisión de Brégeac en el bolsillo y, como gozas de influencia, conseguirás el cargo prometido, lo cual significa un buen paso adelante. Ten la seguridad, Marescal, de que ya vendrán días mejores. Mas para ello tienes que desconfiar de las mujeres. Ni te sirvas de ellas para triunfar en tu profesión, ni te sirvas de tu profesión para triunfar sobre ellas. Dedícate a los lances amorosos, si te place, y a los lances policíacos, si te viene en gana; pero no seas un galanteador policíaco, ni un policía enamorado. Y, como resumen, un buen consejo: si alguna vez encuentras a Arsenio Lupin en tu camino, sal por la tangente. Un policía puede demostrar así su buen sentido. Da las órdenes oportunas. Y adiós.

Marescal se recomía interiormente y retorció con la mano una de las puntas de la barba. ¿Cedería? ¿Se lanzaría sobre el adversario y llamaría a los agentes? «Una tempestad en un cráneo—pensó Raúl—. ¡Pobre Rodolfo! ¿Para qué resistir?»

Rodolfo resistió mucho tiempo. Era demasiado perspicaz para comprender que toda resistencia no haría más que agravar la situación. Obedeció, pues, como hombre que reconoce no tener otro remedio. Llamó a Philippe y habló con él. A continuación se fué Philippe llevándose a todos sus compañeros, incluso a Labonce y Tony. La puerta del vestíbulo fué abierta y vuelta a cerrar. Marescal había perdido la batalla.

Raúl se aproximó a Aurelia.

—Todo está arreglado, señorita; no tene-

mos más que marcharnos. Tiene la maleta abajo, ¿verdad?

La joven murmuró como si se despertara de una pesadilla:

—¿Es posible?... ¿No hay peligro de cárcel?... ¿Cómo lo ha conseguido?...

—¡Oh!—dijo alegremente—. De Marescal puede obtenerse cuanto se desea por la suavidad y el razonamiento. Es un buen muchacho. Déle la mano, señorita.

Aurelia, en vez de darle la mano, pasó de largo y muy seria, al mismo tiempo que Marescal se volvía de espaldas, apoyando ambos codos en la chimenea y la cabeza entre las manos.

La joven, al acercarse a Brégeac, vaciló un poco; pero parecía indiferente y adoptaba una actitud extraña, de la que Raúl hubo de acordarse.

—¡Una palabra!—dijo Raúl deteniéndose en el umbral—. Me comprometo ante Marescal y su padrastro a llevarla a un refugio tranquilo donde no me vea durante un mes. Al mes iré a preguntarle cómo quiere disponer su vida. ¿De acuerdo?

—Sí—contestó ella.

—Entonces, ¡vámonos!

Y se fueron. En la escalera tuvo que sostenerla.

—Un automóvil está cerca de aquí—dijo Raúl—. ¿Podrá usted resistir una noche de viaje?

—¡Sí!—afirmó ella—. ¡Me da tanta alegría verme libre! —Pero en voz baja agregó: —¡Y tanta angustia!

Raúl, cuando salían, se estremeció. En el piso superior había sonado una detonación. A Aurelia, que no la había oído, le dijo:

—El auto está ahí a la derecha... ¿Lo ve? Dentro está la señora de que ya le hablé. Fue mi nodriza. ¿Quiere ir allí? Yo aun he de volver arriba para decir unas palabras, pero me reuniré en seguida con usted.

Y subió precipitadamente, mientras la joven se alejaba.

Brégeac agonizaba en aquella habitación, desplomado en un sillón, con el revólver en la mano y atendido por su criado y el comisario. De su boca salía sangre. Tuvo una convulsión postrera. Y ya no se movió más.

—Me lo debiera haber figurado—murmuró Raúl—. Su hundimiento, la marcha de Aurelia... ¡Pobre diablo! Ya ha pagado sus deudas.

Y a Marescal le dijo:

—Ponte de acuerdo con el criado y llama por teléfono a un médico que certifique una hemorragia. Se ha de evitar a cualquier precio que se trate del suicidio. Aurelia no sabrá nada por ahora. Y tú dirás que está enferma en casa de una amiga de provincias.

Marescal le agarró de la muñeca, exclamando:

—Contesta... ¿Quién eres? Lupin, ¿verdad?

—¡Caramba!—repuso Raúl—. Veo que la curiosidad profesional vuelve por sus fueros.

Se puso frente al comisario, de perfil y en escorzo, y dijo guasonamente:

—Lo has acertado, grande hombre.

Bajó apresuradamente y se reunió con Au-

relia, a la cual la vieja señora instalaba en el fondo de una cómoda *limousine*. Raúl, luego de dirigir por habitual precaución una mirada circular a la calle, dijo a su nodriza:

—¿No has visto a nadie rondar alrededor del auto?

—A nadie—confesó ella.

—¿Estás segura? ¿No has visto a un hombre bastante grueso acompañado de otro que lleva un brazo en cabestrillo?

—¡Sí, sí! Iban y venían por la acera, pero más allá.

Se marchó prestamente y alcanzó en un paraje cercano a la iglesia de San Felipe du Roule a dos individuos, uno de los cuales llevaba un brazo en cabestrillo.

Les dió sendas palmadas en la espalda y les dijo alegremente:

—Pero ¡hombre!... ¿Que no nos conocemos?... ¿Cómo va eso, Jodot? ¿Cómo va eso, Guillermo Ancivel?

Se volvieron. Jodot, decentemente vestido, con su busto enorme y su cara de dogo malhumorado, no demostró ningún asombro.

—¡Ah! Usted es el de Niza, ¿no? Ya decía yo que era usted el que acompañaba hace un momento a la pequeña.

—Y el de Toulouse también—dijo Raúl a Guillermo.

Y a continuación agregó:

—¿Qué se hacía por aquí, mocitos? Se vigilaba la casa de Brégeac, ¿eh?

—Hace dos horas—contestó Jodot con petulancia—. Hemos visto la llegada de Marescal, las maniobras de los polizontes, la salida de Aurelia, todo.

—¿Y qué?

—Que le supongo al corriente de la cosa, que habrá pescado a río revuelto y que picará soleta con Aurelia mientras Brégeac se las tiene tiesas con Marescal. Habrá dimisión, habrá detención...

—Brégeac acaba de suicidarse —anunció Raúl.

Jodot sobresaltóse.

—¿Cómo?... ¿Ha muerto Brégeac?

Raúl les arrimó a la iglesia.

—Escuchadme. He procurado que no os veáis mezclados en este asunto. Tú, Jodot, mataste al viejo D'Asteux, a miss Bakefield y a los dos hermanos Loubeaux, amigos, socios y cómplices tuyos. ¿He de entregarte a Marescal?... En cuanto a tí, Guillermo, has de saber que tu madre me ha vendido todos sus secretos a cambio de una buena suma y con la condición de que no seas molestado. Lo he prometido así, en lo referente al pasado. Pero si vuelves a las andadas, la promesa no me obliga. ¿Tendré que entregarte a Marescal, luego de romperte el otro brazo?

Guillermo, cohibido, hubiera querido dar media vuelta. Pero Jodot se engalló.

—Así es que el tesoro, en fin de cuentas, será para usted, ¿no?

Raúl se encogió de hombros.

—¿Acaso crees en el tesoro?

—¡Claro! Hace más de veinte años que trabajo por él. Y ¡la verdad! estoy harto de sus manejos para birlármelo.

—¿Birlártelo? Primero habías de saber dónde está y en qué consiste.

—Yo no sé nada. Pero tampoco sabe usted.

Y lo mismo le ocurre a Brégeac. Pero la pequeña sabe algo. Por eso...

—¿Quieres que vayamos a partir? —preguntó Raúl riendo.

—No es menester. Me basto para tomar mi parte, que no será maleja. Y ¡ay de los que me estorben! Estoy jugando con mejores cartas de las que usted se figura. ¿Enterado? Pues ¡adiós!

Raúl miró cómo se marchaban. Le fastidiaba el incidente. ¿Qué diablos proyectaría aquel avechicho de mal agüero?

—¡Bah! —se dijo finalmente—. Si quiere correr detrás del auto podrá darse una buena carrerita de cuatrocientos kilómetros.

A las doce del siguiente día despertóse Aurelia en una clara habitación, desde la cual veía, descollando sobre vergeles, la sombría y majestuosa catedral de Clermont-Ferrand. Una antigua pensión, transformada en casa de recreo y situada en un altonazo, le brindaba el asilo más discreto y adecuado para restablecer definitivamente su salud.

Allí pasó tranquilamente varias semanas sin hablar más que con la nodriza de Raúl, paseando por el parque, soñando durante horas enteras, con los ojos fijos en la ciudad o en las montañas de Puy-de-Dôme, cuyos primeros contrafuertes eran las colinas de Royat.

Raúl no fué ni una sola vez a verla allí. La joven encontraba en su habitación flores y frutas, libros y revistas que la vieja señora dejaba allí. Él se escondía por los senderos que serpenteaban entre las viñas de los secanos próximos. La contemplaba y le dirigía

mentalmente frases en que se exhalaba su pasión, cada vez mayor.

Por los gestos de la joven y por su manera de andar comprendía Raúl que la vida volvía de nuevo, como sucede en un manantial casi agotado que de nuevo ve afluir el agua fresca. Quedaban en la sombra las horas terribles, las caras siniestras, los cadáveres y los crímenes. Y, sobre el olvido, se esparcía una dicha tranquila, seria, sin preocupaciones, al abrigo del pasado y hasta del porvenir.

— ¡Eres feliz, señorita de los ojos verdes! — decía Raúl—. La felicidad es un estado de ánimo que permite vivir en el presente. Así como la pena se nutre de recuerdos desagradables y de esperanzas en que no cree, la felicidad se mezcla a todas las menudencias de la vida cotidiana y las transforma en elementos de alegría y serenidad... ¡Eres feliz, Aurelia! Cuando coges flores o te acomodas en el diván, tienes una actitud de satisfacción.

A los veinte días, Raúl le propuso por carta una excursión en automóvil para una mañana de la semana siguiente. Tenía que decirle cosas importantes.

La joven, sin titubeos, hizo contestar aceptando.

La mañana señalada acudió por caminitos rocosos a la carretera en que la esperaba Raúl. Al verle, se detuvo, inquieta y confusa de pronto, como mujer que se pregunta, en un minuto solemne, hacia dónde se dirige y adónde la llevan las circunstancias. Pero Raúl, acercándose, le hizo una seña para que callara. Ya diría él lo que hubiese que decir.

—No he dudado de que vendría. Sabía que

debíamos volver a vernos porque la trágica aventura no ha terminado y determinadas resoluciones están en suspenso. ¿Cuáles? No le deben importar gran cosa. Me ha encargado usted que lo arregle todo, que lo ordene todo, que lo resuelva todo; pero me ha de obedecer lisa y llanamente y se ha de dejar llevar de la mano. Además, pase lo que pase, no ha de tener miedo. ¡Ya se ha terminado el miedo que trastorna y presenta visiones infernales! ¿Verdad que sí? Sonría de antemano a los acontecimientos y acójalos como si fueran amigos.

Le tendió la mano. Aurelia dejó que le apretara la suya. Hubiera querido hablar para decirle que le estaba muy agradecida, que confiaba en él... Pero comprendiendo quizá que eran inútiles tales palabras, calló. Y se marcharon, atravesando la estación termal y el viejo poblado de Royat.

El reloj de la iglesia señalaba las ocho y media. Era sábado, 15 de agosto. Las montañas se dibujaban bajo un cielo espléndido.

No cruzaron ni una palabra, aunque Raúl no cesaba de hablarle tiernamente en su interior.

—¿Verdad que no me detesta, señorita de los ojos verdes? ¿Verdad que ha olvidado la ofensa de cuando nos conocimos? Tanto respeto le profeso, que no quiero acordarme de la ofensa cuando estoy con usted. ¡Vamos! Sonríame, ya que tiene la costumbre de pensar en mí como en su genio protector. Y al genio protector se le sonríe.

La joven no sonreía; pero Raúl la notaba amigable y cercana.

El auto no corrió más de una hora. Dieron la vuelta a la colina de Dôme y se metieron en un camino bastante estrecho que se dirigía hacia el sur, serpenteando en las subidas y bajadas de las cuestas que formaban verdes valles y estaban amenizadas por oscuros bosques.

Luego el camino se estrechó más, se desenvolvió por una región desierta y seca y se hizo abrupta. Estaba cubierto por placas de lava enormes, desiguales y mal ajustadas.

—Es una antigua calzada romana — dijo Raúl—. No hay rincón de la vieja Francia en que no se encuentre algún resto análogo, alguna vía de César.

La muchacha no contestó. Parecía haberse puesto de repente pensativa y distraída.

La antigua calzada romana casi no era más que un camino a propósito para cabras. Fué penoso marchar por ella. Luego dieron con una pequeña meseta, con un pueblo casi abandonado, cuyo nombre—Juvains—leyó Aurelia en un poste. Después encontraron un bosque y una llanura de exuberante verdor, de amable aspecto. Posteriormente, la calzada romana trepaba rectamente entre taludes de espesa hierba. Se detuvieron al pie de aquella escalera. Aurelia estaba cada vez más ensimismada. Raúl no dejaba de observarla ávidamente.

Habiendo subido las losas dispuestas en escalones, llegaron a una ancha y circular faja de tierra que encantaba por la frescura de sus plantas y de su césped. Estaba limitada por una alta pared de ladrillos, cuyo cemento no había sido alterado por la intemperie y

que se perdía a lo lejos, tanto a la derecha como a la izquierda. En ella había una gran puerta, cuya llave obraba en poder de Raúl. Abrió. El terreno continuaba en cuesta. Cuando llegaron a lo alto vieron ante ellos un lago, inmóvil como si fuera de hielo y situado en lo profundo de una casona rocosa que lo dominaba regularmente.

Aurelia, por primera vez, hizo una pregunta que denotaba todo el trabajo de reflexión que se verificaba en ella.

—¿Puedo preguntarle si al traerme aquí, en vez de llevarme a otra parte, tenía algún motivo determinado? ¿Es casualidad?

—El espectáculo, realmente, es triste—dijo Raúl sin contestar directamente—. Pero, con todo y con eso, tiene una aspereza, una melancolía salvaje no exenta de carácter. Según me han dicho, los turistas no vienen nunca por aquí. No obstante, ahora hay quien pasea en barca, como usted puede ver.

La condujo hacia un viejo bote sujeto por una cadena a una estaca. La joven se acomodó sin decir palabra. Raúl empuñó los remos. Y se marcharon suavemente.

El agua, de color pizarroso, no reflejaba el azul del cielo, sino más bien el tinte sombrío de nubes invisibles. Al fin de los remos brillaban gotas que, por lo pesadas, parecían mercurio. Causaba asombro que el bote pudiera penetrar en aquel elemento casi metálico. Aurelia hundió en él la mano, pero tuvo que retirarla en seguida de tan frío y desagradable que era.

—¡Oh!—exclamó, suspirando.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Raúl.

—Nada... Al menos no lo sé...

—Está inquieta, emocionada...

—Emocionada, sí... Recibo impresiones que me asombran, que me desconciertan... Me parece...

—¿Qué le parece?

—No sabría decirlo... Me parece que soy otra persona y que quien está junto a mí no es usted... ¿Lo comprende?

—Lo comprendo—contestó Raúl sonriendo. La joven murmuró:

—Pues no me lo explique. Lo que experimento me produce daño. Sin embargo, por nada del mundo quisiera dejar de experimentarlo.

El anfiteatro de montañas, en lo alto de las cuales aparecía el muro de vez en cuando y que se desenvolvían en un radio de quinientos a seiscientos metros, presentaba al fondo una depresión en que comenzaba un estrecho desfiladero, cuyas altas murallas le ocultaban a los rayos del sol. Entraron en él. Las rocas eran más negras y más tristes. Aurelia las contemplaba con asombro y levantaba los ojos hacia las raras siluetas que formaban: leones acurrucados, robustas chimeneas, estatuas desmesuradas, gárgolas gigantescas.

Y cuando llegaron a la mitad de aquel fantástico corredor recibieron súbitamente una oleada de rumores lejanos e indistintos que venían, por el mismo camino que ellos, de los parajes que habían dejado poco más de una hora antes.

Eran sonos de campanas y campanitas, canciones de bronce, notas alegres y jubilosas,

un temblor de música divina en medio de la cual gruñía el bordón de una catedral.

La joven desfallecía. También ella comprendía el alcance de su turbación. Resonaban en su interior y a su alrededor las voces del pasado, de aquel pasado misterioso que procuraba no olvidar. Unas veces chocaban con los reductos en que el granito se mezclaba con la lava de los antiguos volcanes. Otras veces saltaban de una roca a otra, de gárgola en gárgola, resbalaban en la tersa superficie del agua, subían hasta el campo azul del cielo, se desplomaban como polvo de espumas hasta el fondo del abismo y, finalmente, se marchaban en ecos saltarines hasta la otra salida del desfiladero, donde chispeaba la luz del pleno día.

Aurelia, exasperada y palpitante a causa de los recuerdos, intentó luchar y se irguió para no sucumbir a tantas emociones. Pero ya no le quedaban fuerzas. El pasado la doblaba como una rama bajo el viento. Y se inclinó, murmurando entre sollozos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién es usted?

La joven parecía estupefacta ante el prodigio inconcebible. Nunca había revelado el secreto que se le confiara. Desde su infancia guardó celosa y piamente en su memoria un tesoro de recuerdos que, por mandato de su madre, no había de entregar sino a quien amase. Y ahora sentíase muy débil ante aquel hombre desconcertante que leía en lo más profundo de su alma.

—¿Verdad que no me he engañado? ¿Verdad que es aquí?—dijo Raúl, infinitamente

conmovido por la deliciosa languidez de la joven.

—Aquí es—bisbiseó Aurelia—. Mientras caminábamos, las cosas se me aparecían como ya vistas... El camino, los árboles, el camino de lasas que subía entre dos taludes, el lago, las rocas, el color y la temperatura del agua y, sobre todo, los sonidos de las campanas... ¡Oh! Son los mismos de antaño... Han venido a buscarnos en el mismo lugar en que estuvimos mi madre, mi abuelo y yo, que era una niña. También entonces, como hoy, salimos de la sombra para entrar en esta parte del lago. Brillaba el mismo sol...

La joven había levantado la cabeza para mirar mejor. Efectivamente: ante ellos se abría otro lago, más pequeño, pero más grandioso, con montañas de mayor elevación y un aspecto de soledad todavía más agreste y agresivo.

Los recuerdos resucitaban uno a uno. La joven los recitaba dulcemente, junto a Raúl, como si fueran confidencias hechas a un amigo. Evocaba a una niña feliz, despreocupada, divertida por el espectáculo de las formas y de los colores que hoy contemplaba con los ojos bañados en lágrimas.

—Parece—dijo Raúl, entrecortado por la emoción—que me haga viajar a través de su vida. Y experimento tanto placer en ver lo que fué aquel día como usted en recordarlo.

Aurelia continuó:

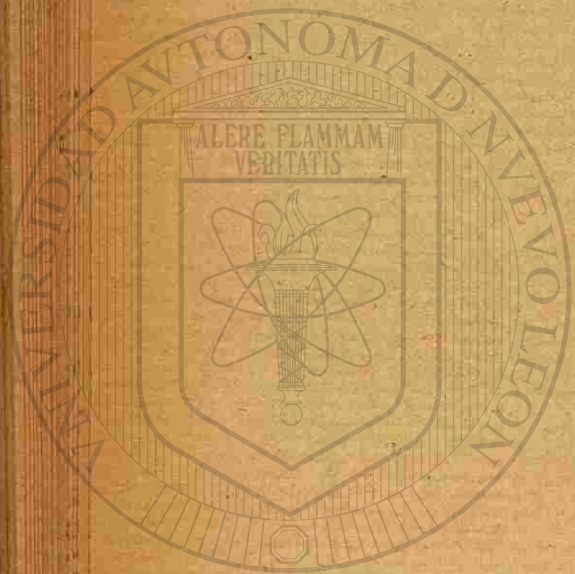
—Mi madre estaba sentada donde usted se halla, y mi abuelo frente a ella. Yo cogía la mano de mamá. Me acuerdo ¡de ese árbol solitario que crece en ese hoyo y de esas gran-

des manchas de sol que se marcan en esa roca... Todo se estrecha, como entonces; ya no hay paso, pues se da con la punta del lago... El lago es alargado y curvo como una media luna... Veremos una playa pequeñita que está en el mismo extremo... ¡Aquí está!... A la izquierda, una cascada que sale de la montaña... Hay otra a la derecha... Ahora verá la playa... Brilla como si fuera de mica... A continuación hay una gruta... Estoy cierta, sí... Y a la entrada de esa gruta...

—¿Qué?

—Había un hombre esperándonos... Era un hombre raro, con larga barba gris y vestido con una blusa de lana de color tostado... Desde aquí se le veía, pues era muy grande y estaba en pie. ¿No vamos a verlo?

—Me figuraba que sí—afirmó Raúl—. Y me asombra no verlo. Casi son ya las doce. Y para las doce estaba señalada nuestra cita.



XII

AGUA QUE SUBE

DESEMBARCARON en la pequeña playa donde los granos de arena brillaban al sol como si fueran mica. La montaña de la derecha y la de la izquierda formaban, al unirse, un ángulo agudo, horadado, en su parte inferior, por una pequeña anfractuosidad protegida por un saliente techado de pizarras.

Bajo el techado había una mesita con mantel, platos, queso y frutas.

En uno de los platos había una tarjeta de visita con estas palabras:

«El marqués de Talençay, amigo de D'As-teux, saluda a Aurelia, nieta de éste. Llegará pronto. Y se excusa de no poderle presentar sus homenajes más que durante el día.»

—Esperaba mi venida, ¿no?—preguntó Aurelia.

—Sí —contestó Raúl—. Porfiamos largamente él y yo hace cuatro días. Y yo tenía que traerla hoy aquí.

La joven miraba a su alrededor. En el muro se apoyaba un caballete de pintor, bajo

una amplia tabla llena de cartones de dibujo, de vaciados, de cajas de colores y hasta de ropa vieja. Al través del ángulo había una hamaca. En el fondo, dos pedruscos formaban un hogar, en el cual se debía encender fuego, como permitían conjeturarlo lo negro de las paredes y un conducto que se abría en la roca como el tubo de una chimenea.

—¿Acaso vive aquí?—interrogó Aurelia.

—Frecuentemente, sobre todo en la estación presente. El resto del tiempo lo pasa en el pueblo de Juvains, donde le he descubierto. Pero, aun entonces, viene aquí diariamente. Como el abuelo de usted, es un anciano original, muy culto, muy artista, aunque sus pinturas sean detestables. Vive solo, a la manera de un ermitaño; corta y vende sus árboles, vigila a los guardianes de sus rebaños y alimenta a todos los pobres de esta comarca, que es suya a dos leguas a la redonda. Ese hombre, Aurelia, ¡hace quince años que la espera!

—O, al menos, que espera mi mayor edad.

—Sí. Ello es consecuencia de un acuerdo con D'Asteux, su abuelo. Le he interrogado respecto al asunto. Pero no quiere contestar si no es a usted. He tenido que referirle toda su vida y todos los sucesos de los últimos meses. Como le he prometido que traería a usted aquí, me ha prestado la llave del dominio. Su alegría por volverla a ver es inmensa.

—Entonces, ¿cómo no se encuentra aquí?

La ausencia del marqués de Talençay sorprendía a Raúl cada vez más, aunque ninguna razón le permitiera concederle importancia.

Pero de todos modos, para no inquietar a la joven, puso a contribución toda su labia y todo su ingenio durante la primera comida que hacían juntos, por cierto que en circunstancias bien curiosas y en un ambiente muy especial.

Aunque procuraba no molestarla por exceso de ternura, la notaba plenamente segura junto a él. Debía darse cuenta de que no era el adversario de quien huía al principio, sino el amigo que solamente nos desea bienandanzas. ¡La había salvado tantas veces! ¡Tantas veces se había asombrado la joven de no esperar más que en él, de ver su propia vida dependiendo únicamente de aquel desconocido, de contemplar su felicidad edificada según la voluntad de aquel hombre!

Y Aurelia murmuró:

—Quisiera darle las gracias. Pero no sé cómo. Le debo demasiado para poderle pagar.

Raúl le dijo:

—Míreme y sonría, señorita de los ojos verdes.

La joven le miró y sonrió.

—Ya me ha pagado—dijo él.

A las tres menos cuarto empezó nuevamente la música de las campanas y el bordón de la catedral fué a hundirse en el rincón de las montañas.

—Es un fenómeno muy lógico y conocido en toda la región—explicó Raúl—. Cuando el viento desciende del nordeste, es decir, de Clermont-Ferrand, la disposición acústica de los lugares hace que una corriente de aire lleve todos esos rumores por un camino inevitable que serpentea entre reductos montañosos. ®

sos y desemboca en la superficie del lago. Es algo fatal, matemático. Las campanas de todas las iglesias de Clermont-Ferrand y el bordón de su catedral no pueden hacer otra cosa que venir a cantar aquí, como lo hacen en este momento...

La joven movió la cabeza para decir:

—No es eso, no. Su explicación no me satisface.

—¿Tiene usted otra?

—La verdadera.

—Vamos a ver.

—Consiste en creer firmemente en que usted conduce aquí los sonos de las campanas para proporcionarme todas las impresiones de mi infancia.

—¿Acaso yo lo puedo todo?

—Todo—contestó ella con fe.

—Además, lo veo todo—añadió Raúl en broma—. Aquí hace quince años, a la misma hora, durmió usted.

—Y ¿qué quiere decir con eso?

—Que en sus ojos se nota el sueño, ya que vuelve a empezar su vida de hace quince años.

La joven no intentó resistir su efectivo deseo y se tendió en la hamaca.

Raúl veló un instante en el umbral de la gruta. Pero al consultar el reloj, tuvo un gesto de irritación. Las tres y cuarto. ¡Y el marqués de Talençay no acudía!

—¿Y qué?—se dijo, excitado—. Eso no tiene ninguna importancia.

Pero sí que tenía importancia. Y él lo sabía. Hay casos en que todo tiene importancia.

Entró en la gruta, observó a la joven, que

dormía confiada en su protección, y quiso nuevamente dirigirle discursos íntimos para agradecerle su confianza. Pero no pudo, porque le invadía una creciente inquietud.

Atravesó la pequeña playa y comprobó que el bote, cuya proa había hecho encallar en la arena, flotaba ahora a dos o tres metros de la orilla. Tuvo que acercarla con una pértiga. Entonces pudo comprobar otra cosa: el bote, que durante la travesía había recogido varios centímetros de agua, tenía actualmente treinta o cuarenta.

Consiguió ponerle panza arriba en la orilla.

—¡Caramba!—pensó—. Ha sido un milagro que no nos hundiéramos.

No se trataba de una ordinaria vía de agua fácil de cegar, sino de una tabla enteramente podrida y *de una tabla recientemente colocada allí y sujeta tan sólo por cuatro clavos.*

—¿Quién había hecho aquello? Raúl, al principio, pensó en el marqués de Talençay. Pero, ¿qué finalidad podía impulsar al viejo? ¿Qué motivo había para pensar en que el amigo de D'Asteux quisiera provocar una catástrofe en el preciso momento en que la joven era llevada hacia él?

Así surgió un problema. ¿Por dónde venía Talençay cuando no tenía la barca a su disposición? ¿Por dónde llegaría? ¿Había algún camino terrestre que llevara a la misma playa, limitada, sin embargo, por la doble avanzada de los montañas?

Raúl se dedicó a buscarlo. Por la izquierda no había salida posible, ya que el nacimiento de dos manantiales se añadía al obstáculo de granito. Pero a la derecha, antes de que la

montaña se hundiera en el lago y cerrara la playa, había unos veinte escalones tallados en la roca. Desde allí al flanco del reducto se elevaba un sendero que más bien era un reborde natural, una especie de cornisa tan estrecha que a veces era preciso agarrarse a las asperezas de la piedra.

Raúl se dirigió hacia allí. Vió, de vez en cuando, ganchos de hierro que servían para no caer en el vacío. Y pudo llegar, aunque penosamente, a la meseta superior, donde se cercioró de que el sendero daba la vuelta al lago y se dirigía hacia el desfiladero. Alrededor se extendía un paisaje de rocas y de verdura. Dos pastores se alejaban con sus rebaños en dirección a la alta muralla que rodeaba los vastos dominios. Y la prócer silueta del marqués de Talençay no aparecía por ninguna parte.

Raúl volvió al punto de partida luego de una hora de exploración. Y dióse cuenta entonces, con el natural disgusto, de que el agua había subido de nivel y cubría los primeros escalones. Tuvo, pues, que saltar.

—¡Caramba!—murmuró con aspecto preocupado.

Aurelia debió oírle, porque acudió corriendo y se detuvo, estupefacta.

—¿Qué hay?—preguntó Raúl.

—¡Cómo ha subido el agua!—exclamó la joven—. Antes estaba más baja ¿verdad?... Sí, sí...

—En efecto.

—¿Cómo se lo explica?

—Por un fenómeno tan natural como el de las campanas.

Y, esforzándose en bromear, añadió:

—El lago está sujeto a la ley de las mareas, que, como usted sabe, provocan alternativas de flujo y reflujo.

—Y ¿cuándo cesa el crecimiento?

—Es cuestión de una o dos horas.

—¿Así es que el agua llenará la mitad de la gruta?

—Sí. La gruta debe ser invadida en ocasiones, como lo prueba esa marca negra en el granito que señalará, evidentemente, el nivel extremo.

La voz de Raúl enronqueció un poco. Encima de aquella señal había otra que correspondía al techado del refugio. ¿Qué significaba? ¿Quería decir que en determinadas épocas el agua llegaba al techado? Mas para ello, ¿qué fenómenos excepcionales, qué cataclismos anormales habían de darse?

—No, no—pensó Raúl, reaccionando—. Toda hipótesis de este género es absurda. ¿Un cataclismo? A lo mejor pasan mil años sin que sucedan. ¿Una oscilación de flujo y reflujo? Fantasías en que no creo. Eso no puede ser más que una casualidad, un hecho pasajero...

Bien. Pero, ¿qué cosa producía el hecho pasajero?

Y continuaban desarrollándose en él involuntarios razonamientos. Pensaba en la inexplicable ausencia de Talençay. Pensaba en la relación que pudiera haber entre aquella ausencia y la sorda amenaza de un peligro que él aun no comprendía. Pensaba en la barca estropeada.

—¿Qué le pasa?—interrogó Aurelia—. Parece distraído...

—Es que—contestó—empiezo a creer que estamos perdiendo el tiempo aquí. Ya que no viene el amigo de su abuelo, vayamos a buscarle. La entrevista, al fin y al cabo, puede verificarse en su casa de Juvains.

—Pero ¿cómo vamos a irnos? La barca parece inservible.

—Ahí, a la derecha, hay un camino ciertamente difícil para una mujer; pero, de todos modos, practicable. Ahora bien: tendrá usted que aceptar mi ayuda y dejarse llevar por mí.

—Yo también puedo ir a pie.

—Pero, ¿qué necesidad tiene de mojarse?—objetó él—. Basta con que sólo yo me meta en el agua.

Había propuesto aquello sin segunda intención. Pero notó que la joven se ponía colorada. Le desagradaría la idea de ser llevada por él como en el camino de Beaucourt.

Y callaron unos momentos, cohibidos ambos.

Por fin, la joven, que estaba junto al lago, murmuró hundiéndose la mano:

—No, no... No podría soportar esta agua tan fría... No podría...

Se hizo atrás, seguida por él. Y transcurrió un cuarto de hora que a Raúl se le antojó muy largo.

—Le suplico—dijo—que nos vayamos. La situación se hace peligrosa.

La muchacha obedeció. Abandonaron, por tanto, la gruta. Pero en el preciso momento en que Aurelia se colgaba del cuello varonil,

se oyó un silbido cercano y saltó un trozo de roca. A lo lejos sonó una detonación.

Raúl tendió bruscamente su carga en el suelo. Silbó una segunda bala, que se estrelló también en la roca. Y Raúl levantó a la joven, la llevó hacia el interior, y echó a correr como para un ataque.

—¡Raúl! ¡Raúl!... ¡Cuidado!... Le van a matar...

La cogió de nuevo, obligándola a volver al refugio. Pero ahora ella no lo soltó, sino que, agarrándose, le detuvo.

—¡Quédese! ¡Por favor!...

—No—protestó Raúl—. Hay que obrar, aunque a usted le parezca lo contrario...

Le sujetaba con manos temblorosas. Y, a pesar de que poco antes tenía tanto miedo de ser llevada por él, ahora se le apretaba con indomable energía.

—No tema nada—advirtió Raúl amablemente.

—Nada temo—repuso ella en voz baja—. Pero debemos continuar juntos. Nos amenazan los mismos peligros. No nos separemos, pues.

—Tiene usted razón. No la dejaré—prometió Raúl.

Asomó solamente la cabeza para observar el horizonte.

Una tercera bala agujereó una de las pizarras del techo.

Estaban sitiados, inmovilizados. Dos hombres provistos de fusiles de largo alcance les impedían toda tentativa de escape. Raúl, juzgando por dos nubecillas de humo que se arremolinaban a lo lejos, pudo enterarse de su posición. Poco distantes uno del otro, se en-

contraban a la orilla derecha, encima del desfiladero, es decir, a unos doscientos cincuenta metros. Desde allí dominaban el lago en toda su longitud, batían el rincón de playa que aun quedaba y podían alcanzar casi todo el interior de la gruta. Ésta, en efecto, se descubría a ellos enteramente, salvo un hundimiento situado a la derecha, en el cual había que acurrucarse, y el fondo, situado sobre el atrio determinado por las dos piedras y oculto por la caída del techado.

Raúl hizo un violento esfuerzo para reír.

—Tiene gracia—dijo.

Tan espontánea parecía su hilaridad que Aurelia se repuso. Y Raúl añadió:

—Estamos bloqueados. En cuanto nos movamos, ¡un balazo! Y es de tal naturaleza la línea de fuego, que nos obliga a escondernos en un agujero propio de ratones. Hay que reconocer que todo está magníficamente combinado.

—¿Por quién?

—Al principio he pensado en el viejo marqués. Pero no, no es él, no puede ser él...

—¿Y qué ha sido de él?

—Estará enfermo. Habrá caído en algún lazo tendido precisamente por quienes nos sitían.

—¿Y son?...

—Dos enemigos temibles, de los que no debemos esperar compasión alguna: Jodot y Guillermo Ancivel...

Afectaba una franqueza brutal para disminuir en el espíritu de Aurelia la idea del verdadero peligro que les amenazaba. Los nombres de Jodot y de Guillermo y los disparos de

los fusiles no tenían importancia para él comparados con la progresiva invasión de las aguas implacables, con las que los bandidos habían realizado una terrible alianza.

—¿A qué viene esta asechanza?—preguntó la joven.

—Es cuestión del tesoro—afirmó Raúl, que, más que a Aurelia, se daba a sí mismo las explicaciones más verosímiles—. He reducido a Marescal a la impotencia, pero no ignoraba que un día u otro habría que acabar con Jodot y con Guillermo. Nos han tomado la delantera. Puestos al tanto de mis proyectos, han atacado, no sé por qué procedimientos, al amigo de su abuelo, lo han aprisionado, le han robado los papeles y documentos que querían comunicarle y desde esta mañana están preparados para fastidiarnos. Si no nos han recibido a tiros cuando atravesábamos el desfiladero ha sido porque había pastores en la meseta. Además, ¿por qué habían de tener prisa? Era evidente que esperaríamos aquí a Talençay, fiados en su tarjeta y en las palabras que en ella escribió uno de esos individuos. Y aquí prepararon la coartada. En cuanto pasamos el desfiladero fueron cerradas las esclusas y comenzó a subir el nivel del lago, aumentado por las dos cascadas, sin que fuera posible darnos cuenta antes de que pasaran cuatro o cinco horas. Pero entonces los pastores volvían al pueblo y el lago se convertía en el más desierto y magnífico campo de tiro. Estropeada la barca y actuando las balas sobre los sitiados, es imposible huir. He aquí, pues, que Raúl de Limézy se ha dejado embaucar como un Marescal cualquiera.

Dijo todo aquello con el tono de frívola despreocupación que emplea quien es el primero en divertirse con la burla que le hacen. Y Aurelia casi sentía ganas de reír.

Raúl encendió un cigarrillo y sostuvo en la punta de los dedos la cerilla llameante.

Hubo dos detonaciones en la meseta. Inmediatamente siguieron otra y otra. Pero los tiros no hacían blanco.

La inundación, mientras tanto, continuaba con rapidez. El agua se había desbordado del hundimiento que formaba la playa y se derramaba en pequeñas ondas sobre un terreno llano hasta alcanzar la entrada de la gruta.

—Más seguros estamos sobre las dos piedras del hogar.

Saltaron a ellas vivamente. Raúl hizo acostar a Aurelia en la hamaca. Luego, corriendo hacia la mesa, metió en una servilleta lo que restaba del almuerzo y lo dejó en la tabla de pinturas y trastos. Silbaron dos balas.

—Demasiado tarde—contestó—. No hay nada que temer. Con un poco de paciencia, saldremos. ¿Mi plan? Descansar y restaurar nuestras fuerzas. Así llegará la noche. Entonces la llevaré sobre mis hombros hasta el sendero de las montañas. Lo que da ventaja a nuestros adversarios es la luz del día, gracias a la cual pueden bloquearnos. La oscuridad es la salvación.

—Sí, pero el agua va subiendo—observó Aurelia—. Y antes de que haya bastante oscuridad ha de pasar una hora.

—¡Bah! Todo consistirá en que yo, en vez de darme un baño de pies, me lo dé hasta la cintura.

La contestación era muy sencilla. Pero Raúl conocía de sobra todos los defectos de su plan. Por de pronto, el sol acababa de desaparecer tras las cumbres de los montes, lo cual indicaba todavía hora y media o dos horas de luz. Además, el enemigo se iría acercando poco a poco y tomaría posiciones en el sendero. Entonces, ¿cómo podría acercarse Raúl con la joven y forzar el paso?

Aurelia titubeaba, preguntándose qué debería creer. A pesar suyo, sus ojos tomaban puntos de referencia que le permitían seguir los progresos del agua. Y se estremecía cada vez más. Pero, ¡era tan impresionante la calma de Raúl!

—Estoy segura de que usted hará que nos salvemos—murmuró ella.

—¡Gracias a Dios que tiene confianza!—repuso Raúl sin abandonar su buen humor.

—Sí, tengo confianza... Usted me dijo una vez, leyendo las rayas de mi mano... ¿se acuerda?... que debía temer el peligro del agua. Su predicción se cumple. Y, sin embargo, no temo nada, porque usted lo puede todo, porque usted hace milagros...

—¿Milagros?—repitió Raúl, que buscaba todas las ocasiones para tranquilizarla con discursos palabreros—. No son milagros, no. Lo que ocurre es que razono y obro según son las circunstancias. Por el mero hecho de que yo no la he interrogado sobre sus recuerdos infantiles y, a pesar de ello, la he traído aquí, en medio de los paisajes que usted había contemplado, me considera como una especie de hechicero. ¡Qué error! Todo ello fué efecto del razonamiento y de la refle-

xión, pues yo no disponía de informes más precisos que los demás. Jodot y sus cómplices conocían también la botella y habían leído, como yo, la fórmula inscrita bajo el nombre de Agua de Juventa. ¿Qué indicación han sacado de ella? Ninguna. Pero yo, a fuerza de terquedad, me he enterado de que casi toda la fórmula reproduce exactamente, salvo una línea, la composición de las aguas de Royat, una de las principales estaciones termales de Auvernia. Consultando los mapas de Auvernia, descubrí el pueblo y el lago de Juvains. Juvains es una contracción evidente de la palabra latina *Juventia*, muy relacionada con Juventa. Ya estaba, pues, enterado. Gracias a una hora de paseo y charlas por Juvains supe que el anciano señor de Talençay, marqués de Carabas de toda esta comarca, debía hallarse situado en el núcleo de la aventura. Y me presenté a él como enviado de usted. Como quiera que me reveló que usted vino el domingo y el lunes de la Asunción, o sea el catorce y el quince de agosto, preparé nuestra expedición para esos días. Precisamente el viento soplaba del norte, como soplaba entonces. De ahí el acompañamiento de las campanas. ¡Ese es el milagro, señorita de los ojos verdes!

Pero tanta palabra no bastaba para distraer la atención de Aurelia, que al cabo de un instante musitó:

—El agua sube, sube... Ya recubre las dos piedras y moja su calzado...

Raúl levantó una de las piedras y la puso sobre la otra. Una vez elevado por sí mismo, apoyó un codo en la cuerda de la hamaca.

Y con el mismo aire despreocupado y negligente se puso a hablar de nuevo, porque temía el efecto del silencio en la joven. Pero en el fondo, aunque decía frases tranquilizadoras, entregábase a otros razonamientos y a otras reflexiones sobre la implacable realidad, cuya amenaza creciente observaba con espanto.

¿Qué ocurría? ¿Cómo considerar la situación? A consecuencia de las maniobras ejecutadas por Jodot y Guillermo, el agua se eleva. Bueno. Pero es evidente que los dos bandidos no hacen más que aprovechar un estado de cosas ya existente y que se remonta, sin duda, a una época muy anterior. ¿Por qué no suponer que quienes hicieron posible la elevación de nivel por motivos secretos (que no serían seguramente los de asediar y ahogar personas en la gruta), harían igualmente posible un descenso de nivel? El cierre de las esclusas tendría como complemento un mecanismo invisible que permitiese a las aguas correr y al lago vaciarse, según los casos. Pero, ¿dónde encontrar el mecanismo relacionado con el funcionamiento de las esclusas?

Raúl no era de los que esperan la muerte. Ya pensaba en precipitarse hacia el enemigo, a pesar de todos los obstáculos, o en nadar hasta las esclusas. Pero si una bala le hería o la demasiado baja temperatura del agua paralizaba sus esfuerzos, ¿qué sería de Aurelia?

Por mucho cuidado que pusiera en disimular a la vista de la joven la inquietud de sus pensamientos, no podía Aurelia engañarse respecto a ciertas inflexiones de voz o a ciertos

momentos de silencio repletos de una angustia que ella misma experimentaba. Y como si estuviera vencida precisamente por aquella angustia, le dijo de pronto:

—Le ruego que me conteste francamente. Prefiero saber la verdad. No hay esperanza, ¿eh?...

—¡No ha de haber! Baja el día...

—Muy poco a poco... Y cuando sea de noche no podremos irnos...

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Pero tengo la intuición de que todo ha terminado y de que usted lo sabe.

Raúl dijo con energía:

—¡No!... El peligro es grande, pero aun está lejos. Y escaparemos de él si conservamos la serenidad. Cuando yo lo haya comprendido todo, tengo la seguridad de que todavía será tiempo de obrar. Pero...

—¿Qué?

—Hay que ayudarme. Para comprenderlo todo necesito sus recuerdos, todos sus recuerdos.

La voz de Raúl se hacía grave. Y con ardor contenido, prosiguió:

—Ya sé, ya, que usted prometió a su madre no revelarles más que al hombre amado por usted. Pero la muerte es una razón, para hablar, más fuerte que el amor. Y, en último término, si usted no me quiere, yo la quiero tanto como pudiera desear su madre. Perdóname que se lo diga, a pesar del juramento que le hice... Pero hay horas en que uno no puede callar... La quiero... Y no admito su silencio, que sería un crimen contra usted. Con-

teste. Quizás unas cuantas palabras basten para darme luz.

La joven murmuró:

—Pregunte.

—¿Qué pasó—preguntó él—luego de llegar usted aquí con su madre? ¿Qué paisajes vió? ¿Adónde las llevaron su abuelo y el amigo de su abuelo?

—A ninguna parte—contestó la muchacha—. Estoy segura de haber dormido aquí, sí, aquí, en una hamaca como hoy. A mi alrededor hablaban. Y los dos hombres fumaban. Son recuerdos ya olvidados por mí, pero que ahora vuelven a mi memoria. Recuerdo el olor del tabaco y el estampido de una botella al ser descorchada. Luego... luego... yo me dormí... Me hicieron comer... Fuera hacía sol...

—¿Sol?

—Sí. Sería al día siguiente.

—¿Al día siguiente? ¿Está usted segura? Todo depende de ese detalle.

—Pues estoy segura. Me desperté aquí al día siguiente. Fuera hacía sol. Pero... todo ha cambiado... Las rocas, por ejemplo, son las mismas; pero no están en el mismo sitio...

—¿Cómo!... ¿No están en el mismo sitio?...

—No; el agua no las baña.

—El agua no las baña, no. Y ¿salió de la gruta?

—Sí. Mi abuelo andaba delante. Mi madre me llevaba de la mano. Lo que pisábamos resbalaba. En torno nuestro había una especie de casas, de ruinas... Y nuevamente oímos las campanas, las campanas de siempre...

—Eso es, eso—mascullaba Raúl—. Todo está de acuerdo con lo que yo suponía. No cabe duda.

Se produjo un silencio pesado. El agua chapoteaba siniestramente. La mesa, el cabalette, los libros, las sillas, flotaban ya...

Raúl tuvo que sentarse al extremo de la hamaca y doblarse bajo el techo de granito.

Fuera, las sombras se mezclaban con la luz vacilante. Pero ¿para qué le servirían las sombras, por densas que fueran? ¿Qué hacer?

Se torturaba desesperadamente el cerebro, obligándolo a buscar solución. Aurelia se había incorporado a medias. En sus ojos adivinaba Raúl afecto y dulzura. Y la joven, cogiéndole una mano, se inclinó y la besó.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo él, trastornado—. ¿Qué hace?

Aurelia musitó:

—Le quiero.

Los ojos verdes brillaban en la semioscuridad. Raúl oía latir el corazón de la joven. Y nunca había experimentado semejante alegría.

La joven añadió tiernamente, echándole los brazos al cuello:

—Le quiero. Ese es, Raúl, mi grande, mi único secreto. El otro no me interesa. ¡Este es toda mi vida, toda mi alma! Le he amado en seguida, sin conocerlo, antes de verlo... Le he amado en las tinieblas. Por eso precisamente le detestaba... Tenía vergüenza... Sus labios me prendaron y me prendieron. Noté algo que desconocía y que me asustó. ¡Cuán-

to placer, cuánta felicidad en una noche atroz! ¡Y era un hombre desconocido! En lo más profundo de mi ser recibí la impresión deliciosa y enloquecedora de que le pertenecía y de que usted no tendría más que desearlo para hacerme su esclava. Si desde entonces le he huído, ha sido por eso, Raúl, no porque le odiase. Le temía a causa de amarlo demasiado. Me conturbaba mi confusión... No quería volverle a ver por nada del mundo; pero, sin embargo, no pensaba más que en volverle a ver... Si pude soportar los horrores de aquella noche y todas las tremendas torturas que siguieron fué por usted, del que yo huía, pero que volvía indefectiblemente a la hora del peligro. Le quería con todas mis fuerzas y cada vez me sentía más suya. ¡Raúl! ¡Raúl! Abráceme bien fuerte. ¡Raúl! Le quiero.

La estrechó con una pasión dolorosa. En el fondo no había dudado nunca de aquel amor revelado por el ardor del primer beso y que, cada vez que se encontraban, se revelaba por una turbación cuya razón profunda adivinaba. Pero Raúl temía a la misma felicidad que experimentaba. Las palabras tiernas de la joven y la caricia de su fresco aliento le embotaban. Se le agotaba la indomable voluntad para la lucha.

La joven, intuyendo aquel cansancio secreto, lo atrajo más hacia ella.

—Resignémonos, Raúl. Aceptemos lo inevitable. No temo la muerte estando juntos. Pero quiero que me sorprenda en sus brazos, con mi boca sobre su boca, ¡Raúl! Nunca volvería a darnos la vida tanta felicidad.

Los dos brazos se le enlazaban como un collar que no pudiese desatar. Y la cabeza femenina avanzaba cada vez más hacia él.

Sin embargo, resistía. Besar la boca que se ofrecía era consentir en la derrota y, como decía la joven, resignarse a lo inevitable. Y no quería. Todo su ser se rebelaba contra semejante cobardía. Pero Aurelia le suplicaba, balbuceando palabras que desarmaban y debilitaban.

—Le quiero... No me niegue lo que debe ser... Le quiero... Le quiero...

Sus labios se unieron. Raúl saboreó la embriaguez de un beso en que había todo el ardor de la vida y la terrible voluptuosidad de la muerte. La noche les envolvió, con mayor rapidez, al parecer, desde que se abandonaban a la deliciosa torpeza de las caricias. Y el agua subía...

Raúl se arrancó brutalmente a aquella pasajera debilidad. El pensar en que aquella criatura encantadora, a la que él había salvado tantas veces, iba a conocer el espantoso martirio del agua que penetra en nuestro cuerpo, nos ahoga y nos mata, le dió un sacudimiento de horror.

—¡No, no! —exclamó—. No puede ser... ¿Morir usted?... No... Yo impediré semejante ignominia...

Aurelia quiso retenerlo, agarrándolo de las muñecas y suplicándole con voz lastimera:

—Por favor, por favor... ¿Qué vas a hacer?

—Salvarte... Y salvarme...

—¡Es demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? ¡Si ya se ha hecho de noche! Estoy sin ver tus hermosos ojos, estoy sin ver tus labios ¿y quieres que no haga nada?

—Pero... ¿qué?...

—¿Acaso lo sé yo? Lo esencial es hacer algo. Además, tengo elementos que me permiten creer en que fatalmente hay medios provistos para dominar, en un momento dado, los efectos de la esclusa cerrada. Habrá compuertas que permitan una marcha rápida del agua. Y es preciso que las encuentre...

Aurelia, en vez de darle oídos, gemía:

—Por favor... ¿Me dejaría sola sola en una noche tan espantosa?... Tengo miedo, Raúl mío.

—No. Ya que no tiene miedo de morir, tampoco puede tener miedo de vivir... dos horas más, a lo sumo... Y cuando vayan a pasar esas dos horas, le juro, Aurelia, que vendré o para decirle que está salvada o para morir juntos.

Raúl, poco a poco, sin contemplaciones, se había librado del abrazo enloquecedor. Inclclinándose hacia la joven, le dijo con pasión:

—Ten confianza, amor mío. Ya sabes que nunca he fracasado. En cuanto consiga lo que me propongo, te avisaré con una señal, dos silbidos, dos detonaciones... Pero, aunque notes que el agua te hiela, cree ciegamente en mí.

La joven se desplomó, exhausta.

—Ve—dijo—, puesto que así lo quieres.

—¿No tendrás miedo?

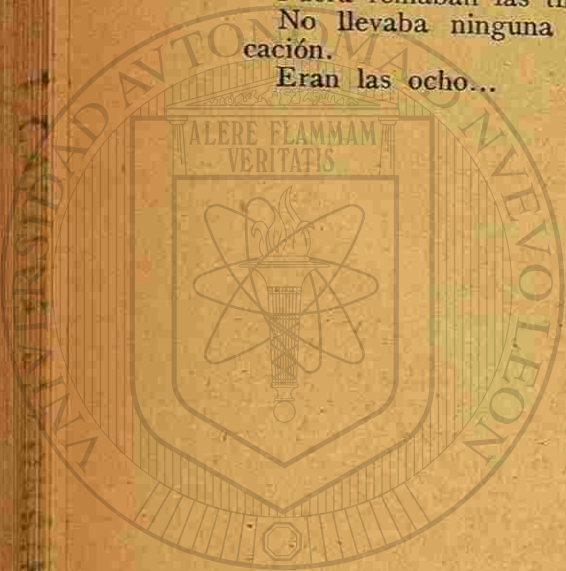
—No, ya que así lo deseas.

Raúl se quitó la chaqueta, el chaleco y los zapatos, dirigió una mirada a la esfera luminosa de su reloj, se lo ató al cuello y fuese.

Fuera reinaban las tinieblas.

No llevaba ninguna arma, ninguna indicación.

Eran las ocho...



XIII

EN LAS TINIEBLAS

La primera impresión de Raúl fué terrible. Era una noche sin estrellas, pesada, implacable, llena de espesa bruma, que se dejaba sentir por el lago invisible y sobre las montañas inconcretas. Los ojos le servían tanto como si fueran los de un ciego. Los oídos no percibían más que el silencio. Ya no resonaba el rumor de las cascadas, porque las había absorbido el lago. Y en aquel abismo insondable había que ver, oír, orientarse y alcanzar lo propuesto.

¿Compuertas? Ni un segundo había pensado realmente en ellas. Hubiera sido una locura dedicarse al entretenimiento mortal de buscarlas. No: su objetivo era alcanzar a los dos bandidos. Estaban escondidos. Temiendo, sin duda, atacar directamente a un adversario como él, permanecían discretamente en la sombra, armados de fusiles y puestos los cinco sentidos en el acecho. ¿Dónde encontrarlos, pues?

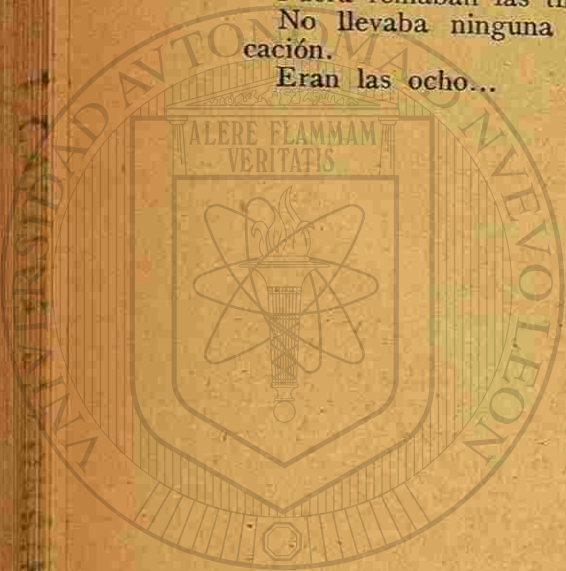
En el reborde superior de la playa, el agua

Raúl se quitó la chaqueta, el chaleco y los zapatos, dirigió una mirada a la esfera luminosa de su reloj, se lo ató al cuello y fuese.

Fuera reinaban las tinieblas.

No llevaba ninguna arma, ninguna indicación.

Eran las ocho...



XIII

EN LAS TINIEBLAS

La primera impresión de Raúl fué terrible. Era una noche sin estrellas, pesada, implacable, llena de espesa bruma, que se dejaba sentir por el lago invisible y sobre las montañas inconcretas. Los ojos le servían tanto como si fueran los de un ciego. Los oídos no percibían más que el silencio. Ya no resonaba el rumor de las cascadas, porque las había absorbido el lago. Y en aquel abismo insondable había que ver, oír, orientarse y alcanzar lo propuesto.

¿Compuertas? Ni un segundo había pensado realmente en ellas. Hubiera sido una locura dedicarse al entretenimiento mortal de buscarlas. No: su objetivo era alcanzar a los dos bandidos. Estaban escondidos. Temiendo, sin duda, atacar directamente a un adversario como él, permanecían discretamente en la sombra, armados de fusiles y puestos los cinco sentidos en el acecho. ¿Dónde encontrarlos, pues?

En el reborde superior de la playa, el agua

fría llegaba a cubrirle el pecho, causándole tanto sufrimiento que no consideraba posible nadar hasta la esclusa. Además, ¿cómo podría manejarla sin conocer el emplazamiento del mecanismo?

Fué a lo largo de la montaña, tanteando y valiéndose de los escalones, sumergido hasta llegar al sendero que seguía el muro.

La ascensión era sobremanera penosa. Y, de pronto, la interrumpió. A lo lejos, a través de la bruma, brillaba una débil luz.

¿Dónde? Era imposible precisarlo. ¿Sobre el lago? ¿En lo alto de los montes? El caso es que estaba enfrente, es decir, en los alrededores del desfiladero, o sea de los lugares en que los bandidos habían disparado y donde había suponer que continuaban. Y la débil luz, que no podía ser vista desde la gruta, demostraba sus precauciones y, por ello mismo, su presencia.

Raúl vaciló. ¿Seguiría el camino terrestre, con todos los rodeos que implicaban los picachos, los vallecillos, las rocas, las hondanadas, desde donde perdería de vista la preciosa luz? Pensando en Aurelia, encerrada en el horrendo sepulcro de granito, tomó su decisión. Deshizo velozmente lo andado por el sendero y se arrojó, con ímpetu, al agua.

Creyó que iba a ahogarse. La tortura del frío le parecía insostenible. Aunque el trayecto comprendía entre doscientos y doscientos cincuenta metros, estuvo a punto de renunciar a cubrirlo, porque le parecía muy superior a fuerzas humanas. Pero el recuerdo de Aurelia no le abandonaba. Veíala bajo la bóveda implacable. El agua proseguía su obra feroz,

que nada podía detener ni hacer más lenta. Aurelia notaría el chapoteo diabólico y el halito glacial. ¡Qué horror!

Redobló, por tanto, los esfuerzos. La débil luz le guiaba como una estrella bienhechora. Y sus ojos la miraban ardientemente, como si temieran que se apagase súbitamente por el asalto formidable de todos los genios de la oscuridad. Pero, al fin y al cabo, aquella débil luz, ¿no servirá a Guillermo y a Jodot para registrar con la mirada el camino por donde pudiera producirse el ataque?

Al acercarse experimentó cierto bienestar, debido evidentemente a la actividad de sus músculos. Avanzaba con amplias brazadas silenciosas. La estrella de luz aumentaba, doblada, además, por el espejo del lago.

Torció a un lado, poniéndose fuera del campo de claridad. A juzgar por lo que pudo ver, el puesto de los bandidos estaba sobre un promontorio que dominaba la entrada del desfiladero. Luego de chocar contra los escollos, encontró una orilla de guijarros, donde abordó.

Hacia arriba, pero más bien a la izquierda, había un murmullo de voces.

¿Qué distancia le separaba de Jodot y Guillermo? ¿Cómo se presentaba el obstáculo a salvar? ¿Sería un acantilado o una cuneta accesible? No encontraba indicios. Había, pues, que intentar el escaló, fuese como fuese. ®

Comenzó por frotarse vigorosamente las piernas y el busto con piedrecillas secas de que se llenó la mano. Luego exprimió su ropa mojada, que en seguida se volvió a poner. Y, ya bien dispuesto, se aventuró.

No se trataba de una muralla abrupta ni de una cuesta accesible. Eran capas de rocas superpuestas como en las construcciones ciclópeas. Se podía, pues, trepar; pero a costa de grandes esfuerzos, de mucha audacia y de una peligrosísima gimnasia. Se podía trepar; pero los pedruscos a los cuales se agarraban los dedos, tan tenaces como zarpas, salían de sus alvéolos y las plantas se desarraigaban. Las voces de arriba, en tanto, se hacían cada vez más claras.

Raúl, en pleno día, no hubiese intentado jamás aquella empresa descabellada. Pero el tic-tac ininterrumpido del reloj le empujaba como una fuerza irresistible; cada segundo que resonaba en su tímpano era una porción de la vida de Aurelia que se disipaba. Era, pues, necesario triunfar. Y triunfó. De pronto se acabaron los obstáculos. Una capa de césped cubría el edificio. Vago resplandor, como una nube blanca, flotaba en la sombra.

Delante de él se formaba una depresión, una hondonada del terreno, en la cual había una cabaña medio derrengada. De un tronco de árbol colgaba una lámpara humeante.

A la parte opuesta había dos hombres vueltos de espaldas, tendidos boca abajo, asomados al lago, con revólveres y fusiles al alcance de sus manos. Cerca de ellos había otra luz, la de una lámparilla eléctrica, que era la guadora de Raúl.

Este miró su reloj y estremeciéndose. La expedición había durado cincuenta minutos, mucho más de lo calculado.

—Tengo media hora todo lo más—pensó—para detener la inundación. Si dentro de me-

día hora no he arrancado a Jodot el secreto de las compuertas, no me queda más remedio que volver junto a Aurelia para morir con ella, según mi promesa.

Se fué a rastras hacia la cabaña, oculto por las altas hierbas. Doce metros más allá, Jodot y Guillermo, creyéndose absolutamente solos, hablaban bastante alto para que Raúl reconociese su voz, aunque no para que comprendiese una sola palabra. ¿Qué hacer?

Raúl había venido sin plan definido y con el propósito de obrar según las circunstancias. Como no llevaba armas, juzgaba peligroso entablar una lucha que, en fin de cuentas, podía resolverse contra él. Y, además, dudaba, para en caso de victoria, que las intimaciones y amenazas obligasen a un adversario como Jodot a hablar, es decir, a declararse vencido y a entregar secretos que tanto le habrían costado de conquistar.

Continuó, pues, arrastrándose con precauciones infinitas y con la esperanza de sorprender alguna palabra que le orientase. Así avanzó dos metros, tres metros. Ni él mismo percibía el roce de su cuerpo sobre el suelo. Y así llegó a un punto en que las frases sonaban más claramente.

Jodot decía:

—¡No te pongas así, hombre! Cuando hemos bajado a la esclusa, el nivel del agua estaba en la señal número cinco, que corresponde al techo de la gruta. Y como no habrán podido salir, ya está terminado el asunto. Son habas contadas.

—De todas maneras—objetó Guillermo—de-

bieras haberte quedado cerca de la gruta para espiarles desde allí.

—¿Por qué no te quedabas tú, pillín?

—¿Yo? ¿Con este brazo todavía inservible? ¡Bastante he hecho con tirar!

—Además, dicho sea en confianza, le tienes miedo a ése...

—Y tú también, Jodot.

—No digo que no. He preferido los tiros de fusil... y la martingala de la inundación, ya que teníamos los cuadernos del anciano Talençay.

—¡Jodot! ¡No pronuncies ese nombre!... La voz de Guillermo era apagada. Pero Jodot repuso:

—¡Bah!

—Acuérdate, Jodot. Cuando, al salir yo del hospital, viniste a vernos, mi madre te contestó: «Bueno. Sabes ya dónde ese diablo de hombre, ese Limézy de la porra, ha escondido a Aurelia. Y supones que la cuida para hacerse con el tesoro. Bueno. Que mi hijo te ayude. Pero nada de crímenes, ¿eh?, nada de sangre...»

—No se ha derramado ni una gota—dijo Jodot con tono sardónico.

—Yo ya sé lo que quiero decir de ese pobre hombre. Y tú también. Desde el momento en que hay muerte, hay crimen... ¿Acaso no lo hay en lo que hemos hecho con Aurelia y Limézy?

—No había más remedio que obrar así. ¿Crees que un sujeto como Limézy iba a cederle la plaza por tu bella cara? Demasiado conoces al personaje: te rompió un bra-

zo y hubiera acabado por romperte el alma. Habrá que escoger entre él o nosotros.

—Pero, ¿y Aurelia?

—Forma con él una pareja muy unida. No hay manera de tocar al uno sin tocar al otro.

—¡Desdichada!...

—¿Sentimentalismos?... ¿Quieres el tesoro o no lo quieres?... Te advierto que esas cosas no se ganan fumando en pipa tranquilamente...

—Sin embargo...

—¿No has visto el testamento del marqués? Aurelia, heredera de todos los dominios de Juvains... ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Casarte con ella? Pero para casarte basta con dos personas. Y me parece que yo...

—¿Entonces?

—Mañana, criatura, el lago de Juvains volverá a estar como antes, ni más alto ni más bajo. Pasado mañana, y no antes porque el marqués lo ha prohibido, volverán los pastores, que encontrarán a su amo muerto de una caída en el precipicio de un desfiladero. Nadie sospechará que una mano decidida le ha dado el empujoncito necesario para que perdiera el equilibrio. No se encontrará su testamento, por la sencilla razón de que lo tengo yo. No habrá heredero, porque no tiene familia. Por lo tanto, el Estado se apoderará legalmente de su hacienda. Dentro de seis meses será vendida. Y nosotros la compraremos.

—¿Con qué dinero?

—Con seis meses sobra tiempo para encontrarlo—apuntó Jodot, con siniestra entonación—. Además, ¿qué valdrán estos terrenos para quien no los conozca?

—¿Y si hay persecuciones?

—¿Contra quién?

—Contra nosotros.

—¿Por qué?

—Por lo de Limézy y Aurelia.

—¿Limézy y Aurelia? Se han ahogado. No los encontrarán.

—¡No han de encontrar! Los encontrarán en la gruta.

—No, porque mañana por la mañana pasaremos por allí y les ataremos dos buenas piedrecitas a las piernas con el plausible objeto de que se vayan al fondo del lago. Y... ¡si te he visto no me acuerdo!

—¿Y el auto de Limézy?

—Mañana por la tarde nos marcharemos con él, de manera que no servirá para cábalas de nadie. Se supondrá que la pollita ha hecho que su galán la raptara de la casa de salud y que viajan por sitios ignorados de todos. Ese es mi plan. ¿Qué te parece?

—Excelente, canallas—dijo una voz cerca de ellos—. Pero tiene un punto flaco.

Se volvieron con sobresalto y pavor. Vieron a un hombre agachado a la usanza árabe. Y aquel hombre repitió:

—Un punto flaco, muy flaco. Ese plan, en efecto, se basa en determinados hechos. Pero, ¿qué sucedería si la señorita y el caballero de la gruta han tomado las de Villadiego?

Jodot y Guillermo buscaban a tientas, sin encontrarlos, los fusiles y las brownings.

—¿Buscáis armas?... ¿Para qué?...—dijo el otro con voz burlona—. ¿Acaso llevo yo? ¡Sólo llevo ropa mojada! Además, son inne-

cesarias entre gente tan honorable como nosotros.

Jodot y Guillermo, desconcertados, no se movían. Jodot pensaba en la reaparición del hombre de Niza; Guillermo, en la del hombre de Tolosa. Pero lo más impresionante era tratarse del temible enemigo que ya creían descartado y cuyo cadáver...

—Estoy vivo, ¿eh?—advirtió el aparecido con sorna y despreocupación—. La señal número cinco no corresponde al techo de la gruta. Además, ¿creéis acabar conmigo valiéndoo de artimañas como ésa?... Estoy vivo, sí, querido Jodot. Y Aurelia también. Está a buen recaudo, lejos de la gruta, sin haberse mojado ni con una gota. Así es que podemos hablar. No seré pesado. Cinco minutos, a lo sumo. ¿Quieres?

Jodot, con expresión estúpida, callaba. Raúl miró el reloj. Y tranquilamente, negligente, como si el corazón no se le encabritara en el pecho, oprimido por indecible angustia, añadió:

—Como puedes suponer, tu plan ya no tiene efecto. Desde el momento en que Aurelia vive, hereda y no se produce la venta. Y en caso de que la mates y haya venta, seré yo el comprador. Tendrás que matarme a mí; pero ya sabes que eso es imposible, porque soy invulnerable. Estás, pues, metido en un callejón sin salida... o con una sola...

Hizo una pausa. Jodot ponía cara de atención. ¿Había una salida?

—Una sola—repitió Raúl—. Y es entenderte conmigo. ¿La aceptas?

Jodot no contestó. Acurrucado a dos pa-

sos de Raúl, fijaba en él sus ojos, brillantes de fiebre.

—¿No contestas? Sin embargo, tus pupilas se animan. Las veo fulgar como las de un animal feroz. Ahora bien: no creas que por el hecho de proponerte algo te necesito. Nada de eso. Nunca me hace falta nadie. Lo que ocurre es que el hecho de perseguir durante quince o dieciocho años una finalidad que estás muy cerca de alcanzar te da ciertos derechos, que tú, por cierto, estás dispuesto a defender por todos los medios, incluso el asesinato. Yo te compro esos derechos porque quiero estar tranquilo y que Aurelia lo esté también. Un día u otro podías encontrar manera de jugarnos una mala partida. Y no quiero. ¿Cuánto pides?

Jodot gruñó:

—Haga usted una oferta.

—Bien—contestó Raúl—. Como tú sabes, no se trata de un tesoro del cual pueda cada uno llevarse su parte, sino de un negocio que se ha de montar, de una explotación, cuyos beneficios...

—Serán considerables—interrumpió Jodot.

—De acuerdo. Y mi oferta será proporcionada: cinco mil francos por mes.

El bandido se conmovió, deslumbrado por tal cifra.

—¿Para los dos?

—Cinco mil francos para ti. Dos mil para Guillermo.

Este no pudo reprimirse sin decir:

—Acepto.

—¿Y tú, Jodot?

—Quizá—repuso—. Pero convendría una garantía, un anticipo.

—¿Hace un trimestre? Mañana a las tres acudid a la plaza de Jaude de Clermont-Ferrand y os entregaré un cheque.

—Está bien—dijo Jodot con desconfianza—. Pero nada me demuestra que mañana el señor barón de Limézy no me haga detener.

—No haré eso, porque también me detendrían a mí.

—¿A usted?

—¡Claro! Mi captura es más deseada de lo que te figuras.

—¿Quién es usted?

—Arsenio Lupin.

Este nombre causó un efecto prodigioso en Jodot, que ahora se explicaba el fracaso de todos sus planes y el ascendiente que aquel hombre ejercía sobre él.

Raúl repitió:

—Soy Arsenio Lupin, a quien buscan todos los policías del mundo. Tengo en mi haber más de quinientos robos estupendos y más de cien condenas. ¿Ves cómo podemos entendernos? Tú estás en mis manos, pero yo estoy en las tuyas. Tengo la seguridad de que llegaremos a un acuerdo. Ahora mismo hubiera podido romperte la cabeza, pero prefiero una transacción. Además, puedo emplearte en algo, porque si bien tienes defectos, no te faltan ciertas cualidades, como lo demuestra el hecho de haberme seguido hasta Clermont-Ferrand de una manera que aun no la he comprendido. Así es que te doy mi palabra. Y la palabra de Lupin vale más que el oro. ¿Aceptas?

Jodot, luego de consultar a Guillermo en voz baja, repuso:

—De acuerdo. ¿Qué quiere?

—¿Yo? Nada, mi amigo—contestó Raúl, siempre frívolo—. Soy un buen hombre que busca la paz y que paga lo necesario para obtenerla. Nos asociaremos. ¡Esa es la palabra! Si deseas aportar a la asociación una determinada cantidad, se hará así. ¿Tienes documentos?

—¡Ya lo creo! Las instrucciones del marqués referentes al lago.

—Lo suponía, por cuanto has podido cerrar la esclusa. ¿Son detalladas?

—Sí. Llenan cinco libretas de escritura fina.

—¿Las llevas?

—Sí. Y el testamento... a favor de Aurelia...

—A ver...

—Mañana, cuando yo vea los cheques—declaró Jodot de modo terminante.

—Me parece bien. Ahora ¡venga esa mano! Sellemos el pacto con un apretón. Y separémonos.

—Adiós—dijo Raúl.

La entrevista había terminado. Sin embargo, la verdadera batalla aun había de desarrollarse con unas cuantas palabras. Todas las pronunciadas hasta entonces, con el cúmulo de promesas, no pasaban de ser monsergas para embaucar a Jodot. Lo esencial era averiguar la situación de las compuertas. ¿Hablaría Jodot? ¿Adivinaría la causa verdadera de las gestiones incoadas por Raúl?

Este no había experimentado nunca tanta

ansiedad. Sin embargo, aun pudo experimentar indiferencia para decir:

—Me gustaría ver «eso» antes de irme. ¿No puedes abrir ahora las compuertas del desagüe?

Jodot objetó:

—Es que, según las libretas del marqués, han de pasar siete u ocho horas para que las esclusas abran completamente.

—¡Bah! Abrelas en seguida. Así, mañana por la mañana, tú desde aquí, Aurelia y yo desde allá, veremos «eso», es decir, los tesoros. Las compuertas están cerca, ¿verdad? ¿Debajo de nosotros? ¿Junto a la esclusa?

—Sí.

—¿Hay un sendero directo?

—Sí.

—¿Sabes cómo se manejan?

—Es fácil. La libreta lo indica.

—Bajemos—propuso Raúl—. Te echaré una mano.

Jodot se levantó y empuñó la lámpara eléctrica sin olerse la tostada. Guillermo le siguió. Caminando ya, vieron los fusiles que Raúl, no mucho antes, había procurado separar de ellos. Jodot se puso uno de ellos en bandolera. Guillermo hizo igual.

Raúl había cogido la lámpara.

—Ahora, ¡ya está!—pensaba con una alegría transparentada en la expresión de su rostro—. Quizá haya todavía algunas convulsiones; pero la batalla principal ha sido ganada.

Bajaron. Una vez a orillas del lago, Jodot se orientó desde un dique de arena y guijarros que había al pie de la montaña, dió la

vuelta a una roca que ocultaba una profunda anfractuosidad donde se hallaba, atada, una barca, se arrodilló, removió varios pedruscos y descubrió una serie de cuatro pomos de hierro que eran remate de cuatro cadenas metidas en tubos de arcilla.

—Esto es—dijo—. Las cadenas actúan sobre las planchas de metal que hay en el fondo.

Tiró de uno de los pomos. Raúl, que hizo lo mismo, recibió la impresión inmediata de que el tirón se transmitía al final de la cadena y de que la plancha avanzaba. Las otras dos pruebas tuvieron igual resultado. En el lago, a cierta distancia, se produjeron un conjunto de hervores del agua.

El reloj de Raúl señalaba las nueve y veinticinco. Aurelia estaba salvada.

—Déjame el fusil—dijo Raúl—. O si no, dispara tú mismo dos veces...

—¿Para qué?

—Es una señal.

—¿Una señal?

—Sí. He dejado a Aurelia en la gruta, que está casi llena de agua. ¡Calcula qué susto! Al separarme de ella, he prometido avisarla de una manera u de otra cuando no tuviese nada que temer.

Jodot quedó boquiabierto. La audacia de Raúl para confesar el peligro que aún corría Aurelia le desconcertaba y al mismo tiempo aumentaba a sus ojos el prestigio del adversario. Ni un instante pensó en aprovecharse de la situación. Resonaron los dos disparos entre riscos y brañas. Y, a continuación, añadió el mismo Jodot:

—¡Usted sí que es un jefe! No hay más

que obedecerle sin pestañear. Tome la libreta y el testamento del marqués.

—Muchas gracias—dijo Raúl, metiéndose los documentos en el bolsillo—. Esa acción te enaltece. Y me induce a hacer de ti algo: algo que no sea una persona decente. ¿Necesitas esa barca?

—No.

—Me vendrá de perlas para reunirme con Aurelia... ¡Ah! Un consejo. No os dejéis ver por ahí. Yo, en vuestro pellejo, iría esta noche mismo a Clermont-Ferrand. Hasta mañana, compañeros.

Una vez en la barca, aun les hizo recomendaciones. Por fin, Jodot soltó la amarra. Y Raúl se marchó.

—¡Es buena gente!—se dijo, remando con vigor—. Basta dirigirse a su excelente corazón, a su generosidad natural, para tenerlos suaves como un guante. Y tendrán los dos cheques. Lo que no les garantizo es que haya fondos en la cuenta corriente de Limézy. Pero el caso es que los tendrán. ¡Y firmados lealmente, como les he jurado!

Doscientos metros no significaban nada para Raúl, teniendo buenos remos y después de una expedición tan fructífera. En pocos minutos, pues, llegó a la gruta, en la cual penetró proa adelante y con la lámpara en la proa.

—¡Victoria!—exclamó—. ¿Ha oído la señal, Aurelia? ¡Victoria! ¡Victoria!

Jubilosa claridad llenó el exiguo refugio en que estuvieron a punto de encontrar la muerte. La hamaca iba de un muro a otro. Aurelia dormía en ella tranquilamente. Había sucumbido finalmente a la fatiga, confian-

do en la promesa de su amigo, convencida de que nada le era imposible, escapando a la angustia que producía el peligro de la muerte. Quizá hubiese percibido las dos detonaciones. De todas maneras, no la habían despertado...

Cuando, al día siguiente, abrió Aurelia los ojos, vió cosas sorprendentes en la gruta, donde la luz del día se mezclaba a la claridad de una lámpara. Se había producido el desahúe. Y dentro de una barca sujeta a la pared dormía Raúl, tan profundamente dormido, como ella lo había estado y vistiendo una zamarra de pastor y unos pantalones de lona que había cogido de la tabla donde se conservaban varios efectos del anciano marqués.

Aurelia lo contempló durante largos minutos con una mirada afectuosa en que había refinaba curiosidad. ¿Quién era aquel ser extraordinario, cuya voluntad se oponía a los mandatos del destino y cuyas acciones tomaban siempre una significación y una apariencia de milagro? La joven había oído sin inmutarse: (¿qué le importaba?) la acusación de Mariscal y el nombre de Arsenio Lupin lanzado por el comisario. ¿Había de reconocer que Arsenio Lupin y Raúl eran la misma persona?

—¿Quién eres tú, a quien amo más que a mi vida?—pensaba Aurelia—. ¿Quién eres tú, que me salvas incesantemente, como si esa fuera tu única misión?

—El Pájaro Azul.

Raúl se despertaba. Y la muda interrogación de Aurelia era tan clara que contestó a ella sin vacilación.

—El Pájaro Azul, encargado de hacer fe-

lices a las muchachas buenas y confiadas, de protegerlas contra los ogros y las hadas malignas y de llevarlas hasta su reino.

—¿Acaso tengo un reino, querido Raúl?

—Sí. A la edad de seis años paseaste por él. Y hoy te pertenece por voluntad de un anciano marqués.

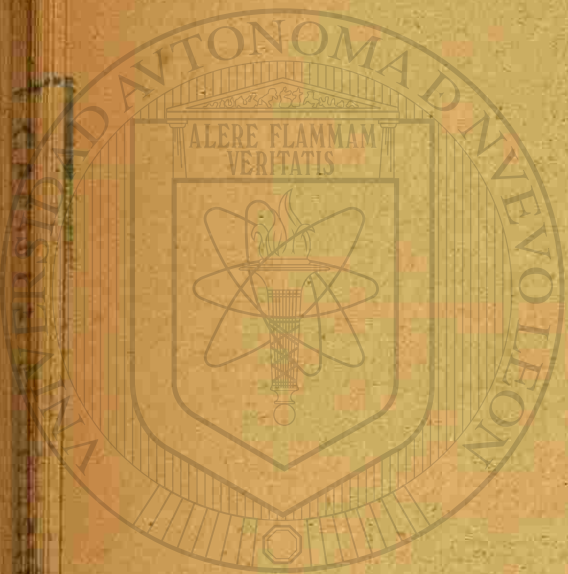
—¡Oh, Raúl!... Tengo ansias de verlo o, mejor dicho, de volverlo a ver.

—Comamos primero—dijo él—. Me muero de hambre. Además, la visita no será larga, ni falta que hace. Lo que ha estado oculto durante siglos enteros no debe aparecer definitivamente a plena luz más que cuando seas dueña de tu reino.

La joven, según su costumbre, evitó toda pregunta relativa a la manera de conseguir lo conseguido. ¿Qué había sido de Jodot y Guillermo? ¿Había noticias del marqués de Talençay? La joven prefería ignorarlo todo y dejarse guiar.

Un instante más tarde salían juntos. Y Aurelia, de nuevo trastornada por la emoción, apoyaba su cabeza en el hombro de Raúl, murmurando:

—¡Oh, Raúl!... Eso es precisamente lo que vi entonces, el segundo día, con mi madre...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

XIV

LA FUENTE DE JUVENTA

EXTRAÑO espectáculo! Debajo de ellos, en una profunda playa arenosa, de la cual se había retirado el agua y extendida a lo largo de la corona de rocas, veíanse las ruinas de monumentos y templos todavía en pie, pero con las columnas truncadas, los escalones descoyuntados, los peristilos esparcidos, sin techos, sin pontones, sin cornisas. Diríase un bosque decapitado por el rayo, pero en el que los árboles muertos conservaban aún toda la nobleza y toda la belleza de una vida ardiente. Desde la lejanía avanzaba la vía romana, la vía triunfal, orillada de estatuas rotas, limitada por templos simétricos, que pasaba entre pilastras de arcos demolidos y que llegaba hasta la gruta en que se verificaban los sacrificios.

Todo aquello estaba húmedo, brillante, vestido a veces de un manto de limo o cargado de petrificaciones y estalactitas, con fragmentos de mármol o de oro que resplan-

decían bajo el sol. Hacia la derecha y hacia la izquierda serpenteaban largas cintas de plata. Eran las cascadas, que habían vuelto a sus lechos de piedra y que partían en ellas sus aguas canalizadas.

—El foso—dijo Raúl, que estaba algo pálido y cuya voz denotaba la emoción—. El foso... Poco más o menos, las mismas dimensiones y la misma disposición. Los papeles del anciano marqués contienen un plano y explicaciones que esta noche he estudiado. La ciudad de Juventa estaba debajo del gran lago. Allí se encontraban las termas y los templos consagrados a los dioses de la Salud y de la Fuerza, distribuidos alrededor del templo de la Juventud, cuya columnata circular verá usted.

Cogió a Aurelia de la cintura. Bajaron por la vía sacra. Las grandes losas resbalaban bajo sus pies. El musgo y las plantas decorativas alternaban con espacios de guijarros finos, entre los cuales se veían a veces monedas. Raúl recogió dos que llevaban la efigie de Constantino.

Por fin llegaron ante el pequeño edificio dedicado a la Juventud. Lo que de él restaba era delicioso y bastaba para que la imaginación pudiera reconstruir una rotonda armoniosa elevada sobre varias gradas con una alberca de la que surgía una taza sostenida por cuatro niños regordetes y mofletudos y sobre la cual descansaría la estatua de la Juventud. Solamente quedaban dos niños, admirables por sus graciosas formas, que hundían sus pies en la alberca donde antaño los cuatro arrojaban chorros de agua.

De la alberca salían grandes tubos de plomo que antiguamente estarían, sin duda, disimulados y que parecían venir de un lugar de la montaña donde se ocultaría el manantial. Al extremo de uno de ellos había sido colocada recientemente una espita. Raúl le dió una vuelta. Y salió el agua tibia, con algo de fango.

—El agua de Juventa —dijo Raúl—. Esta agua era la contenida en la botella cogida de la cabecera de su abuelo y cuya fórmula estaba expresada en la etiqueta.

Durante dos horas pasearon por la fabulosa ciudad. Aurelia volvía a gustar las sensaciones de antaño, apagadas en el fondo de su ser y reanimadas de pronto. Había visto aquel grupo de urnas funerarias, aquella diosa mutilada, aquella vía de losas desiguales, aquel arco conmovido por hierbas que parecían cabelleras y tantas, tantísimas cosas que le hacían temblar con gozo melancólico...

—A usted, Raúl—decía—, le debo tanta felicidad. Sin usted no pasaría más que pesares. Pero junto a usted todo me parece bello y delicioso. Le quiero.

A las diez, las campanas de Clermont-Ferrand doblaron a misa mayor. La pareja había llegado a la entrada del desfiladero. Las dos cascadas penetraban allí, corrían a derecha e izquierda de la vía triunfal y se abismaban en las cuatro compuertas abiertas de par en par.

Terminaba ya la visita prodigiosa. Como repitió Raúl, lo que había estado oculto durante siglos enteros no debía aparecer toda-

vía a plena luz. Nadie había de contemplarlo antes de la hora en que la joven fuese reconocida como dueña.

Cerró, pues, las compuertas del desagüe y, lentamente, dió la vuelta a la manivela de la esclusa, para abrir las puertas poco a poco. A continuación, el agua se acumuló en el espacio restringido, el lago se revertió en una vasta extensión y las dos cascadas saltaron fuera de sus cauces de piedra. Entonces se dirigieron al sendero por el que Raúl había bajado la noche anterior con los dos bandidos. Y, deteniéndose a medio camino, vieron el alud de las aguas que hacía subir el nivel del líquido, cubría la base de los templos y corría hacia la fuente mágica.

—Sí, mágica: esa es la palabra empleada por el anciano marqués—dijo Raúl—. Aparte de los elementos de las aguas de Royat, contiene, según él los principios de energía y de poder que hacen de ella verdaderamente una fuente de Juventud. Y esos principios provienen de la radioactividad increíble que se exhala de ella y que es valorada en una enorme cantidad de *milicuries* (expresión técnica). Los romanos opulentos de los siglos tercero y cuarto venían a templarse en estas aguas. Y fué precisamente el último procónsul de la provincia gala, quien, después de morir Teodosio y caer el Imperio, quiso ocultar las maravillas de Juvains a los ojos de los invasores y protegerlas contra sus desmanes. Así lo atestigua, entre otras, una inscripción secreta que dice: «Por voluntad de Fabius Aralla, procónsul, y en previsión de los escitas y de los borusos, las aguas del lago

han cubierto a los dioses que yo amaba y los templos en donde yo los veneraba.»

Raúl comentó:

—¡Quince siglos han pasado desde entonces! ¡Quince siglos, durante los cuales las obras maestras del mármol y otras piedras se han desgastado! ¡Quince siglos que hubieran podido ser continuados por otros cien, en que se hubiera consumado la muerte de un glorioso pretérito, de no haber descubierto el abuelo de usted, casualmente, paseando por los dominios abandonados de su amigo Talençay, el mecanismo de la esclusa! Los dos amigos se dieron en seguida a rebuscar, a probar, a observar, a cavilar. Hicieron reparaciones. Y finalmente movieron las puertas de madera maciza que antaño mantenían el nivel del pequeño lago y sumergían las más altas construcciones.

Raúl terminó diciendo:

—Eso es lo que hay, Aurelia. Y esto es lo que usted visitó a la edad de seis años. Al morir el abuelo de usted, el marqués de Talençay ya no abandonó sus dominios de Juvains, sino que se consagró en cuerpo y alma a la resurrección de la ciudad invisible. Con la ayuda de sus dos pastores ha excavado, ha registrado, ha limpiado, ha consolidado la mejor obra de la antigüedad. Y ese es el regalo que le ofrece: regalo maravilloso, por cuanto no solamente representa la fortuna incalculable de una fuente a explotar, más valiosa que todas las de Royat y Vichy, sino porque contiene un conjunto de estatuas y monumentos como no los hay en ninguna parte.

Raúl se entusiasmaba. Aun empleó una hora más para expresar toda la exaltación que le causaba la bella aventura de la ciudad sumergida. Y la pareja, cogida por la mano, miraba el agua que subía y las columnas y estatuas que parecían hundirse poco a poco.

Aurelia, mientras tanto, guardaba silencio. Raúl, asombrado al notar que su acompañante no tenía pensamientos comunes con él, inquirió la causa. Ella no contestó al principio; pero luego murmuró:

—¿Todavía no sabe qué ha sido del marqués de Talençay?

—No—contestó Raúl, que no quería apesadumbrar a la joven—. Pero tengo la seguridad de que se ha quedado en el pueblo, en casa, quizá enfermo. También puede ser que haya olvidado la cita...

La excusa era mala y no parecía satisfacer a Aurelia. Raúl adivinó que ésta, luego de sufrir tantas emociones y tantas angustias, pensaba en lo que aún quedaba en la sombra y se inquietaba por no comprenderlo.

—Vámonos—dijo Aurelia.

Subieron hasta la cabaña derruida que indicaba el campamento nocturno de los bandidos. Raúl quería ir desde allí a la alta muralla y a la salida utilizada por los pastores para ponerse fuera de la hacienda.

Pero al rodear la roca cercana, Aurelia llamó la atención de Raúl sobre un bulto bastante voluminoso, sobre un saco de tela que había al borde de la montaña.

—Parece que se mueve—dijo la joven.

Raúl dirigió una mirada, rogó a Aurelia

que le esperase y corrió hacia el saco. Se le había ocurrido de pronto una idea.

Agarró el saco y metió la mano en él. Varios segundos después sacaba una cabeza de niño y después el correspondiente cuerpo. Al punto reconoció al pequeño cómplice de Jodot, aquel a quien el bandido llevaba consigo como un hurón y enviaba a la búsqueda por las bodegas y a través de barrotes y empalizadas.

El chico estaba medio dormido. Raúl, furioso, descifrando de pronto el enigma que tanto le había intrigado, le sacudió:

—¡Bribón! ¿Eres tú quien nos ha seguido desde la calle de Courcelles? ¿Verdad que sí? Seguramente Jodot consiguió introducirte en el cofre posterior de mi auto, donde viajaste hasta Clermont-Ferrand. Una vez allí, le mandaste una carta por correo, ¿no?... ¡Confíesalo!... Si no te atizo un bofetón...

El muchacho no acababa de comprender lo que ocurría. Su pálido rostro de vicioso tomaba una expresión de susto. Y masculló:

—Sí. Ha sido cosa de Tonton...

—¿Tonton?

—Sí, mi tío Jodot.

—¿Dónde está ahora tu tío?

—Esta noche nos hemos ido los tres y luego hemos vuelto.

—¿Sí?

—Sí. Y esta mañana han bajado ahí cuando no había agua, han movido muchas cosas y han recogido no sé qué.

—¿Antes que yo?

—Sí; antes que usted y que la señorita. Cuando ustedes han salido de la gruta, ellos

se han escondido en un muro, allá lejos, en el fondo del agua que entonces se había retirado. Pero yo lo veía todo desde aquí, donde Tonton me había dicho que le esperase.

—Y ¿dónde están ahora?

—No lo sé. Hacía calor y me he dormido. Al despertarme un momento, se pegaban.

—¿Se pegaban?

—Sí; por una cosa que habían encontrado, por una cosa que brillaba como si fuera de oro. He visto que caían... Tonton ha dado al otro una puñalada... Luego... Luego no sé... Quizá me haya dormido... Y me he figurado ver que el muro caía y les aplastaba a los dos.

—¿Cómo? ¿Qué dices?—baluceó Raúl, espantado—. ¿Dónde pasaba eso?... ¿Cuándo?...

—Cuando sonaban las campanas... Allá al fin... Allá...

El chico se asomó al vacío y pareció estupefacto.

—¡Oh!—exclamó—. Ha vuelto el agua...

Reflexionó un momento y luego se puso a gemir, a llorar, a gritar.

—¡Ay! ¡Ay!... Al volver el agua no habrán podido salir y se habrán quedado en el fondo... Tonton...

Raúl le cerró la boca.

—Cállate...

Aurelia estaba ante ellos con la faz contraída. Lo había oído. Jodot y Guillermo, heridos, enterrados, incapaces de moverse ni de llamar, habían sido recubiertos por las aguas, ahogados, engullidos. Y las piedras de un muro desplomado sobre ellos sujetaban los cadáveres.

—¡Qué espanto!—musitó Aurelia—. ¡Qué suplicio el de esos hombres!

Los sollozos del chico redoblaron. Raúl le dió dinero y una tarjeta, diciéndole:

—Toma cien francos. Coge el tren de París y preséntate en ese domicilio, donde se encargarán de ti.

El retorno fué silencioso. Y en las cercanías de la casa de salud, adonde volvía la joven, se despidieron gravemente. El destino se ensañaba con los dos enamorados.

—Separémonos por algunos días—dijo Aurelia—. Ya le escribiré.

Raúl protestó.

—¿Separarnos? Los que se quieren no se separan.

—Pero de todos modos, los que se quieren no tienen que temer nada de la separación. La vida les reúne siempre.

Raúl cedió, no sin tristeza por dejarla sin amparo. Y una semana más tarde recibió esta breve carta:

«Querido amigo: No sé lo que me ocurre. Por casualidad me he enterado de la muerte de mi padrastro. Ha sido un suicidio, ¿verdad? También sé que el marqués de Talençay ha sido encontrado en el fondo de un barranco, donde, según dicen, cayó a causa de un accidente. ¿Verdad que se trata de un crimen, de un asesinato?... Además, la muerte horrible de Jodot y Guillermo... Y miss Bakefield... Y los dos hermanos... Y, hace más tiempo, mi abuelo D'Asteux... ¡Cuánta muerte!...

»Me voy, Raúl. No quiera saber hacia dónde me encamino. Yo misma no lo sé aún.

Necesito reflexionar, examinar mi vida y tomar decisiones.

«Le quiero. Espere y perdoneme.»

Raúl no esperó. El desconcierto de la carta, las angustias y pesares que adivinaba en Aurelia, el propio sufrimiento y la propia inquietud, todo le inclinaba a la acción y le incitaba a buscar.

Fracasó, no obstante. Supuso que se habría refugiado en Santa María; pero no la encontró allí. Informóse en todas partes y movilizó a todos sus amigos; pero fueron inútiles los esfuerzos. Y pasó dos meses verdaderamente dolorido, desamparado, temiendo que algún nuevo enemigo atormentase a la joven. Luego, cierto día recibió un telegrama, en que Aurelia le rogaba que fuese a Bruselas al día siguiente y le citaba en el bosque de la Cambré.

La alegría de Raúl no tuvo límites cuando la vio llegar sonriente, decidida, con aire de infinita ternura y un rostro completamente libre de recuerdos desagradables.

Aurelia le tendió la mano, diciendo:

—¿Me perdona, Raúl?

Anduvieron un momento, tan juntos uno del otro como si no se hubieran separado. La joven explicó después:

—Me dijo usted que hay en mí dos destinos contrarios que chocan y me hacen daño. Uno de ellos es un destino de felicidad y alegría que corresponde a mi verdadera naturaleza. El otro es un destino de violencia, de muerte, de duelo y de catástrofes, un conjunto de fuerzas enemigas que me persiguen

desde mi infancia y que procuran arrastrarme a un abismo donde diez veces hubiera caído si no me hubiera salvado usted diez veces... Después de los dos días pasados en Juvains y a pesar de nuestro amor, me encontraba tan cansada que la vida me dió asco. Ese asunto que para usted es maravilloso y fantástico era para mí tenebroso e infernal. ¿No es natural, Raúl? ¡Piense en todo lo que he padecido y en todo lo que he visto! «He ahí su reino», me decía usted. Renuncio a él. No quiero que entre el pasado y yo haya ninguna relación. Si he vivido varias semanas en el aislamiento, es porque comprendía confusamente que era necesario escapar a la opresión de una aventura de la que soy la única superviviente. Al cabo de los años, al cabo de los siglos se concentra en mí, que tengo la misión de sacar a la luz del día lo que yace en la sombra y de aprovechar tanta cosa magnífica y extraordinaria. Me niego a ello. Si soy heredera de riquezas y esplendores, soy también heredera de crímenes y miserias, cuyo peso no podría soportar.

Raúl, sacando del bolsillo un papel y entregándoselo, dijo:

—De manera que el testamento del marqués...

Aurelia cogió el papel y lo hizo pedacitos, que volaron al viento.

—Le repito, Raúl, que todo eso ha terminado. La aventura no se reanudará en lo que a mí atañe. Me da demasiado temor de que provoque nuevos crímenes y miserias. No me siento heroína.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Una mujer enamorada, Raúl. Una mujer enamorada que ha rehecho su vida por amor y nada más que por amor...

—¡Oh, señorita de los ojos verdes! Es muy grave tomar semejante determinación.

—Lo será para mí, pero no para usted. Tenga el convencimiento de que si bien le ofrezco mi vida, no quiero, sin embargo, de la suya más que lo que pueda darme. Guarde en torno suyo el misterio que tanto le place. No tendrá que resguardarlo de mí. Le acepto tal como es, porque tal como es he visto en usted lo más noble y seductor que he encontrado. Sólo le pido una cosa: que me quiera tanto tiempo como pueda.

—Siempre, Aurelia.

—No, Raúl. No es usted hombre para amarme siempre ni tan siquiera ¡ay! mucho tiempo. Pero aunque dure poco su amor, he conocido tanta felicidad que no tendré derecho a quejarme. Y no me quejaré. Hasta la noche. Venga al teatro Royal. Tendrá un palco platea.

Se despidieron.

Por la noche, Raúl fué al teatro Royal. Representaban *Vida gitana* con una nueva tiple recientemente contratada: Lucía Gautier. Lucía Gautier era Aurelia.

Y Raúl comprendió que la vida independiente de una artista permite librarse de ciertos convencionalismos. Aurelia era libre.

Una vez terminada la representación—por cierto que entre grandes ovaciones—hizo que le guiaran al camerino de la triunfadora. La

linda cabecita rubia se inclinó hacia él. Y sus labios se unieron.

Así terminó la extraña y temerosa aventura de Juvains que, durante quince años, fué causa de tanto crimen y tanta desesperación.

Raúl intentó arrancar del mal al pequeño cómplice de Jodot, a quien colocó en casa de la madre de Guillermo Ancivel. Pero la viuda, a quien había revelado la muerte de su hijo, se entregó a la bebida. En cuanto al chico, precoz y excesivamente corrompido, no pudo dignificarse, por lo cual hubo que encerrarlo en una casa de salud, de la cual escapó para reunirse con la viuda, con la cual se marchó a América.

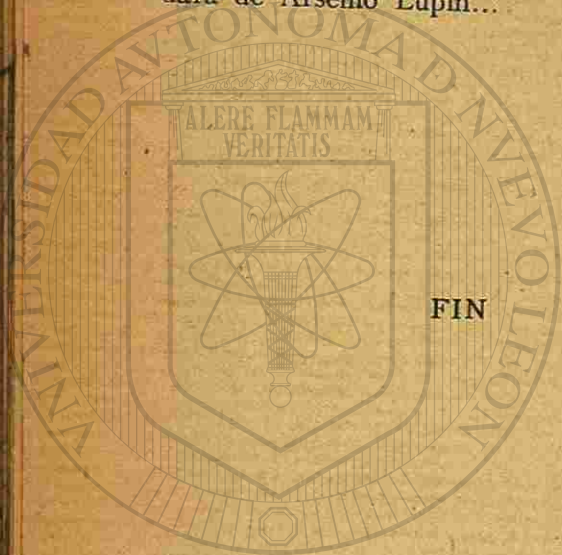
Marescal, más reposado, pero todavía con la obsesión de las conquistas femeninas, ha ascendido. Un día pidió audiencia a Lenormand, el famoso jefe de la Seguridad. Una vez terminada la conversación, Lenormand se acercó, con un cigarrillo en los labios, a su inferior, y le dijo: «¿Quiere hacer el favor de un poco de fuego?». El tono de aquellas palabras hizo estremecer a Marescal, que inmediatamente había reconocido a Lupin.

Aun volvió a reconocerlo a través de otros disfraces, pero siempre guasón y siempre guiñando el ojo. Y todas las veces oía la frasecita temible, áspera, cortante, inesperada y tan zumbona, a pesar del efecto que producía:

—¿Quiere hacer el favor de un poco de fuego?

Y Raúl compró la hacienda de Juvains. Sin embargo, por deferencia hacia la señorita de

los ojos verdes, no quiso divulgar el prodigioso secreto. El lago de Juvains y la fuente de Juvencio forman parte del cúmulo de maravillas y tesoros fabulosos que Francia heredaré de Arsenio Lupin...



ÍNDICE

	Página
CAPÍTULO I.—... Y la inglesa de los ojos azules	5
— II.—Investigaciones	27
— III.—Un beso en la sombra	41
— IV.—Es robada la villa B...	65
— V.—El terranova	83
— VI.—Entre la hojarasca	99
— VII.—Una de las bocas del infierno	123
— VIII.—Maniobras y disposiciones de batalla	139
— IX.—Vente conmigo	161
— X.—Hay palabras tan importantes como los hechos	185
— XI.—Sangre...	205
— XII.—Agua que sube	229
— XIII.—En las tinieblas	251
— XIV.—La fuente de Juventa	269

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCIÓN DE
LIBROS DE
CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
VOLUMEN 10